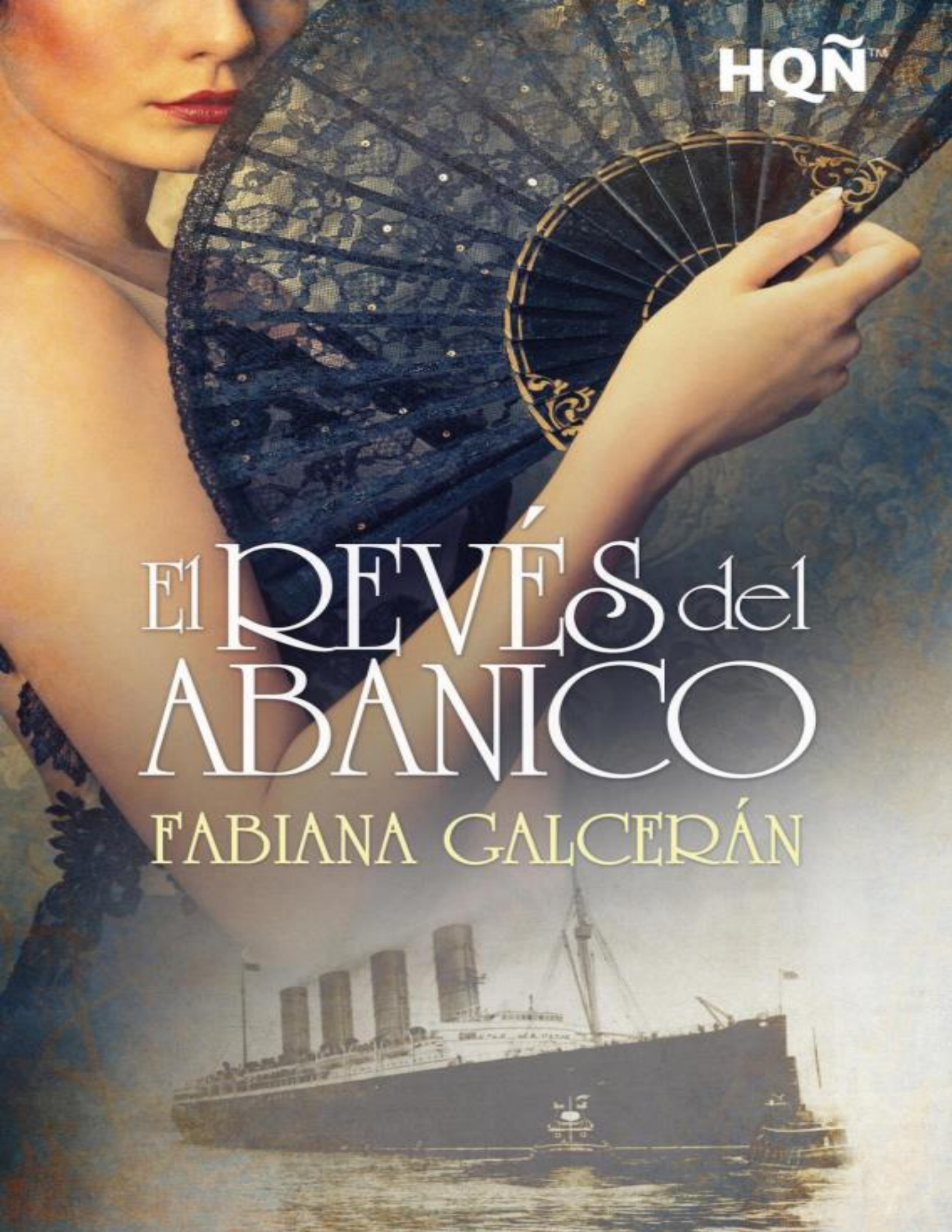
HQÑ™

El revés del abanico

FABIANA GALCERÁN



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2024 Fabiana Galcerán
© 2024 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
El revés del abanico, n.º 403 - diciembre 2024

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 9788410740037

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Prefacio
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Si te ha gustado este libro…

Prefacio

Esta historia está inspirada en Harry Houdini.
No es en absoluto una biografía.
Solo he tomado ciertos trucos y algunas de sus obsesiones.

Mi mente es la llave que me libera.
Harry Houdini

Capítulo 1

Escapar, solo eso. Habrá tiempo para la desesperación, la culpa o el llanto más adelante. Por ahora, solo escapar.

A medida que corría entre la multitud, los olores, los colores y el vaho del tren se volvieron familiares, como si estuviera experimentando un extraño *déjà vu*. Me sentía mareada, hasta el punto en que tuve que apoyarme en una columna para recuperar el aliento. Sentía que la gente me miraba, que sabían lo que había hecho, me juzgaban, y tuve que hacer uso de todo mi autocontrol para mantener la calma.

A lo largo de mi corta vida, he escuchado que la verdad tiene múltiples facetas, pero ninguna de ellas justifica ni cambia la mía. En lo más profundo de la naturaleza humana existe el instinto de preservación, el mismo instinto que se apoderó de mí la noche anterior, sin que pudiera controlar o modificar las consecuencias de mis acciones.

Sin mirar atrás, bajé el ala de mi sombrero y pedí indicaciones al guarda. Entré en el compartimento, que ya estaba ocupado, y después de acomodar mi bolso, me senté frente a un desconocido que ocultaba su rostro tras un periódico. Con un esfuerzo titánico, logré contener las lágrimas y la crispación de las manos, aunque mi labio inferior temblaba como si estuviera tiritando. Apreté las muelas con fuerza. Rogué para que el hombre siguiera ocultando su rostro tras el periódico hasta el final del viaje.

El tren que unía King’s Cross con Edimburgo estaba repleto y ante la urgencia de mi viaje no había podido conseguir un compartimento para mí sola.

Disimular. Interpretar un papel. Una mujer deseosa de comenzar unas vacaciones, una visita a la familia. Falta poco, solo un poco más.

Después de un buen rato, el hombre se incorporó y colocó una valija pequeña en el portaequipajes sobre su asiento. Sus movimientos eran elásticos y tenía un cuerpo que se veía atlético y trabajado. Llevaba el cabello un poco largo y desprolijo y una barba oscura y bien cuidada. Fue entonces cuando me di cuenta de que conocía ese rostro, lo había visto en la tapa de toda revista, periódico y publicación. Era Andranik Novak, el famoso escapista.

Hasta ese momento no sabía mucho sobre él, solo lo que había leído: que había nacido en Dubrovnik, Dalmacia, una de las ciudades más antiguas de Europa, que su familia se había trasladado a Estados Unidos cuando era muy pequeño y que hacía delirar a los espectadores. Me saludó con un breve «buenas tardes», enterré la cabeza en una revista que había agarrado a la pasada de un puesto en medio de mi huida.

—¿*Zorros y sabuesos*? —Una voz en tono de pregunta me distrajo de la página que miraba sin ver.

—¿Qué? —pregunté, y mi propia voz sonó como la de una desconocida, demasiado aguda, aflautada, a punto de quebrarse.

—Su revista, *Zorros y sabuesos*, nunca hubiera imaginado que una dama se interesara tanto por la caza. Creo que se debe contar con un espíritu un tanto inmisericorde. —Lo miré con los ojos agrandados por la sorpresa—. Es una experiencia sin retorno.

No lo pude soportar. Sin una palabra, me levanté y salí a las apuradas camino al baño. Mi estómago no se pudo contener, solo expulsé bilis, no había ingerido nada desde la noche anterior.

Me lavé la cara y di rienda suelta al llanto. Me tapé la boca con una toalla para aquietar los sollozos. Las imágenes de lo que había hecho se sucedían de forma constante en mi mente.

«Basta. Basta, por Dios», me ordené a mí misma, pero una vez abierta la compuerta se me hacía difícil cerrarla.

Media hora después, cuando finalmente logré recomponerme, respiré profundo y esperé un rato hasta que mi rostro volvió a su tono natural. Sabía que tenía que seguir actuando. Solo un poco más. Me arreglé el peinado frente al espejo y salí.

—Disculpe —murmuré al entrar, y sin dar ningún otro tipo de explicación me senté con la vista fija en la ventana. Me obligué a no volver a mirarlo, aunque podía sentir los ojos que me observaban, hasta que una rápida sacudida de la cadena de su reloj llamó mi atención.

Con un movimiento distraído y más rápido de lo que cualquier ojo humano pudiese percibir, hacía aparecer y desaparecer el reloj en una acción automática y desinteresada, similar a cuando cualquiera de nosotros juega con una pluma fuente o un abanico. Me seguía mirando directamente, sin ningún intento de disimulo.

—Ah, la magia tiene esa particularidad, seduce a las voluntades más férreas.

Supe que no tenía más remedio que seguirle la conversación. Le brindé una sonrisa cansada y me presenté. Él tomó mi mano, inclinó la cabeza y se la llevó a los labios sin besarla. Mencioné la rapidez con que hacía desaparecer el reloj. Sonrió y, de forma cortés, me preguntó el motivo de mi viaje. Solo le dije que estaba de paso por Londres y que iba a visitar a unos parientes que vivían en Old Town.

Suspiró y dijo que se sentía muy cansado, era la última etapa de su gira mundial, que había abarcado toda Europa. Le dije que no había tenido la suerte de poder ver ninguno de sus espectáculos, pero que sabía sobre sus increíbles trucos, sobre todo me había impresionado mucho uno en el cual usaba un baúl de madera con molduras de metal y un vidrio al frente lleno de agua. Con los pies en un cepo, era llevado en alto y luego metido de cabeza en el baúl. Él rio y confesó que requería más concentración saltar a un río encadenado y esposado, como haría muy pronto. Explicó que su hermano lo ayudaba y que había tomado el tren anterior junto a su equipaje, ya que habían tenido un problema con uno de sus colaboradores.

—En este medio los empleados son muy inconstantes. La rivalidad es alta, y es desalentador cuando a uno lo defraudan cambiando información por dinero. —Cruzó una pierna encima de la otra dejando a la vista las botas de excelente cuero.

—Supongo que debe de ser difícil encontrar personas fieles, serán tentados todo el tiempo por sus competidores para revelar sus trucos.

—Así es, es por eso que hasta que encuentre alguien confiable, que me organice todas mis cosas, mi hermano deberá ayudarme, aunque está deseoso de volver con su familia.

—No entiendo la tesitura de alguna gente que a toda costa quiere descubrir el truco. Los trucos son solo eso, trucos, es el mago el que les otorga la magia, ¿o no? —repliqué mientras me abanicaba.

Tomó el abanico de mi mano y dijo:

—La magia es como este abanico, el mago muestra una de las caras y la otra siempre permanece oculta.

Y con un movimiento lento y circular convirtió mi abanico color azul en otro rojo, con caracteres chinos.

Reímos juntos y me entregó el abanico oriental, luego sacó de la manga el mío.

—Le devuelvo entonces el suyo —dije—. Puede querer utilizarlo para otro truco.

—Concédame el honor de aceptarlo como muestra de agradecimiento por haber hecho magia.

Lo miré intrigada.

—Ha convertido un aburrido viaje en una entretenida tarde.

Le sonreí y luego nos quedamos en silencio mientras el paisaje transcurría en una sucesión inagotable de árboles borrosos. Ese hombre había logrado distraerme de mis aflicciones. Allí, en ese tren en movimiento, nada podía pasarme. Me obligué a relajarme un poco, así que me acomodé contra el respaldo mullido. Me sentía extenuada y el suave movimiento y el sonido constante de la locomotora me fueron arrullando hasta que me quedé dormida. No fue un sueño reparador ni tranquilo; en él veía a Charles lanzándose sobre mí, sentía las manos sobre mi garganta, la lucha de mis pulmones por rescatar algo de aire. No sé cuánto tiempo pasó, pero cuando desperté sentí el tacto suave del paño de piel de camello de una capa que me abrigaba, la mirada del escapista firme sobre mí, las cejas un poco fruncidas sobre el puente de la nariz.

—Se quedó dormida, pensé que podría tener frío —dijo con voz suave.

Me incorporé de golpe, avergonzada. Manoteé el abrigo y se lo devolví.

—Se la veía inquieta, como si tuviese una pesadilla. No sabía si despertarla.

—Gracias —murmuré—. Estoy bien.

Nos quedamos en un silencio que sentí incómodo. El paisaje tras la ventana transcurría monótono, cada vez más gris.

—Qué notable vivir entre magia, debe de haber pocos secretos en el universo para usted —comenté al rato, en un tono jocoso que tal vez sonó un poco forzado.

—No se engañe, lo que a la mayor parte de la gente le maravilla, para mí es simplemente mi trabajo, mi forma de subsistencia —respondió con tono cansado, como si hubiese recordado algo desagradable.

—¿Es por eso que sus pruebas son cada vez más difíciles? ¿Busca enardecer al público o necesita sentir nuevas emociones? —Me incliné hacia él—. Disculpe mi sinceridad, pero usted coquetea con la muerte, señor. Quisiera saber la verdadera razón.

—No me tome en serio, quizás usted haya privilegiado el valor de mis afirmaciones. Hoy tengo un mal día —contestó contradiciendo lo dicho con una sonrisa.

En ese momento entró al compartimento un empleado del tren para ofrecernos un refrigerio. El resto del viaje permanecimos en silencio, Novak siguió contemplando el paisaje con gesto grave. Al fin llegamos a nuestro destino y nos despedimos amigablemente.

—Espero disfrutar de otra refrescante conversación la próxima vez que nos encontremos.

—Así lo espero —contesté, con la esperanza de que nuestros caminos volvieran a cruzarse alguna vez.

Capítulo 2

La casa de mis tías en las afueras de Edimburgo era un típico *cottage* de doce habitaciones que se mantenía incólume a pesar de los muros descascarados y las tejas ralas, gracias a los esfuerzos de tía Bertha y, supongo, a su marcada arrogancia.

Tuve la suerte de encontrar un cochero que, por un precio que asaltó mi ajustada economía, aceptó llevarme a Dean Village, la aldea donde la altiva casa de piedra se erguía sobre una elevación del terreno que hacía que el resto debiera levantar la cabeza para verla.

Antes de acercarme, verifiqué que nadie estuviera esperándome en las sombras. Reuní la poca energía que me quedaba, me acerqué y respiré profundo antes de tomar la aldaba y golpear el noble roble.

Actuar, representar un papel. Fingir, conquistar mi libertad.

Maximilian, el viejo mayordomo, evitó todo gesto de sorpresa al verme a esas horas de la noche, pálida y un poco desprolija. Me saludó como si nos hubiéramos visto el día anterior.

Condición esencial para ser un buen mayordomo: fingir. Ser un maestro del disimulo. Recibió mi abrigo, sombrero y guantes, y me condujo inexpresivo hasta la estancia en donde las tías acostumbraban a pasar el rato luego de la cena.

La sala revestida en *boiserie*, con los cómodos sillones acolchados de fina pana verde oscura y la ancestral biblioteca, me pareció más pequeña de lo que recordaba. En la chimenea crepitaban unos leños.

—Por un demonio —escuché decir a tía Bertha cuando fui anunciada, antes de que tía Fanny le dirigiera una mirada de advertencia.

—Querida, qué sorpresa, no te esperábamos hasta mañana —mintió tía Fanny para salvar las apariencias—. Gracias, Maximilian, puede retirarse ya, buenas noches.

El mayordomo hizo una torpe reverencia y se retiró.

—¿Qué es lo que te ha pasado? ¿Por qué te presentas a esta hora sin tu marido y sin chaperona? —increpó Bertha al instante.

—¿Esa es la bienvenida de parte de mis tías favoritas? —Hice uso de la vieja broma, ya que ellas eran las únicas que tenía.

—Ven para acá y dame un beso. —Tía Fanny me ofreció su mejilla. Dejó el vaso de *bourbon* en la mesa.

Besé su pómulo acolchado y sentí el mismo perfume a talco de magnolias que usaba desde mi niñez. Cerré los ojos por un momento y deseé que el tiempo retrocediera, volver a ser la pequeña que se había criado entre esas paredes.

Me volví hacia Bertha, me miró con gesto adusto, pero me ofreció la mano para que fuera a saludarla. Le di un pequeño beso que se sintió incómodo, tanto para la una como para la otra, y me senté cerca del fuego frente a ellas.

—¿Y bien? —terció Bertha—. ¿Qué ha pasado para que te presentes de esta manera, en medio de la noche? ¡Por Dios! ¿Qué pensará el servicio?

—Solo está Maximilian, Bertha —defendió tía Fanny.

—Gracias a Dios por eso. Estoy esperando, Amanda.

Compuse la mejor cara de inocencia, pero estaba agotada, lo único que ansiaba en ese

momento era arrastrarme hasta una cama y cerrar los ojos, poner una barrera que me amparara de la realidad y me protegiera de toda incertidumbre.

—Charles está con muchos proyectos. —Mis manos comenzaron a temblar y las afirmé en el regazo—. El más importante es… Bueno, es muy complicado de explicar, pero son negocios inmobiliarios en América.

—¡En América! Jamás me hubiese imaginado que Charles tuviera la visión de embarcarse en un proyecto tan lejos de su patria. —Fanny se sirvió otra copa.

—Es por eso que he venido —seguí—. Quisiera que, de ser posible, me dieran el dinero que me dejó mi madre.

Un silencio llenó la habitación.

—Pero ¿para qué quieres tú ese dinero, niña? —preguntó tía Fanny extrañada.

—Porque es un viaje largo y no quisiera sentirme desamparada si las cosas llegaran a salir mal.

—Pero si tu marido es millonario, ¿qué podría salir mal? —razonó Bertha.

No supe qué contestar. Tía Fanny salió en mi auxilio.

—Está bien que la niña quiera sentir un respaldo. Después de todo, ese dinero es suyo y tal vez quiera invertirlo ella misma, ¿o no?

—¿Invertirlo ella misma? —terció tía Bertha—. ¡Pero qué pavadas dices, hermana! ¡La vejez te hace delirar! ¿Y cuándo pretenden viajar?

—En cuanto sea posible… Charles está deseoso de embarcar cuanto antes, pero yo quería verlas, saludarlas y contarles mis planes antes de irme.

—Y has hecho muy bien, muy bien —contestó tía Fanny—. Pero si no te molesta, quisiera que siguiéramos esta conversación durante el desayuno, ya me siento muy cansada y… ¡mis huesos, mis huesos!

Fanny se levantó con trabajo y la ayudé a llegar a la puerta. Me despedí con un beso y me acarició la mejilla.

—Ahora que estamos solas, puedes contarme la verdad y ahorrarme tiempo. Soy vieja, estoy cansada y no quiero seguir escuchando mentiras —espetó tía Bertha casi sin respirar.

Miré sus ojos, semejantes a los de un ave, inquisitivos, de miradas cortas y rápidas. Nunca me había mostrado un gran cariño. Decidí exhibir parte de la verdad.

—Lo he dejado.

—¿Has dejado qué?

—A él, a mi marido.

—¿Qué? De todo lo que me había imaginado, esto es lo peor. No puedo ni siquiera figurarme lo que este escándalo podrá hacer a la familia. Seremos desterrados de cualquier buen círculo. Nadie de la sociedad querrá tener nada que ver con nosotros. ¡Oh, Dios!, agradezco no haber tenido hijos para que no tuvieran que enfrentarse a este descalabro.

—¡Oh, por Dios, tía! —interrumpí con indignación—. ¿Puedes dejar de pensar en los demás y ponerte en mi lugar? Ese hombre de tan alta cuna, ese hombre que tú misma elegiste, no ha dejado de golpearme desde la primera noche —argumenté, la voz ahogada.

Empecé a juguetear con el camafeo que me pendía del cuello, y me sentí miserable. Me subí la manga del vestido.

—Ese hombre al que tanto admiras no es más que un monstruo que goza lastimando a los demás.

Le mostré el cardenal que había pasado del negro al morado y ella alejó la vista como si la

marca la ofendiera.

—Hay cosas que pasan entre marido y mujer que no deben ventilarse, Amanda. Los hombres son… criaturas diferentes a nosotras. Una buena esposa…

—¿Una buena esposa debe dejarse lastimar?

—Lo dices de esa manera y parece…

—¡No hay otra manera de decirlo!

Ella resopló con indignación, tomó la copa que había dejado sobre la mesita a su lado, le dio dos sorbos y la volvió a dejar mientras murmuraba con rabia:

—¿Qué te hace pensar que eres mejor que las demás? ¿Por qué diantres no puedes comportarte como todas? ¡Escuchaste bien, como todas! ¿O te piensas que mi matrimonio fue un lecho de rosas?

Entonces me di cuenta. Me quedé sin palabras. Tía Bertha nunca hablaba de su matrimonio, había quedado viuda muy joven y no se había vuelto a casar.

—Lo siento, yo no sabía…

—Cállate, Amanda, no pasó nada… nada grave —trató de quitarle importancia al asunto y recompuso su modo de hablar pausado, impersonal—. Tu tío era un hombre temperamental y había que hacer el esfuerzo de comprenderlo. A veces una mujer tiene que tener el nervio para apoyar a su marido, entender sus preocupaciones, negocios, política… En fin, cosas que una esposa no imagina ni entiende. Qué mejor que una mujer abnegada que lo acompañe en sus momentos oscuros, esa es la manera en que se construye un matrimonio. —Suspiró y pareció renunciar a las explicaciones—. En fin, ¿qué es lo que quieres? —preguntó con resignación y supe que la batalla había sido ganada.

—Quiero el dinero que mi madre me dejó. Quiero comenzar una nueva vida lejos, y la mejor manera es poner un océano entre nosotros.

Me arrodillé a su lado y le tomé las manos que descansaban sobre su falda, necesitaba una muestra de cariño que no llegó. En cambio, me miró con una mezcla de espanto y sorpresa.

—¡Sola! ¿Y qué piensas hacer allá?

—Estamos en 1920. La mujer hace cosas que antes no hacía, estudia, trabaja…

—¡Que trabajan! —repitió con espanto.

—No tengo otra opción. El dinero de mi madre me ayudará a montar algún negocio. Además, es América, las cosas allá son diferentes.

—Y si Charles viene a buscarte, ¿qué pretendes que haga, que mienta?

—No vendrá —contesté con seguridad.

Ella quedó en silencio. Yo nunca le había pedido nada, pareció sopesar las opciones y al fin dijo:

—Está bien, te daré el dinero. ¿Dónde está tu equipaje?

—Solo traje este bolso conmigo.

—Te pensé un poco menos improvisada, niña. Mañana te proveeré de lo esencial: algún vestido de noche, un par de paseo, algunas camisas y faldas para media tarde, abrigo, bolso, peines y afeites. En fin. Todavía tengo cosas de tu madre en el altillo. Te irán bien. Pero es mi deber pedirte que vuelvas a pensar en esta idea descabellada una vez más. Con un marido, una mujer sabe que nunca le faltará nada. Con un marido al lado, una mujer puede…

Continuó hablando, pero mi mente siguió el rumbo de sus propios pensamientos. Lo que había pasado aquella noche en el viejo pabellón de caza, el cuerpo de Charles cayendo al piso con un ruido seco, como un títere de madera al que se le cortan de golpe las cuerdas que lo

mantienen erguido.

—Y ahora vete a dormir —interrumpió mi recuerdo—. Tienes cara de no haber descansado en décadas.

Le agradecí aliviada y me fui a acostar.

El *RMS Aquitania* zarpó del puerto de Liverpool rumbo a Nueva York el 18 de marzo de 1920. Tenía capacidad para transportar 3.200 pasajeros: 618 en primera clase, 614 en segunda y 1.198 en tercera. Cometí la imprudencia de comprar un boleto en primera clase, con baño privado incluido, un lujo al que, como una necia, no quise renunciar. Solo más tarde me percaté del peligro que conllevaba encontrarme con alguien de nuestro entorno.

Me encerré en el camarote. Al fin a salvo. Ahora podría desarticular la expresión inocente que me pesaba en la cara, sumirme en el horror hacia mí misma, mirar en el espejo el fondo de mis ojos… Tal vez allí encontraría una marca, una prueba de que ya no era la misma. Después de todo, una acción desesperada y brutal debe dejar una cicatriz. Me observé sin pretexto, y en efecto, algo había allí, no sabría decir qué, pero algo había cambiado, tal vez fuera la pérdida de la inocencia, de esa convicción afable de sentirme dueña de mí misma.

No fue sino varios días después de zarpar que pude sentirme un poco mejor, después de descargar toda la tensión acumulada, llorar y gritar enojada, taparme el rostro con la almohada, compadecerme en mi miedo, en esa angustia insalubre de no saber de qué manera seguir con mi vida, recordar y revivir el momento en que me había convertido en una asesina, hasta que el recuerdo se transformara en una huella, una cicatriz que no doliera tanto.

El vaivén del barco había disminuido un poco, muchos de los pasajeros estaban confinados en sus camarotes, a mí no me afectó, pero pronto comprendí que era mejor descansar en un sillón al aire libre que en las entrañas de mi camarote.

La despedida de Fanny fue dolorosa, yo no sabía a ciencia cierta si nos volveríamos a ver, pretendí hacerme a la idea de que todo se arreglaría de forma mágica y que, eventualmente, algún día, podría volver a la casa de mis tías sin consecuencias. Bertha sugirió que era mejor no decirle a tía Fanny la verdad sobre mi partida. Le hice caso, no valía la pena preocuparla con cosas que ya no tenían solución.

Días más tarde, cuando gozamos de un clima agradable, todos los pasajeros se aventuraron al salón-comedor Luis XVI, a la gran variedad de estancias, a los paseos por los salones de fumar y al café-terraza, donde pronto me acostumbré a pasar mis horas.

—Te aseguro que lo vi, está en una de las *suites* de lujo —dijo una voz conocida a mi espalda —. Le hice un gesto con la mano, pero creo que no me vio, su hijo viaja con él…

Apuré el té; estaba segura de haber reconocido la voz de Mary Alice Pinkerton, tía de un antiguo amigo de mi marido. La sangre se me heló en las venas, me encaminé de inmediato hacia mi camarote para refugiarme de miradas indiscretas. ¿Cómo pude haber sido tan tonta? Tendría que haber comprado un boleto en segunda o tercera clase para estar a salvo. Me quedé el resto del día encerrada y pedí un pequeño refrigerio a mi camarote.

Algo me despertó por la noche. Agucé el oído, pero solo pude escuchar el sonido del viento que se colaba por las rendijas, el crujido del barco y las olas que lamían su casco. Miré con torpeza el reloj con la poca luz que entraba por el ojo de buey. Las tres de la mañana, la hora en que el demonio despierta para burlarse de la santísima trinidad, me había dicho una vez Charles riendo. Era la hora en que él acostumbraba a sorprenderme a veces. Escuché tres golpes rápidos

en mi puerta y, temblando, me acerqué. ¿Me habrían reconocido? ¿Ya estaría buscándome la Policía? Miré a través de la mirilla. No había nadie. Volví a acostarme, pero tardé en dormirme. En un momento me pareció que el picaporte se movía y salté de la cama para trabarlo con la única silla que había.

En la mañana, miré mi imagen en el espejo: un cervatillo asustado. Por primera vez estaba sola, sin nadie que me marcara el rumbo a seguir, sin nadie a quien le importase, sin un camino fijo y seguro. Debía mantenerme centrada, mi imaginación me había jugado una mala pasada la noche anterior y todavía faltaban alrededor de diez días para llegar.

Apelando a mi sentido más práctico, tomé pluma y tinta. Me quedé unos instantes estudiando mi documento y, con habilidad y paciencia, logré cambiar algunas letras de mi nombre.

Había comenzado todas las mañanas a enjuagarme el cabello con manzanilla y, gracias al sol matutino que me obligaba a tomar, había logrado unos reflejos que se hacían cada vez más dorados. Pero eso tardaba y lady Pinkerton seguía paseando, al acecho de novedades y encuentros con gente conocida. Así que, en un arrebato, tomé las tijeras y me despedí de mi largo cabello del que estaba tan orgullosa. Con apenas un atisbo de duda, lo corté a la altura de los hombros y de inmediato los rulos que tanto luchaba por alisar empezaron a formarse dando marco a la cara. Con ayuda de un lápiz, cambié un poco la forma de mis cejas, que habían sido mi rasgo más distintivo: gruesas y con un marcado ángulo hacia arriba. Me calcé unos anteojos de montura redonda que había robado de alguna mesa y no tenían demasiado aumento, y con el lápiz añadí un lunar sobre mi labio.

No fue un cambio radical, pero a lady Pinkerton le haría falta más de una mirada para reconocerme. Me miré satisfecha al espejo: Amanda Weston había muerto, y Amelia Preston había surgido a una nueva vida.

Capítulo 3

El temor por encontrarme con alguien conocido disminuyó a medida que el gran barco se acercaba a destino. No podía quedarme encerrada en el camarote todo el tiempo, de modo que me había forjado una rutina que supuse segura.

Me levantaba muy temprano por la mañana, a esa hora el salón comedor estaba casi vacío. Luego del desayuno, caminaba por la cubierta y me sentaba en una de las mesas más alejadas, casi en la popa del barco. Allí el viento se encargaba de ahuyentar a los pasajeros desprevenidos, pero si se caminaba unos metros más y se llegaba casi a estribor, había un recodo donde podía disfrutar del paisaje sin encuentros peligrosos. Me llevaba un cuaderno donde anotaba ideas y pensamientos que podrían servirme para mi nueva vida en América.

Por la tarde, me colaba al piso inferior, donde estaba la segunda clase. Allí todo era más caótico, las cubiertas se atiborraban de gente, se tocaba música, se bailaba con algarabía y despreocupación, como si lo único que existiese para esa gente fuese solo el presente.

Más tarde subía a mi cubierta y cenaba tarde, cuando la mayoría de los pasajeros estaban ya en los salones, fumando, jugando a las cartas, tomando una copa en el bar, o disfrutando de algún baile o espectáculo a bordo.

Así los días se iban sucediendo y, a medida que nos acercábamos a destino, un sentimiento de desprotección me invadió. En el barco todo era seguro: cada comida, cada paseo, cada anochecer. Tenía dónde regresar, volvía a mi camarote, seguro y confortable, donde refugiarme. Pero pensar en el desembarco, en la búsqueda de un negocio que me ayudara a vivir, a empezar de nuevo, me angustiaba. Las ideas que se me habían antojado tan factibles en el viejo continente, aquí me parecían fantasías de una niña caprichosa que siempre había gozado de todo y que no tenía la más mínima idea de cómo sobrevivir. Terminé el té y me apoyé sobre la baranda buscando el horizonte.

—Qué libertad se siente cuando uno está en el mar, ¿no es verdad? —escuché una voz a mi lado.

Me volví a mirarlo: era un hombre alto y distinguido, vestido con un traje de tres piezas con botones color bronce. Cabello castaño semiescondido por un sombrero Panamá y bigote. Me sonrió de forma afable; los ojos verdes, directos, intrigantes. Su comentario sobre la libertad me hizo preguntarme si él sabría algo sobre mi huida. Deseché la idea, debía domesticar la imaginación.

—Es una de las posibilidades, debo decir que a mí me da vértigo, y la sensación de que estaría más segura en tierra —mentí.

Él sonrió y miró hacia el horizonte.

—Debo confesar que he sido testigo de su transformación. Los primeros días se la veía temerosa, siempre sola, sin más compañía que un libro. Pero en estos últimos días la veo más segura de sí misma, hasta intrépida, podríamos decir, con ese color de pelo.

Lo miré con más atención. Si estuviera en Londres podría dar la vuelta e irme por la audacia de su afirmación, pero en mis condiciones debía investigar lo que estaba implicando.

—¿De qué habla, señor?

—De su cabello, ahora corto, ondulado, bastante más claro, y de sus gafas, que, por cierto, no

las necesitaba días atrás cuando partimos de Liverpool.

Peligro. Vete, vete de ahí.

—Su insolencia raya todo tipo de educación —contesté con aplomo—. ¿Es que las mujeres no tenemos derecho a decidir cuándo y cómo queremos cambiar el peinado? Hágame el favor de no volver a molestarme o me veré obligada a denunciar su comportamiento a alguno de los oficiales.

Me retiré a mi camarote con el corazón palpitante. ¿Quién era ese hombre que me había observado con tanto detalle hasta el punto de darse cuenta de que mi cabello estaba más claro a causa de la manzanilla que había estado usando desde nuestra partida? Qué desfachatez. Me paseé por el cuarto nerviosa, sopesando posibilidades. Al fin me hice a la idea de que aquel hombre solo había querido coquetear conmigo y que de ninguna manera podría ser un policía que me buscara por la muerte de mi marido; no había forma. Era demasiado pronto. Con probabilidad habrían encontrado el cuerpo días después de mi salida de Edimburgo, no daba el tiempo para que se dieran cuenta de que había huido, ni para emitir una orden de captura. Debía tranquilizarme.

Los días siguientes me cuidé de no volver a esa parte de la cubierta, no quería cruzarme con aquel hombre, pero al tercer día ya no soporté más el encierro. Me había saltado el té porque llovió y los pasajeros no habían dejado el salón comedor luego del almuerzo. Se había improvisado una *petit rassemblement*, como había escuchado decir a unas damas de lo más entusiastas. Maldije por lo bajo, estaba hambrienta.

Así que por la tarde me vestí con ropa poco llamativa y me colé en la cubierta de segunda clase.

Me acomodé en una de las mesas. A diferencia de la primera clase, eran comunitarias. Tomé una especie de guiso con papas y zanahorias, que me supo muy bien, y una hogaza de pan.

Me entretuve viendo cómo bailaban las parejas bajo la luz de la luna; la tormenta ya se había disipado y el mar estaba tranquilo. El perfume de la lluvia todavía flotaba en el ambiente. Un acordeón, un piano, un violín, una pandereta y una cantante se lucían con los acordes de *Easy Winners*. El clima era festivo, tal vez fuese porque faltaba poco para llegar, o por la necesidad de acallar esa sensación que cada vez se enraizaba más en el pecho, llamada nostalgia. Yo era uno de aquellos que no volvería a mi tierra. Nunca.

De pronto alguien apoyó en la mesa frente a mí un vaso lleno de un líquido color ámbar.

—Aquí tiene, el mejor *whisky* que se puede beber en este barco, y se encuentra en segunda clase.

Levanté la vista. El hombre que quería evitar estaba allí mismo, sentado a mi lado, con esa sonrisa de lado, los ojos con una mirada picaresca. No supe qué contestar. Después de unos instantes, me levanté para retirarme, pero él me tomó la mano.

—Siéntese, creo que le va a convenir hablar conmigo —dijo en tono serio.

Miré la mano que sostenía la mía sobre la mesa: una mano de dedos largos, de uñas cuadradas, cortas; la mano de un caballero.

—¿Qué quiere de mí? —La pregunta sonó como una acusación.

—Es arriesgado andar por aquí a esta hora. El alcohol, el aburrimiento y la zozobra de no saber lo que depara el mañana es una mezcla peligrosa.

—Gracias por la advertencia, sé cuidarme sola. —Traté de soltarme, pero la mano permaneció inamovible, como si estuviera estaqueada a la tierra.

—¿Ve al hombre en aquella esquina? Ese, con gorra de visera sobre los ojos. No ha dejado de

observarla desde que se sentó a comer ese guiso espantoso que ha devorado con tanto ímpetu.

—Por lo que veo, no es el único que me estuvo observando. —Esta vez retiré la mano, pero no me moví del asiento. Era verdad, el hombre de la esquina me miraba con disimulo. O quería robarme o algo peor—. ¿Y usted? ¿Por qué viene a esta cubierta? —pregunté en cambio.

—¿No se lo he dicho ya? Aquí se puede encontrar el mejor *whisky* del barco.

Hizo un gesto a modo de invitación para indicarme el vaso, lo tomé y chocamos las copas en un brindis tácito. El líquido me quemó la garganta, pero no me asqueó; todo lo contrario, el calor que me brindó fue subiendo por mi cuerpo hasta sentirlo en las mejillas. Fue reconfortante.

—¿Qué le parece si la acompaño hasta su camarote?

Asentí. Él me ofreció su brazo y caminamos juntos. El otro hombre, al verme acompañada, dirigió su mirada hacia otro objetivo.

Caminamos por la cubierta de primera clase; ya era tarde, los camareros terminaban de retirar los restos de la vajilla y servilletas, las luces se habían atenuado, solo se escuchaba un bajo murmullo de voces provenientes del salón de juegos.

—Le aconsejo que no vuelva, se nota a las claras que es una dama de alcurnia, aunque quiera disimularlo con esas ropas oscuras y un poco gastadas. Los ánimos están exaltados con la proximidad de la llegada, a cualquiera se le puede ocurrir la idea de apoderarse de lo ajeno. Cuídese.

Le agradecí de corazón y trabé la puerta del camarote.

Los dos días siguientes los dediqué a armar el baúl. Aproveché el tiempo vacío en arreglar y modernizar un poco la ropa que tía Bertha me había dado y que había sido de mi madre. Así me entretuve sacándole vuelo a las faldas, acortando la parte delantera hasta que se vieran los zapatos, agregando encajes y ornamentos a los únicos tres sombreros que tenía. Siempre se me había dado bien la costura; maniobrar el hilo y la aguja me calmaba, me ayudaba a concentrarme en trazar mis próximos pasos. Salí lo mínimo indispensable del camarote.

Esa noche volví a tener esa horrible pesadilla en la que Charles me miraba incrédulo, el cuchillo clavado en su cuerpo, cayendo sobre las rodillas para luego desvanecerse, la sangre oscura tiñendo la alfombra. Charles, el mismo caballero que me había deslumbrado con su encanto una tarde de primavera en Hyde Park, el mismo que había jurado serme fiel y cuidar de mí. El caballero perfecto, ese al que mis tías me habían entregado convencidas de haber asegurado mi futuro. Y yo había creído, me había dejado conquistar con sus halagos, con su mirada de ojos gatunos, sin tener la sagacidad de ver más allá del envoltorio, sin percatarme de la dureza de su sonrisa, de la frialdad de su porte. Y esa infatuación, ese enamoramiento obcecado que nos anula los sentidos, nos esquiva de la realidad y aniquila la capacidad de discernimiento, fue mi perdición. Tal vez hubiera estado preparada para aceptar que lo que había sentido era solo el deseo de ser amada y amar, pero para lo que no estaba preparada era para tener al espanto como compañero, ese pánico, ese miedo atroz de que llegara la noche y que Charles se convirtiera en el monstruo que escondía al llegar los primeros rayos de sol.

—Amanda —oí su voz y me incorporé de golpe en la cama.

Miré a mi alrededor, solo se escuchaban las gaviotas y se sentía entrar el aire fresco por el ojo de buey. Me puse de rodillas en la cama para atisbar. Sí, en efecto, la suave curva de tierra se podía vislumbrar a través de la bruma. Habíamos llegado.

El desembarco fue caótico. La gente hacía filas interminables con sus bolsos y paquetes y se empujaban unos a otros. Por fortuna, la primera clase tenía un trato un poco mejor que los demás. Entregué mi pasaporte falsificado y le brindé una sonrisa brillante al oficial. Para el caso

me había sacado los anteojos y me había peinado con un rodete tirante y sombrero, lo más parecido a la foto.

Me miró sin expresión y selló el pasaporte sin siquiera darse cuenta de que Amanda se había convertido en Amelia, y Weston en Preston.

Me uní a la procesión. Llevaba conmigo el dinero que tía Bertha me había dado muy bien escondido en mis enaguas, y un gran bolso en la mano con lo esencial. Había pagado de antemano el despacho de mi baúl, que iría al hotel.

Busqué con desesperación un coche que me llevase, pero la gente se apretujaba y se movía de aquí para allá. Los que venían a buscar a sus familiares o conocidos y los que ansiaban salir rápido del lugar. Se escuchaban gritos y peleas aquí y allá.

Una mujer vestida de negro, andrajosa y despeinada me pidió dinero, pero yo seguí de largo asustada por la situación. Entonces, me tomó del brazo y hundió sus dedos huesudos en mi muñeca.

—Él lo sabe. —Se acercó a mi cara—. Él te buscará, él lo ve todo.

Me sacudí para deshacerme de su mano, pero trastabillé y por poco caigo hacia atrás.

El hombre que me había hablado el día anterior apareció de pronto a mi lado y me tomó del brazo.

—Venga conmigo —me dijo, y sin pensarlo me dejé conducir.

Llegamos a un carruaje y me subió de un empellón. Enseguida el coche emprendió viaje.

Suspiré aliviada y me arreglé un poco el sombrero y el peinado, los bucles se habían soltado y se me venían a la cara. Tuve la precaución de ponerme las gafas para mirarlo, pero él sonrió burlón como si supiera que estaba fingiendo. Decidí ignorarlo.

—Gracias —dije—. No sé qué hubiera pasado si usted no hubiera aparecido.

—Sería terrible que una recién llegada muriera víctima de una avalancha de inmigrantes. Dígame a dónde la puedo alcanzar, señorita…

—Preston, Amelia Preston. —Usé por primera vez mi nuevo nombre.

—Jacob Astor. —Me besó la mano.

—Al Waldorf, por favor.

—¿Al Waldorf? —se mostró sorprendido.

—Sí —contesté seca.

El carruaje recorrió las calles y nos quedamos en silencio, yo sumergida en mis preocupaciones, pensando en mis próximos pasos. Él, según me di cuenta, contemplando mi perfil. Llegamos al hotel y bajó conmigo.

—Es increíble, pero vamos al mismo lugar —explicó y me acompañó adentro.

El Waldorf estaba en la Quinta Avenida y la 33. El lujo de sus mármoles, alfombras y lámparas era impactante. Se sentía un ambiente sofisticado: mujeres de elegante contoneo, con estolas de pieles, cuellos de encajes italianos, grandes sombreros de plumas de aves y moños, collares largos hasta la cintura de perlas diminutas y el andar acompasado por largas sombrillas usadas a modo de bastones. Los caballeros de chaquetas con solapas de pico forradas en seda negra, camisas de intachable blanco, algunos con bombín, otros con chistera; todos bañados por la luz tornasolada de los caireles de la gran araña que decoraba el recibidor. El aroma de las flores proveniente de enormes jarrones colmados con un sinfín de gardenias, rosas, lilas y azucenas se mezclaba con el de perfumes exóticos, provenientes de amplios escotes, o del pulsar de la sangre en las muñecas. El piso de mármol, con guardas de dibujos geométricos, techos altos abovedados con diseños que se repetían en una continuidad exquisita, grandes columnas de

capiteles dóricos, la maciza baranda de hierro forjado de la gran escalera cuyos escalones vestían una alfombra rojo rubí, sujeta con varillas de bronce pulido para protección de resbalones inesperados.

—Es hermoso, no hay duda —comentó él al ver mi reacción—. Pero la otra parte, la de los Astoria, es mejor.

—Bienvenido, señor Astor —intervino el botones—. ¿Llevo el equipaje a sus aposentos?

—Sí, gracias, Michael, si me haces el favor —contestó—. Voy a acompañar a la dama.

Me condujo hasta la recepción.

—¡Señor Astor! —Un rubor rosado que llegó al rojo vivo subió por las mejillas de la empleada—. Por favor, dígame en qué puedo servirlo.

—Anna, querida, por favor, ayuda a la señorita Preston a registrarse.

Miré a mi acompañante, no entendía muy bien su familiaridad y desenvoltura al tratar con los empleados.

—¿Astor? ¿Tiene que ver con Astoria? ¿Como Waldorf Astoria?

—Me temo que sí —contestó—. Soy dueño de la parte Astoria, los dos hoteles están unidos ahora, los Waldorf son mis primos.

Me sentí cohibida y un poco mareada.

—¿Preston? —intervino la chica—. No tengo ninguna reserva con ese nombre, pero sí tengo una Amanda Weston.

El señor Astor me contempló con una ceja arqueada y una sonrisa de costado. Me sentí descomponer, recordaba que había hecho la reserva con mi verdadero nombre e iba a fingir una confusión, pero no contaba con que ese hombre estaría allí mismo de testigo. Trastabillé y me tomé la cabeza con la mano, de golpe la estancia comenzó a girar.

—Anna, parece que la señorita no se encuentra bien después de un viaje tan largo. Cambia la reserva, de seguro se trata de una equivocación —intervino—. Señorita Preston, Michael la escoltará a su habitación, ahora debe descansar. Quisiera, si no es molestia, que se encontrara conmigo más tarde en el Palm Room para poder disfrutar de la cena. Nueva York puede parecer muy avasallante para una jovencita que viaja sola. Le hará bien un descanso y una buena comida para recuperar fuerzas.

Me refugié en el cuarto de la misma manera que lo había hecho en el camarote del barco, y el agotamiento volvió a invadirme. Otro escollo que sortear, pensé; aquel hombre no era ningún tonto, sabía mi verdadero nombre y había sido testigo del nacimiento de mi nueva identidad. Me pregunté qué querría de mí y cómo podría zafar de sus atenciones.

Mucho más tarde, me despertaron unos golpes en la puerta. La camarera entró y me preparó el baño. Mi baúl había llegado, lo abrió y comenzó a colgar la ropa.

Me metí en la bañera caliente y cerré los ojos. No podía seguir en ese hotel. Primero, porque no podía afrontar los gastos, solo lo había reservado por un par de días, hasta saber los pasos a seguir. Me puse el vestido de noche azul oscuro que había arreglado en el barco, realzaba la figura en S como era la última moda en París. Me arreglé el cabello frente al espejo. Lo importante era que había llegado sana y salva al otro lado del Atlántico, ¿no es verdad? Tenía un nuevo futuro por delante, un nuevo comienzo.

Bajé al Palm Room. El comedor estaba lleno de gente. El *maître* me acompañó hasta la mesa de Jacob Astor.

—Espero que haya descansado, señorita Preston. —Se incorporó.

Llevaba puesto un frac con chaleco blanco en forma de U que realzaba su figura atlética y, al

mismo tiempo, elegante. Me senté frente a él.

—Gracias, señor Astor —contesté mientras el camarero me ofrecía el menú. Me calcé las gafas para leer y lo miré desafiante. Él contuvo una sonrisa.

—¿Ha estado alguna vez en Nueva York?

—No, esta es mi primera vez.

—¿Le parece bien que yo elija por usted? Conozco bien al chef y sé cuáles son sus especialidades.

—Me parece bien. —Dejé el menú de lado. Estaba nerviosa, pero no quería dejar traslucir mis miedos, quería mostrarme como una mujer de mundo, autosuficiente. Una mujer moderna. Estaba esperando sus preguntas y me había puesto a la defensiva de antemano, pero al contrario de lo que había pensado, él comenzó a hablar sobre sí mismo.

—Si le interesa saber cómo nació la idea del hotel, debo decirle que fue una especie de competencia entre mi primo y yo. Siempre hubo entre nosotros cierta rivalidad, aunque nos tenemos mucho aprecio en verdad. Él comenzó construyendo el Waldorf, tiró abajo el edificio de ladrillos rojos que había heredado y construyó uno de trece pisos. Unos años después, no pude contenerme, compré el predio de al lado y construí un edificio más alto, diecisiete pisos, el Astoria. Después de aguantar sus quejas y berrinches de niño consentido, le propuse aliarnos y convertir el Waldorf Astoria en el mejor hotel de Nueva York. Creo que lo hemos logrado.

Hizo una pausa mientras el mozo nos servía champán.

—Ahora me dedico a viajar, pero debo decir que extraño la pasión que desata un nuevo proyecto; de momento no tengo nada. ¿Y qué me dice de usted, señorita Weston?

—Preston, Amelia Preston. —Me puse en alerta.

—Disculpe, me confundí. Para ser sincero, debo confesar que me considero un estudioso de las personas. Apostaría que usted oculta algún secreto.

Dudé entre mostrarme ofendida o no darle importancia. Opté por la segunda opción.

—Lo que sucede, señor Astor, es que, como está aburrido, busca con insistencia algo fuera de lo común, algún complot, alguna intriga. —Sonreí indulgente y, envalentonada, comencé a improvisar—: No oculto nada ni soy un sujeto interesante para descubrir. Solo soy una mujer con poca suerte. Mis hermanos están viviendo aquí y yo debía seguirles; mi tía iba a venir conmigo, pero por desgracia murió. No tuve más remedio que hacer el viaje sola.

—¿Y sus hermanos cómo es que no la han venido a buscar?

—Ellos vendrán mañana. Tuvieron que viajar por negocios. Pero sígame contando sobre usted, señor Astor. Su vida es mucho más emocionante que la mía.

—No hay mucho más que contar, mi querida señorita. Soy un solitario, con un carácter un poco irritante. Muy obsesivo cuando algo se me mete en la cabeza. Y debo confesar, sin ánimo de ofenderla de ningún modo, que su transformación llamó mucho mi atención.

En silencio lo estudié con la mirada. ¿Por qué insistía con lo mismo? Sin hacer ningún comentario, tomé unos sorbos de mi copa. Él prosiguió.

—Verá usted, los viajes en barco me parecen bastante aburridos, sobre todo los primeros días, cuando la gente se halla indispuesta en sus camarotes hasta que se acostumbran al vaivén del barco. Estaba yo sentado en cubierta leyendo un libro mientras tomaba un aperitivo, cuando la vi. Se recostó en una tumbona frente a mí. Estaba bastante pálida, pero creo que su empeño en superar el malestar pudo más. Me llamó la atención que viajara sola, lo que confirmé los días sucesivos. Y que no hiciera amistad con nadie, y sobre todo su mirada asustada, vigilante, como si esperase alguna desgracia que está por llegar.

Me incorporé en la silla.

—Señor Astor, si usted va a seguir con esto…

—Por favor, no me malinterprete. A veces suelo explicarme mal. Lo que quiero decir con esto es que, si necesita ayuda, o tiene algún problema, me honraría poder ser su amigo.

Forcé una sonrisa.

—De verdad, señor Astor, se lo agradezco enormemente. Mañana tendrá la oportunidad de conocer a mis hermanos y sacarse todo tipo de duda.

Él pareció decepcionarse con mi respuesta, me brindó una sonrisa tenue y llamó al camarero para pedir el postre.

Nos despedimos media hora después, y lo invité a almorzar junto a mi familia a las trece horas del día siguiente en el Palm Room.

A primera hora de la mañana, dejé el cuarto, pagué la cuenta y me retiré del hotel sin dejar ninguna seña.

Capítulo 4

Nueva York me apabulló. Tanto por su belleza como por su febril actividad. El edificio Fuller, de ochenta y nueve metros de altura y su forma triangular, y el Metropolitan Life Insurance Company Tower, con sus doscientos trece metros, me dejaron sin aliento. Dinámica, esa fue la palabra que se me ocurrió: dinámica, elegante, llena de actividad, una ciudad en constante movimiento. Los escaparates de las tiendas, las mansiones con sus ventanas iluminadas como vidrieras en la Quinta Avenida, el Museo Metropolitano de Arte y el de Historia Natural eran mis destinos preferidos cuando daba un descanso a la búsqueda de un local para rentar.

A diario, miles de personas llegaban desde el viejo continente en búsqueda de un futuro mejor. Irlandeses, polacos, italianos y rusos desembarcaban en la isla Ellis con sus ahorros y sus maletas llenas de ilusiones; el sueño de prosperar. Se dispersaban en sitios determinados dependiendo de sus nacionalidades y extracción social: al sudeste los rusos y polacos, los irlandeses en el Midtown Oeste, los húngaros en la calle 96 y el East River; judíos sefardíes de Siria, Egipto y Grecia en Allen Street.

Alquilé una habitación con desayuno en la casa de la señora Park en la Segunda Avenida, donde me recomendó el cochero, lejos del lujo y la elegancia del Waldorf Astoria y de la constante presencia de Jacob Astor.

El barrio había sido conocido como Little Germany, según palabras de la señora Park, pero la comunidad se había reducido luego del hundimiento del barco *PS General Slocum* en 1904, donde perecieron más de cien germano-estadounidenses.

Según la señora Park, el East Side estaba cambiando de cara: donde antes había mansiones, ahora se levantaban poco a poco casas de apartamentos, edificios de oficinas, teatros y bibliotecas; la Segunda Avenida misma ensanchó su calle.

La señora Park, una mujer huesuda, de ojos de ave y cabello todavía negro, vivía con su marido y su hija Fionna. Desde su sillón en el saloncito de entrada, vigilaba quién entraba y quién salía. Al principio me había mirado con expresión de sospecha: «Esta es una casa digna y decente, no se le olvide». Por toda respuesta, saqué los billetes nuevos e impecables y le pagué sin pedir ninguna rebaja; su actitud cambió de la noche a la mañana.

Día tras día buscaba un local para mi proyecto. Mi mente infantil había imaginado un precioso lugar en tonos de blanco y lila, con una vidriera llena de bonitos sombreros. Pero me había encontrado con la realidad: los precios eran astronómicos y, a medida que bajaba mis pretensiones con respecto al barrio, me daba cuenta de que en los suburbios nadie iba a estar en condiciones de gastar dinero en un sombrero de lujo. Mientras tanto, mi pequeño cuarto se hallaba atiborrado de cintas de terciopelo, redes, plumas, moños y paños en los que había invertido parte de mi dinero. Mi pequeña fortuna se estaba reduciendo a pasos agigantados y ya estaba pensando en buscar algún empleo que me permitiera sobrevivir.

Desalentada y casi al borde de la desesperación, caminaba sin rumbo fijo por el sur de la calle Houston, cuando vi un cartel que me llamó la atención.

El famoso mago Andranik Novak estaba preparando su espectáculo que se estrenaría el mes entrante. Un hombre llamado Colt lo retaba a escapar de unas esposas fabricadas por él mismo, aduciendo que las que usaba Novak eran falsas y tenían pequeños resortes escondidos para

liberarse.

Habían improvisado un pequeño teatro en un callejón que discurría entre los edificios cercanos a Broadway. Compañeros de Colt cobraban unos pocos centavos por una silla. Aproveché que era temprano y conseguí un lugar en primera fila. Poco a poco, la gente comenzó a llegar y el ambiente se cargó de nerviosismo y expectación. Había fervientes admiradores de Novak que discutían con otros que apoyaban a Colt; todos estaban muy exaltados y hasta había policías vigilando por temor a posibles riñas.

Colt llegó a los pocos minutos, pero pasaron más de cuarenta y cinco y Novak no llegaba. Colt alardeaba diciendo que se había arrepentido por temor a ser desenmascarado. Los ánimos estaban caldeados y la espera no hacía más que enojar a la gente. Finalmente, llegó.

Aunque solo nos habíamos visto en el tren y yo jamás había asistido a uno de sus espectáculos, se me antojó un poco nervioso e inseguro, aunque tal vez solo fuese una impresión mía.

Mientras Colt anunciaba que ese día sería histórico, ya que demostraría que la legendaria habilidad de Novak era solo una farsa, los ojos del mago, que recorrían el público, se detuvieron un instante en mí y me pareció ver un chispazo de reconocimiento.

Algunas personas abucheaban a Colt, pero cuando Novak comenzó a hablar se hizo un silencio total. Tenía una voz profunda, íntima; no necesitaba gritar para hacerse oír.

—Amigos, esto es un espectáculo y, como tal, quiero que lo disfruten y se mantengan calmados. Les pido disculpas por mi retraso, tuve un inconveniente de último momento. Esta noche, juntos, le demostraremos al señor Colt lo equivocado que está. Pero, antes que nada, escogeré a alguien del público para que sea mi testigo y ayudante, ya que la persona que tenía que acompañarme hoy desapareció… como por arte de magia.

El público rio y él se quitó la chaqueta y la colocó en el respaldo de una silla.

—Así que he de escoger entre ustedes. ¿Por qué no esta joven dama? —Me señaló.

Ignorante de que ese insignificante gesto cambiaría mi destino, subí al escenario.

—¿Su nombre? —preguntó mientras me tomaba la mano a modo de saludo.

—Amelia Preston —dije de forma entrecortada, porque en su mano, que aún tomaba la mía, sentí algo de metal frío y cilíndrico que él deslizó entre mis dedos. Miré su rostro, sorprendida; en su mirada había una advertencia. Escondí lo que supuse era una pequeña llave lo más disimuladamente que pude entre mis dedos. Mi corazón latía desbocado, estaba segura de que todas las miradas estaban fijas en mis manos. Pero me equivocaba, en ese momento Colt estaba revisando a Novak y, acto seguido, le colocó unos gruesos grilletes en las muñecas.

—Ahora, el público puede ver que estoy bien atrapado. —Alzó las muñecas—. Usted, señorita, corrobore que es así.

Él se acercó y, en una milésima de segundo, tomó la llave de mi mano mientras yo fingía revisar los grilletes.

En tres minutos estuvo libre e, impávido, le entregaba las esposas a Colt, que atónito las miraba sin comprender. La gente gritaba y aplaudía. Yo también aplaudí, pero por otro motivo: la sencillez del truco que solo una personalidad escénica tan fuerte como la de él podía lograr que la gente pasara por alto.

Me quedé sentada mientras la multitud se iba dispersando. Novak saludó al público y bajó los dos escalones del improvisado escenario. Se detuvo al verme y sonrió.

—Señorita… Preston, es un placer volver a encontrarla. Qué casualidad tan encantadora.

—Yo diría conveniente.

—Le quiero agradecer lo que ha hecho esta noche por mí. La verdad es que estaba en un aprieto, la persona que debía ayudarme para este truco no llegó, ya sabe, lo que hablamos aquella tarde en el tren. La gente de confianza es difícil de encontrar.

—¿Y qué hubiera hecho si yo no hubiera estado en el público? —pregunté un poco irónica.

—Improvisar, la improvisación es la verdadera piedra de toque del ingenio, según Molière.

—Fue un placer poder servir de ayuda —contesté.

—Muchísimas gracias. El hombre que debía venir hoy… seguramente Colt le habrá ofrecido un puñado de billetes. Necesito…

—Lo que usted necesita soy yo —lo interrumpí de un modo audaz, con una confianza y un aplomo que estaba lejos de sentir—. Puedo ser una excelente ayudante, soy rápida y expeditiva, y además obsesiva. Si me contrata, señor Novak, no se va a arrepentir. Confíe en mí.

Él me observó por un instante.

—Dice que puedo confiar en usted, ¿una mujer que dice llamarse de una manera diferente a la que conocí en el tren? No, señorita, aunque se lo agradezco. —Comenzó a alejarse.

Estrujé el sombrero con las manos, eligiendo febril el argumento para convencerlo.

—¡Espere! —le grité y corrí los pocos metros que nos habían separado. Él se detuvo con expresión impaciente—. Por eso mismo. Debe confiar en mis cualidades, en mi habilidad para mimetizarme, para cambiar. Soy tan capaz de meterme en un baúl hermético como de perseguir y embaucar a cualquiera que quiera pasarse de listo. Puedo ser una dama solo interesada en la moda de París como una mujer de negocios. Si me contrata, señor, puedo hacerle la vida más fácil. Deme una oportunidad, un mes de prueba. Después de todo, la magia es una manera de engaño, ¿no?

Él me dirigió una mirada apreciativa, pareció sopesar posibilidades por unos instantes, luego dijo:

—Tal vez así sea, lo sabremos en un mes.

Capítulo 5

Al principio empecé de a poco; ser su ayudante era un trabajo de muchísima concentración, ya que una ínfima equivocación podía llegar a estropear el truco.

Tuve que comenzar a entrenarme, pues para muchas situaciones debía tener flexibilidad y rapidez.

La primera vez que me presenté al ensayo lo hice con un vestido de calle, el más liviano que pude encontrar. Me miró con diversión.

—Creo que es un gran truco que sea capaz de respirar con ese corsé, señorita Preston. Si realmente quiere el trabajo, va a tener que dejar sus prejuicios de lado; sus prejuicios y su pudor. Tenga, esta es la vestimenta apropiada para entrenar.

Oculté el rubor de mis mejillas y me cambié en el vestidor. Me sentía desnuda con aquella malla negra que definía mis piernas con precisión. ¡Oh, Dios! Si tía Bertha me viera, se moriría de la humillación.

Entrenábamos todos los días. Primero una hora de ejercicios de estiramiento, destinados a lograr máxima elasticidad. Por fortuna, yo la tenía. De niña jugaba a tocar el pulgar con el antebrazo o llevar el pie hasta la nariz. Según Andranik, yo había nacido con las articulaciones más sueltas, lo que era una ventaja, pero también tenía la desventaja de no ser muy estable, lo que provocaba que tuviera que usar más el músculo para estabilizar la articulación, por eso también eran necesarios ejercicios para fortalecer. Después ensayábamos distintos trucos, algunos de mucha complejidad, como el de la famosa metamorfosis. Yo debía atar las manos de Andranik, al que, metido en un saco, encerraba en una caja. Luego la tapaba con una cortina; al abrirse casi al instante, intercambiábamos lugares: Andranik aparecía sobre la caja y luego salía yo, al abrirla, dentro del saco con las manos atadas.

—Eres muy lenta, el problema es que piensas, piensas mucho. Tiene que ser automático para poder imprimir velocidad. Vamos de nuevo.

Y así seguíamos durante horas.

El estreno del espectáculo no estaba lejos y eso me paralizaba por momentos. Nunca había siquiera imaginado estar en esa situación, sobre un escenario, con toda la gente mirándome; sobre todo temía por Andranik: si algo salía mal por mi culpa, su reputación se vería afectada. A veces terminaba tan agotada que tenía ganas de llorar.

—¿Cuántas veces lo tenemos que hacer?

—Lo repito hasta que salga automáticamente, hasta que no lo tengas siquiera que pensar. Repasemos, ¿cuáles son las tres leyes?

—Nunca revelar el secreto, nunca decir lo que sucederá, debe ser una sorpresa, y nunca, por ninguna razón, repetir el truco —respondí por enésima vez.

—Muy bien, pero coma algo, por Dios. ¡Es solo piel y huesos!

Todavía no me había preguntado ni una sola vez la causa del cambio de nombre, tal vez no le importaba, o tenía cosas más importantes en las que pensar. Solo me inquietaba la certitud de saber que, cuando me lo preguntase, no sería capaz de mentirle.

—¿Me está escuchando, Amelia? —Su voz me trajo al presente.

Estábamos sentados a una mesa sobre el escenario. El mazo de cartas se hallaba totalmente

desplegado boca abajo y yo tenía que aprender a *leer* de qué carta se trataba. No lograba ni memorizar ni ver las pequeñas diferencias entre una carta y otra; estaba agotada.

—No creo poder hacerlo —musité.

—¿Qué?

—Que no creo poder hacerlo —sollocé con fuerza.

No sé qué expresión puso porque hundí el rostro en las manos y lloré todo lo que había aguantado durante semanas.

—Señorita Preston, he tenido muchos ayudantes a lo largo de estos años. La mayoría no soporta la presión, no es la única que se ha sentido así. —Me entregó su pañuelo—. Vamos, compóngase de una vez. Mañana seguiremos, está muy cansada ahora, ya verá que no es tan malo.

Se incorporó para irse, pero cambió de idea mientras yo trataba infructuosamente de detener mi llanto.

—Amelia, lo está haciendo muy bien, de verdad. Cálmese. Míreme.

Miré sus ojos claros y determinados.

—Lo he pensado mucho y creo que lo mejor para usted sería mudarse a mi casa. No piense mal, por favor. Tengo una casa de tres pisos a unas cuadras de Central Park; usted podría ocupar el último, por completo independiente del resto de la casa. Sería más fácil para mí la organización de las cosas; y realmente, Amelia, para usted sería mucho más seguro. Una señorita joven, viviendo en los suburbios, sola…

Debo admitir que no me costó mucho decir que sí. Me sentía vulnerable y deprimida, la soledad me estaba matando. Lo dejé insistir un par de veces antes de aceptar.

Esa misma tarde me acompañó hasta la casa de la señora Park, que me despidió con mirada de «ya lo sabía», y me esperó abajo con un coche. Tiré todo dentro de mi baúl y salí lo más rápido que pude de ese miserable lugar. Viajamos hasta su casa sin emitir palabra.

El edificio tenía fachada de piedra rojiza a la vista y ventanas abovedadas; diez escalones llevaban a la puerta de entrada de madera de roble y vidrios biselados. Una aldaba de bronce simulaba una mano con tres cartas, me hubiera causado gracia si no hubiera estado tan nerviosa. Estaba situada en un bonito vecindario. Elevé mis ojos a lo alto del edificio que sería mi hogar.

Andranik llamó a la puerta, comentó que siempre se olvidaba las llaves, y una mujer abrió. Nos miró con sorpresa.

—Belle, te presento a Amelia, mi nueva ayudante; va a quedarse a vivir con nosotros. Amelia, mi mujer, Belle Novak.

Recorrí el cuarto de un extremo al otro. Era amplio, con un gran ventanal que daba directamente a la copa de un árbol. Tenía una cama ancha con cabecera de hierro, una mesita con lámpara, un sillón a un costado y un tocador con espejo. No podía ser más cómodo ni acogedor; sin embargo, al mirar mi reflejo, me detuve en mis ojos verdosos y le pregunté a mi imagen: «¿Qué estás haciendo de tu vida?».

Me senté sobre la cama y escondí mi rostro en las manos. Me daba ganas de tirar todo por la borda, volver a Inglaterra, entregarme a las autoridades y que fuera lo que Dios quisiera. ¿Qué estaba haciendo en esa casa, con gente extraña, con un hombre que ni siquiera había advertido a su mujer que llevaría a su ayudante a vivir con ellos? ¿Qué pretendía yo de mi vida? Y lo peor y más importante, ¿por qué me había contrariado la presencia de su esposa, una mujer a la que ni

siquiera conocía? ¿Qué había imaginado al aceptar de buen grado la invitación de Andranik de vivir en su hogar? Sentí unos golpes tímidos en la puerta; era Belle.

—Espero que esté cómoda, le traje sábanas. Si hubiera sabido que Andranik iba a traerla…

—Yo… lo siento mucho —musité—. No quiero ser una molestia.

Ella sonrió.

—Le ayudaré a arreglar la cama; las chicas de servicio vienen solo por la mañana.

Entró y comenzamos a desplegar las sábanas. Era menuda y delgada, con cabello crespo y oscuro que peinaba en un rodete en la nuca. Su piel era blanquísima, como si nunca hubiera estado al sol; los ojos pequeños y redondos, de un color indefinido, eran vivaces; la sonrisa, a flor de labios.

—Andranik… es así, impredecible. Decide algo de golpe y… ¡zas! Si lo sabré yo. —Hizo una pausa mientras ponía la funda a la almohada, luego sonrió—. Nos conocimos de niños, nuestros padres eran amigos. Luego de casarnos, fui su ayudante, así que entiendo muy bien sus dudas y sus miedos. Andranik me ha contado todo.

Yo oculté a medias el rostro mientras me inclinaba a enganchar las sábanas bajo el colchón; de alguna manera ridícula, me sentí traicionada y ese sentimiento me avergonzó.

—Sí, estuve muy nerviosa estos últimos días, creo que es la falta de un buen descanso también. Se lo agradezco mucho.

—No hace falta que seamos tan formales si vamos a vivir bajo el mismo techo, nos podemos tutear, ¿no te parece? Te dejo para que puedas dormir. Y, si necesitas algo, estás en tu casa —dijo antes de cerrar la puerta a su espalda.

Me saqué la ropa, me desplomé en la cama y me dormí inmediatamente.

La luz del día nos hace ver las cosas desde otros ángulos, de una manera más entusiasta. Las sombras del futuro incierto se desvanecen conforme los rayos de luz comienzan a rescatar las penumbras, y la esperanza resucita, redentora, como una balsa salvavidas a la que trepamos; nos rescata y dejamos la melancolía de lado para volver a ponernos, aunque sea por un buen rato, nuestro disfraz de optimismo.

Mientras me cambiaba, traté de analizar los sentimientos que la noche anterior me habían asaltado.

Había sentido unos celos absurdos cuando Andranik me había presentado a su mujer. Comprendí que la raíz de todo era la soledad. Andranik era el único ser humano con el que había tenido contacto este último tiempo, la única persona con la que hablaba, y ya podía sentir esa cierta familiaridad que nos hace sentir cómodos con otras personas, que nos hace ser nosotros mismos, y me molestó que él no me hubiese contado que tenía familia.

Me había hecho una imagen de él que no concordaba con la realidad. Un mago que viaja por el mundo presentando su espectáculo no cuadraba con la idea de un hombre de familia.

Por otra parte, debía pensar que mi estadía en ese lugar no sería para siempre, aunque por ahora era algo que me ayudaría a sentirme segura: tener estabilidad le daría a mi vida una ilusión de continuidad, de permanencia, aquietaría mis vacilaciones, mis desamparos. Además, era una casa muy linda y en un barrio mucho mejor que el suburbio peligroso donde me había instalado. Hubiera sido una necedad desaprovechar la oportunidad. Pero primero lo primero. Ahora lo principal era concentrar todo mi esfuerzo en la función.

Me acostumbré pronto a la nueva rutina. Desayunábamos los tres juntos; Belle era una mujer

buena y cordial. Sufría de frecuentes jaquecas que la obligaban a encerrarse en su cuarto a oscuras y ponerse paños fríos en la frente.

La señora Dumas era la que se encargaba de la casa. Una mujer corpulenta y rubicunda de mediana edad. Belle parecía ser su debilidad y se desvivía en cuidados para con ella cuando se sentía mal.

Cuando nos conocimos, demostró con su actitud que no aprobaba mi presencia en la casa, pero por supuesto fue incapaz de decir ninguna palabra a Andranik.

Después de desayunar nos íbamos al teatro a ensayar hasta el mediodía, donde comíamos allí mismo la cesta que la señora Dumas nos traía, para luego seguir con el ensayo.

Muchas veces, al mirar hacia la audiencia, la descubría observándonos; era silenciosa como una araña. Me daba la impresión de que parecía esperar a que yo hiciera algo indebido para atraparme en el acto. Si ella se enterase de mi secreto, con seguridad sería la primera en entregarme. Ignoraba la causa de su animadversión hacia mí.

Por la tarde volvíamos, y a veces nos deteníamos en el camino para ver los letreros de los espectáculos que se presentarían.

Por la noche cenábamos los tres juntos y charlábamos sobre las innovaciones que podíamos hacer en los trucos. Ellos me incluían, preguntaban mis opiniones como si realmente las fueran a tener en cuenta; eso me hacía sentir parte del equipo, una parte valiosa. Cuando estaba de buen humor, Andranik nos contaba anécdotas que nos hacían reír sobre los años que había pasado de niño trabajando como contorsionista en un circo. Poco a poco, me empecé a sentir parte de la familia. Belle era generosa y yo quería ser para ella una buena amiga.

A veces, cuando había tiempo, la ayudaba con la cocina. Le gustaba hacer viejas recetas de su país natal y yo la ayudaba.

—Estuve pensando y creo que sería bueno hacer una función de preestreno, como para que puedas dejar un poco de lado tus miedos —dijo un día Andranik mientras caminábamos a casa —. Eso te dará seguridad. Hablé con unos conocidos y pasado mañana será el día. No te lo quise decir antes, para que ensayaras sin presiones.

—¡Pasado mañana! ¡Dios mío!

—A eso me refería —bromeó al ver mi expresión, pero luego se detuvo, me miró a los ojos y dijo—: Calma, vas a estar bien. —Se llevó mi mano enguantada a sus labios y me besó los dedos.

Volvimos caminando en silencio; esas familiaridades a las que no estaba acostumbrada me turbaban y confundían.

El día anterior a la función, Belle hizo lo posible por calmarme y darme seguridad.

—Acuérdate de que yo también fui ayudante de Andranik. Escúchame bien: todos miran al mago, no a la ayudante; nadie le da importancia, es como si fuese solo una figura decorativa, nadie toma en cuenta el gran trabajo que hace el ayudante. La luz fuerte te aísla de la gente. Solo tienes que pensar que estáis solos. Andranik y tú.

Belle me ayudó a cambiarme aquella tarde. El vestuario era un par de medias gruesas negras y una especie de vestido corto en tonos dorados. Me arregló el pelo en un rodete alto del que salían un par de plumas hacia el costado.

—Perfecta —sentenció—. Va a estar todo bien, no temas. —Me dio un tímido y breve abrazo que acepté agradecida—. ¿Verdad que está preciosa, Andranik?

Me volví y vi al mago observándonos desde el marco de la puerta. Me sentí incómoda frente a la pregunta y el examen minucioso de él.

—Sí, está muy bonita. Las dos están muy bonitas —dijo con una sonrisa.

Me envolví en la capa de terciopelo y los tres nos dirigimos al coche.

—Al Waldorf Astoria —ordenó al cochero.

—¡Al Waldorf Astoria!

—Sí, ¿no te dije? El preestreno será en el hotel.

Me hundí en el asiento y cerré los ojos rezando porque Jacob Astor no estuviese esa noche allí.

Capítulo 6

Lo que los ojos ven y los oídos oyen, la mente cree.
Harry Houdini

Uno de los salones había sido arreglado para nosotros. El escenario ya había sido preparado por el hombre de confianza de Andranik, Chao-xi Luo, aun así, revisé concienzudamente todos los trucos. Traté de olvidar dónde estaba. «Después de todo, ese hombre, Jacob Astor, ¿qué tiene contra ti?», me dije. Solo que sabía mi verdadero nombre, era testigo de mi cambio de aspecto y de que había dejado el hotel casi huyendo… Bueno, tampoco tenía por qué darle ninguna explicación, simplemente no quería su compañía y punto.

Escuchamos a la gente que se iba acomodando. Belle nos había dejado tras el escenario y se había ido a sentar en primera fila.

El público se quedó en silencio cuando se escuchó una voz que decía: «Damas y caballeros, el hotel Waldorf Astoria se enorgullece al presentar al famoso mago y escapista, el increíble Andranik Novak». Por un momento pensé que las piernas no me responderían, pero luego la luz me encandiló por un par de segundos y fue la señal para comenzar, como si despertara de un sueño. Sonreí de forma amplia y seductora, como me había aconsejado Belle, y me puse manos a la obra.

Comenzamos con pequeños trucos en los que mi labor solo consistía en alcanzar y guardar diversos implementos: anillas, pañuelos, una paloma. Luego seguimos con algunos más complejos: atar a Andranik con cadenas y candados, colocarle una camisa de fuerza. A medida que el espectáculo transcurría, los números se iban haciendo más complicados y mi intervención más asidua.

Lo que me había dicho Belle era verdad. Las luces me cegaban y no podía ver más allá del escenario, lo cual era una bendición, así que pude concentrar toda mi atención en los trucos, en cada detalle, hasta que de improviso entré en una especie de trance que me hizo olvidar dónde estaba. Solo éramos Andranik y yo, como en todas esas horas de ensayo.

El aplauso me sacó de mi ensimismamiento. Miré un poco aturdida; Andranik saludaba en ese momento. Luego tomó mi mano y me hizo caminar un par de pasos para recibir yo también el mío.

Me sorprendió sentir una profunda satisfacción al escuchar a esa gente reconociendo mi trabajo. Sonreí encantada, nunca hubiera imaginado que me sentiría de esa manera. Y, de súbito, descubrí la verdadera cara del espectáculo, la gratificación y ese sentimiento enardecedor del cual no había sido advertida.

Me dije a mí misma que en la próxima me sentiría más segura y disfrutaría más.

El telón bajó y Andranik me sonrió deleitado.

—¿Lo has sentido? —preguntó entusiasmado—. El poder, la satisfacción, esa es la verdadera magia.

Lo miré embelesada; súbitamente me abrazó y giró conmigo en brazos.

Así nos encontró Jacob Astor cuando entró tras bambalinas.

—Señor Novak.

—Señor Astor. —Le estrechó la mano—. Espero haya disfrutado del espectáculo.

—Sí, sí. Debo decir que fue… inesperado —contestó, y me miró directamente.

—Discúlpeme, debo encontrar a mi esposa —dijo Andranik, y se fue sin siquiera presentarnos.

Me quedé allí de pie, sin saber qué hacer.

—Bueno, señorita… Preston, qué sorpresa.

Levanté la vista hacia él.

—¿Cómo está, señor Astor? —pregunté como si nada hubiera pasado.

—¿Cómo está su familia? ¿Y sus hermanos, están por aquí?

—Le debo una disculpa, supongo que debería haber avisado que no iríamos al almuerzo; ellos tuvieron un problema, verá…

—No hace falta que me dé ninguna explicación, en verdad no es necesario —contestó seco y se retiró a hablar con Novak y Belle.

Comencé a ordenar mis cosas con desgana. No me gustaba que el señor Astor tuviera una mala imagen de mí.

«¿Y qué pretendías?», me preguntó esa odiosa vocecita de la conciencia.

—Estuviste espléndida. —Belle me abrazó feliz—. El señor Astor nos ha invitado a cenar. Ven, te ayudaré a cambiarte.

Forcé una sonrisa, pero mi entusiasmo ya había decaído; ese hombre solo me hacía recordar de dónde venía y lo que había dejado atrás.

Los caballeros se pusieron de pie para recibirnos. Nos reunimos con ellos en una mesa redonda, con ubicación privilegiada, cerca de la ventana. El camarero nos sirvió champán y unos entremeses.

Andranik y el señor Astor hablaban sobre la función y la demanda que había tenido.

—Le estaba contando al señor Astor que es tu primera función, Amelia.

—Y lo bien que lo ha hecho, señorita Preston, es verdaderamente una maestra del disfraz. Nadie hubiera imaginado al verla en el barco que sería la mujer de las mil caras —dijo en lo que para los demás quizás sonaba como elogio—. La felicito.

—No. No, por favor —contesté—. El mérito es solo del mago.

—¿Ustedes se conocían? —preguntó Belle, extrañada.

Yo apuré mi trago para contestar, pero Astor se me adelantó:

—Tuve la dicha de conocer a la señorita Preston en el barco que nos traía desde Liverpool. Una casualidad muy afortunada que nos hayamos vuelto a encontrar en estas circunstancias tan inesperadas.

—Es increíble —contestó Andranik—. Pero yo no creo en las casualidades, tiene que existir alguna razón, algo que no comprendemos todavía.

Belle rio.

—Mi marido busca siempre razones ocultas y elementos mágicos, supongo que no lo puede evitar.

—El estudio de lo oculto me apasiona —contestó mientras nos servían otra copa de champán. Lo esotérico y la alquimia me seducen, pero lo estudio con rigor científico, para comprobar los hechos, como la bombilla incandescente del señor Edison. Cualquiera podría mentir y decir que es cuestión de magia.

—Justamente la próxima función, dentro de unas semanas, será de una mujer que hace un espectáculo muy singular; dice poder hablar con los muertos. ¿Qué opina, Novak?

—¿Una médium? —pregunté, y escenas de mi niñez que había intentado olvidar se fueron

sucediendo en mi mente en el silencio que se prolongó demasiados segundos. Belle miró con aprensión a Andranik, que se había puesto pálido.

—Me parece que, antes de jugar con esos temas, usted debería averiguar un poco sobre esa mujer. La mayoría de los médiums son solo fantoches que juegan con los sentimientos y la desesperación de la gente.

—Bueno, es solo un espectáculo…

—¿Solo un espectáculo? ¿Solamente un espectáculo dice? —soltó Andranik con voz ahogada y su semblante se tornó rojo.

—Andranik, por favor —intervino Belle, tomándolo del brazo.

Jacob y yo cruzamos miradas de desconcierto.

—Esa gente se vale de las esperanzas y la ilusión de poder encontrar de nuevo al ser con el que necesitan saldar una deuda. Si me pide mi opinión, deberían encerrarlos. —Se levantó de la mesa y agarró su sombrero—. Les pido disculpas, señor, me retiro.

Belle se levantó a las apuradas para seguirlo, murmuró una disculpa y corrió tras él. Yo me quedé sentada, jugueteando con los guantes en las manos sin saber qué hacer.

—Qué hombre más raro —comentó Jacob arqueando una ceja—. No creo haber dicho nada para que se disgustara de esa manera. En fin, ¿otra copa, señorita Preston?

Consciente de que había equivocado el apellido a propósito y cansada de dar explicaciones, le seguí el juego.

Bebimos un rato en silencio. Un pianista había comenzado a tocar y el ambiente era distendido.

—Bueno, ¿me va a contar? ¿Cómo es que llegó a ser ayudante de un mago?

—No hay mucho que contar. Llegué con la idea de montar un negocio, luego me di cuenta de que la cosa no iba a prosperar. Necesitaba trabajo.

—¿Por qué no acudió a mí? Yo la hubiera podido ayudar, le habría ofrecido otra clase de trabajo.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

—Bueno, nada… Pero una señorita como usted…

—¿Una señorita como yo?

—No se ofenda, me refiero a alguien de su clase… Si he de ser sincero, no me gusta nada toda la situación. Que usted viva en casa de Novak, que esté en tan estrecho contacto, no es decoroso.

—En la casa vive su mujer, usted ya lo sabe, y la señora Dumas. Pero ¿por qué tengo que darle explicaciones? —Ofendida, me levanté en el acto, pero él me tomó de la muñeca evitando que me retirara.

—No se ofenda, Amelia, por favor, siéntese… Comprenda, de alguna manera me siento responsable de usted. Tal vez sea por el viaje que compartimos desde el viejo continente. Verla día a día, sola, indefensa…

—¿De qué habla, señor Astor? Solo cambiamos dos palabras en el barco. Además, para su información, no me siento ni sola ni indefensa. —Me senté de nuevo.

—Es un hecho que viajaba sola, no es común, bien lo sabe. Yo era solo un observador en las sombras. Me intrigaba en ese momento y lo sigue haciendo ahora. Toda esa mentira acerca de sus hermanos, citarme para presentármelos. ¿Cómo cree que me sentí cuando me enteré de que se había marchado sin dejar siquiera una nota de despedida?

—Lo siento. No debí mentir, pero usted, señor Astor, no me dejó alternativa.

Él suspiró, resignado a hacer una aclaración.

—Yo solo quiero que usted esté bien, a salvo. No se enoje. —Miré sus ojos verdes con sorpresa—. Es usted el que me intriga a mí. Me intriga esa obstinación que tiene con mi vida, mis elecciones. Verá, a veces el destino nos pone frente a situaciones en las que uno tiene que tomar decisiones que tal vez no sean acertadas, o las que la sociedad pretende, pero son un salvavidas que nos mantiene a flote, señor Astor. Tal vez usted no pueda llegar a entenderlo, para los hombres las oportunidades son mayores y no están condicionadas a la maledicencia de la gente. Nosotras, las mujeres, tenemos que someternos a las decisiones de algún marido elegido por alguien más, o a ser juzgadas de maneras equivocadas solo por el hecho de tener que ganarnos la vida.

Me observó un instante.

—Me pregunto si algún día podré gozar de su confianza, y si al fin me contará su historia, la verdadera. Pero no voy a presionarla, ya tendré oportunidad de demostrarle que soy digno de su amistad.

Le sonreí.

—Tal vez lo haga en algún momento, señor Astor.

Capítulo 7

Me dormí reflexionando sobre lo que me había dicho el señor Astor. Tal vez yo me había equivocado, podría haberle pedido ayuda. Pero él había sido testigo de mi cambio físico en el barco. Él sabía que yo ocultaba algo, eso lo obsesionaba, y yo quería empezar de nuevo sin ataduras al pasado, sin riesgos. Y, ciertamente, Jacob Astor era un riesgo.

La mañana siguiente, Andranik salió muy temprano. Belle y yo desayunamos solas. Le pregunté sobre la actitud de su marido la noche anterior. Había tomado el comentario de Astor sobre la médium como una afrenta personal.

—Todo comenzó cuando la madre de Andranik, Lusic, murió. Ellos estaban muy unidos, vinieron juntos desde Dalmacia. Él la adoraba, tenían una relación muy estrecha. Cuando Lusic enfermó del corazón, el médico nos advirtió que su condición era un poco delicada, pero Andranik tenía programada desde hacía tiempo una gira. Lusic le insistió a su hijo que no la cancelase, las entradas se habían vendido por completo y había que cumplir. Así que, finalmente, ante la insistencia de su madre, Andranik se fue con la condición de que yo le avisase frente a cualquier ínfimo cambio en la salud de Lusic. —Belle revolvió su café y suspiró—. Hacía una semana que él se había ido cuando Lusic empeoró. Por supuesto, le mandé un cable para que volviese cuanto antes…, pero no llegó a tiempo. Aún hoy se reprocha por haberse ido, no haberse podido despedir de su madre es una herida abierta.

—Entiendo, pero ¿eso qué tiene que ver con el tema del ocultismo?

—Durante varios años buscó la manera de contactar con ella por medio de sesiones espiritistas. Pero lo único que encontró fueron fraudes que él acabó desenmascarando. Y que por supuesto expuso de manera pública para alertar a posibles víctimas.

—Por eso se puso de esa manera ayer —susurré.

—Veo que ya has puesto a Amelia al corriente —dijo Andranik desde la puerta.

Nos sobresaltamos, siempre tenía la costumbre de andar como un gato.

—Yo le pregunté.

—Mi mujer no necesita abogada defensora —contestó él, arrojó el sombrero sobre el sillón y se sentó con nosotras—. No me molesta, Amelia, de todos modos, se iba a enterar igual.

—¿Por qué lo dices? —inquirió Belle.

—Porque tengo tres entradas para ver a esa timadora mañana por la noche.

Belle negó con la cabeza y se tomó las sienes con las manos.

—¿Otra vez, Andranik? Acabemos con esta obsesión, lo único que hace es destruirte.

—Tal vez no sea una farsante —intervine con voz suave.

—Si lo fuera, no estaría cobrando por sus servicios, tampoco se presentaría en un espectáculo teatral, como si fuese un vodevil. Vamos a ir mañana y voy a desenmascararla, como lo hice con los demás.

—Por favor, Draghi. —Belle le tomó la manga de la camisa.

Comenzaron una discusión en croata y yo me retiré.

Esa noche, mientras me cepillaba el cabello, vi en mi rostro los rasgos ya casi olvidados de mi madre. Y volví a escuchar, como cuando niña, la voz susurrante de tía Bertha: «Esas manías de

loca que tiene… Me preocupa que la niña las herede, sería terrible».

A pesar de los años, nunca había olvidado esas palabras, y tampoco me había atrevido a preguntar sobre su significado; prefería ignorarlas, sepultarlas en lo más recóndito de mis pensamientos, aunque de vez en cuando aparecían de golpe y, como el abrazo del ahogado, amenazaban desafiantes a arraigarse en mi consciente.

Sacudí la cabeza en pos de ahuyentar esos malos pensamientos. Yo nunca había tenido ni una sola visión sobrenatural, ni siquiera un presentimiento inocente y conocido por cualquier individuo. Estaba a salvo. Era obvio que todas mis tribulaciones habían vuelto a raíz de la obsesión de Andranik por los médiums.

Mi madre había profesado el espiritualismo, había conducido sesiones espiritistas aduciendo que podía comunicarse con los muertos. Mi padre había muerto en alta mar cuando yo era solo un bebé, de modo que madre y yo habíamos ido a vivir a su casa natal. Para tía Bertha y tía Fanny era algo vergonzoso y habían tratado de que ella dejase esas prácticas. «Te lo advierto, Calixta, ese espiritualismo del que tanto hablas es una amenaza contra la vida moral y espiritual de la gente y para tu equilibrio mental que ya está bastante vapuleado», le había escuchado alguna vez a tía Bertha. Luego de un tiempo, en el que se me había prohibido ir al ala este de la casa, en donde mi madre estaba «recuperándose de un episodio», había muerto. Solo me habían dicho que su corazón había fallado mientras dormía.

«Basta», me reproché mirándome en el espejo. Solo tenía que pensar en mi presente, la próxima función que esta vez sería en el teatro. «Solo piensa en eso».

Pero la noche estuvo plagada de pesadillas, de extractos de recuerdos y del rostro de mi marido.

Por la mañana, Belle no bajó a desayunar. La señora Dumas me informó de que tenía migraña y le preparó un té y unos paños fríos para la frente. Me anunció que Andranik había salido, que desayunase sola. Luego de un momento de duda, me preguntó si iba a ir al teatro esa noche con Andranik, ya que Belle había dicho que pasaría todo el día en la cama y que no pensaba asistir.

—Sí —contesté—. Voy a ir.

Ella se quedó mirándome con disgusto y me sentí con la necesidad de dar una explicación.

—No es que me divierta, señora Dumas. Andranik quiere que vayamos para observar los trucos de esa mujer y desenmascararla.

—Le dejé sobre la mesa la tetera, también pan caliente y huevos.

Supongo que esa fue su manera de decirme que lo comprendía.

Andranik llegó por la tarde, golpeó a mi puerta; estaba agitado.

—Tengo una idea para un nuevo truco. Mañana comenzaremos el entrenamiento y por la tarde haremos el ensayo general. Apúrate, Amelia, no quiero llegar tarde al Waldorf.

Llegamos cuando las luces ya estaban apagadas. El auditorio era pequeño; *madame* Kardek no trabajaba con audiencias grandes. Las luces eran muy tenues, tanto, que me tropecé. Andranik me tomó del brazo y me condujo hasta nuestros asientos.

Nos acomodamos a un costado de la fila cinco; él me había contado que muchas veces aquellos farsantes se valían de hilos delgadísimos para levantar objetos y que desde ese ángulo era más fácil verlos que desde el frente.

En ese momento, un hombre hablaba de forma pausada, casi en susurros, sobre las habilidades de m*adame* Kardek: «… yo mismo fui testigo de las dotes como médium de esta gran mujer: psicografía, psicofonía, clarividencia, xenoglosia, son algunos de sus talentos, así también como viajes astrales fuera de su cuerpo…».

Cuando la vista se me acostumbró a la oscuridad, pude ver que Jacob nos observaba. Estaba de pie, con los brazos cruzados, recostado contra una columna. Pensé que tal vez temiera que Andranik hiciera un escándalo en medio de la presentación. Nuestros ojos se encontraron y esbocé una sonrisa a modo de saludo, pero él siguió con gesto serio y taciturno.

Un sonido de campanillas desvió mi atención al escenario. *Madame* Kardek salía a escena.

Me sorprendió al instante. Había imaginado una mujer alta con uñas largas como las de un chino, ojos de gitana, pulseras tintineantes y turbante de tela metalizada; en lugar de eso, encontré a una regordeta dama, vestida de negro, con ojos pequeños y juntos, y cofia de encaje. Llevaba también un delantal a la usanza antigua, cruzado sobre el pecho. Tenía toda la apariencia de una cocinera bonachona y gentil.

—La experiencia nos confirma —comenzó con voz almibarada— que las dudas que rondan al espiritismo son fruto de la más absoluta ignorancia, por esta razón, antes de comenzar, voy a hacer unas aclaraciones.

La gente se movió en sus asientos; un clima de expectación se instaló en la sala.

—Señor Astor, ¿sería tan amable de comenzar con el cuestionario?

Jacob subió al escenario mientras *madame* Kardek se sentaba frente a una mesa.

—¿Pueden los espíritus hacernos saber el futuro? —comenzó a leer las preguntas.

—No. La manifestación de los espíritus no es un medio de adivinación.

—¿No hay algunos acontecimientos futuros que se han anunciado por los espíritus?

—Puede suceder que el espíritu prevea cosas que juzga útil hacer conocer, o que tenga misión de hacérnoslo saber.

—¿Hay hombres dotados de la facultad de ver el porvenir?

—Sí, aquellos cuyas almas se desprenden de la materia. Entonces, el espíritu ve, pero entre ellos hay muchos impostores y charlatanes.

—Como ella misma —susurró Andranik.

La mujer movió la cabeza hacia nosotros, como si nos hubiese escuchado, y miró a nuestra dirección, aunque yo sabía bien que era imposible que nos viera.

—Si una persona está muerta, ¿puede hacer conocer las circunstancias de su muerte? —inquirió entonces Jacob.

—Si ella da a esto alguna importancia, lo hará.

El corazón se me aceleró y caí en la cuenta de una posibilidad que no había anticipado. ¿Sería posible que el espíritu de Charles, mi marido, se manifestase en aquel momento y me señalase como culpable de su muerte?

Un hombre le acercó una especie de lámpara de pie a *madame* Kardek; Andranik me susurró que era una pipa de agua.

Ella comenzó a fumar y un humo denso salió de su boca desdibujándole el rostro por instantes.

—Un caballero está aquí con nosotros —comenzó apresuradamente—. Tiene ojos negros, una cicatriz en la ceja, lleva un reloj de oro en la mano. Dice: «Lo siento, debí ser más comprensivo contigo, Teresa. No me llores más, ya puedes rehacer tu vida».

Una mujer emitió un grito ahogado seguido de un llanto, pero *madame* Kardek siguió hablando como si no la hubiera escuchado; su voz melosa era ahora un sonido áspero y jadeante.

—Otro caballero… Calvo, con barba candado de color blanco, tiene un mensaje para Harry: «No te preocupes, Harry. No habrá problemas, cásate con ella, los papeles están escondidos bajo una tabla debajo del sillón de mi cuarto».

»Una dama de avanzada edad con cabello blanco, trenzado y anteojos ovalados tiene un mensaje para Lorna: «Estoy arrepentida de haberte dicho tantas atrocidades, perdóname, querida prima».

Siguió describiendo espíritus que venían a ella con mensajes y se escuchaban murmullos y exclamaciones en la audiencia. Miré a Andranik; tenía una expresión de burla en el rostro.

Por momentos, parecía tener un diálogo con la entidad, miraba a un costado o hacia arriba, preguntaba y hacía una pausa como si pudiese escuchar la respuesta.

—Aquí hay una dama… Dejó este plano hace mucho tiempo ya, pero viene con una advertencia. Tiene cabello rubio oscuro y largo, grandes ojos castaños; cuelga de su cuello una cadena con un relicario de oro que tiene tallado el perfil de una dama, veo las iniciales A.W. —El corazón comenzó a palpitarme con fuerza, sentí de golpe la boca seca, la lengua pegada al paladar—. La pobre está muy afligida… ¿Qué dice, mi querida? Tiene una advertencia para una joven: «Ten cuidado, el peligro está llegando, te perseguirá y esta vez no tendrá misericordia, escóndete, vete donde no pueda encontrarte». Se aleja, tiene la marca de una media luna en la muñeca.

Apreté con fuerza el brazo de Andranik. Mi madre tenía esa marca en la muñeca izquierda. Quise ponerme de pie, pero todo el cuarto dio vueltas a mi alrededor.

Cuando abrí nuevamente los ojos, lo primero que pude ver fue a Jacob Astor sentado a mi lado; me tomaba la mano mientras una dama de avanzada edad me daba aire con su abanico.

—Parece que la señorita Preston ha reaccionado, tía Beatriz.

—¿Qué pasó? —Traté de incorporarme.

—Nada de qué preocuparse, querida —contestó la dama—. Es una reacción lógica, todos estamos muy impresionados. Jacob se dio cuenta de que te desvanecías y te cargó hasta aquí.

—¿Y Andranik?

—Oh, él sigue empecinado en descubrir el truco de *madame* Kardek, lo tendrá de vuelta en cuanto termine el espectáculo. —Jacob me soltó la mano que todavía tenía entre las suyas—. Permítanme presentarlas: la señorita Amelia Preston, mi tía, lady Beatriz Stork.

Nos dimos un suave apretón de manos. Lady Beatriz tenía ojos grandes, grises, de mirada penetrante; la nariz aguileña era su rasgo más marcado. Coronaba su rodete canoso en la coronilla una tiara de esmeraldas, las mismas que colgaban de su cuello.

Me incorporé en el sillón y traté de dar prolijidad a mi aspecto. Algunas de las horquillas se habían desprendido. Me percaté de que tenía la camisa desabrochada y comencé a prenderla.

—Eso no es responsabilidad mía —justificó Jacob.

—Me pareció que se ahogaba, querida, y me tomé el atrevimiento de aflojarle un poco la ropa. Dios sabe que los corsés son culpables en gran medida del sofoco de las damas.

—Tome un poco de agua, señorita Preston. —Jacob me alcanzó una copa.

Bebí unos tragos y respiré profundo.

—¿Ya está mejor? —preguntó Beatriz, solícita.

Asentí.

—Ya sé que me dijiste que no lo hiciera, Jacob, pero no puedo con mi genio, tengo que preguntarle.

—Tía —objetó él—, no la importunes, por favor.

—Cuando desprendí los botones de tu camisa —prosiguió ella sin hacer caso—, no pude evitar ver el relicario colgado en su cuello. Es exactamente igual al que describió la médium. No me cuadran las iniciales A.W., pero supongo que algún margen de error debe de tener esta buena

señora…

Jacob y yo entrecruzamos miradas.

—Imagino que hay muchos relicarios que se parecen —contesté, bajando los pies del sillón —. Muchas gracias a ambos por su ayuda.

—Con cuidado, querida. Jacob, acompaña a la señorita, no vaya a ser que se maree de nuevo.

Jacob me tomó del brazo y salimos del salón.

El espectáculo ya había terminado y la gente se dispersaba. Sentí la mirada de preocupación de Jacob; me agarré de su antebrazo para caminar, me sentía floja, atemorizada. Él parecía notarlo, me palmeaba de forma suave la mano, como para tranquilizarme.

Andranik estaba sentado con una mujer, cambiaban opiniones y se le veía absorto en la conversación. Me convencí de que la punzada de celos que me asaltó era a causa de mi lealtad hacia Belle.

Andranik nos vio, se despidió de la dama y se acercó a nosotros.

—Veo que ya está recuperada, Amelia. Regresemos, fueron muchas emociones por una noche. —Se volvió hacia Jacob—. Señor Astor, no quiero cansarlo con mi análisis sobre este lamentable espectáculo.

—Ni yo lo requiero, Novak. Buenas noches, Amelia. —Usó mi nombre de pila por primera vez, me besó la mano y se retiró.

—Se habrá dado cuenta de lo obsceno de los trucos de esta mujer, ¿no? —dijo en el silencio del coche—. Es obvio que investigó las muertes de parientes de algunos de los participantes. Debo aceptar que es una gran actriz, impostando la voz y dando mensajes triviales como «lo siento mucho, debería haber sido más comprensivo». Todos tenemos algo de lo cual arrepentirnos. Es imposible entonces develar el truco.

Decidí no contestar. No me interesaba nada de lo que decía. Aferré el relicario de mi madre mientras el carruaje desandaba el camino barroso y oscuro hasta la casa.

Capítulo 8

Por la mañana, cuando me vestía para el desayuno, me quedé contemplando el relicario de oro. No me lo había sacado nunca desde la muerte de mi madre.

Era una pieza única: el fino perfil de una dama cuyo cabello estaba peinado a lo alto, sostenido por brillantitos acá y allá.

Lo abrí. De un lado, una foto amarillenta de mis padres en su compromiso. Del otro, un bucle castaño rojizo que mi madre había cortado de mi cabeza siendo yo niña.

¿Hasta qué punto una farsante podía embaucar al público? Andranik me había explicado que la médium sabía de antemano los nombres de algunas de las personas asistentes a la función y que sus investigadores y hombres de confianza hacían el resto. Pero no había manera de que la mujer supiera mis verdaderas iniciales. No, aquella mujer era una médium real, como lo había sido mi madre.

Unos golpes en la puerta me sobresaltaron. Era la señora Dumas instándome a bajar.

Belle y Andranik desayunaban en silencio. Él, con la espalda recta apoyada en el respaldo de la silla, la cabeza tapada por el periódico; ella, con los codos descansando sobre la mesa, se llevaba a los labios la taza de té, la mirada perdida en la ventana. Saludé y me senté a la mesa.

—Ah, señorita Amelia, cuéntele a Belle su experiencia de anoche. Amelia se impresionó tanto que se desvaneció —continuó él—. Por fortuna, el señor Astor estaba pendiente y la alcanzó antes de que tocara el piso. Yo estaba tan concentrado en el espectáculo que…

—¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó Belle, preocupada.

—Oh, no fue nada —contestó Andranik.

—Le estoy preguntando a ella, por favor, un poco de respeto.

Él me miró divertido, como buscando una cómplice para su broma.

—No creo que sea una falta de respeto…

—Gracias por preocuparte, Belle, hoy me siento mejor —contesté—. Creo que fue el calor de la sala y mucha emoción. Esa mujer parece verdadera.

—«Parece», Amelia. No podemos dejar de admirar la preparación de su espectáculo. Como dice el señor Astor, solo es eso. Bueno… —Él dobló la servilleta y la dejó sobre la mesa—. Nos encontramos en el teatro no más tarde de las tres, por favor. Chao-xi Luo te vendrá a buscar. —Luego salió de la casa sin despedirse.

Belle suspiró con cansancio.

—¿Te das cuenta cómo es? Se pone de esa manera tan… no sé cómo expresarlo, con ese entusiasmo exacerbado y malsano, tan diferente a cómo es él. Y esto no es nada. Ya verás cómo luego del estreno toda esta energía se va desinflando como un globo, hasta que lo invada la nostalgia… Todo por esa médium.

—No puedo entender la causa.

—Es esa necesidad absurda de descubrirla, desenmascararla. Creo que, en realidad, es para corroborar que es una farsa.

—Belle, creo que esa mujer dice la verdad. Si la hubieras visto… Dijo algunas cosas que…

—No, por favor, Amelia. No le vayas a decir nada a Andranik; cuanto más pronto se olvide, más rápido volverá a la normalidad.

Me quedé en silencio; tal vez fuera mejor no hablar más del tema, tratar de olvidar, aunque las palabras de *madame* Kardek me habían perseguido durante toda la noche.

Chao-xi Luo era un hombre de unos treinta y cinco años, aunque su complexión lo hacía parecer un adolescente. Era ágil y elástico; lo había visto muchas veces entrenar con Andranik. Era un hombre de pocas palabras; se afeitaba el pelo hasta la parte posterior de la cabeza, de donde le nacía una trenza larga hasta la cintura.

Me subí al carruaje junto a él; me miró con sorpresa, pero no dijo nada. Azuzó a los caballos, que emprendieron la marcha.

Me sorprendió encontrar en el escenario un artefacto que nunca había visto. Era un baúl de aproximadamente dos metros de alto, lleno de agua. Era atemorizante.

—¿Y bien? ¿Qué me dices? —preguntó Andranik desde las sombras.

Lo miré con estupor.

—Es intimidante.

—Ya lo verás cuando esté terminado. Los tobillos atrapados en grilletes, una polea que me elevará para dejarme dentro de la cabina de agua, inmovilizado. Será genial.

—¿Genial, dices? —me atreví a decir—. Es espantoso.

—Hoy comenzaré a entrenar en la bañera. Creo que en tres o cuatro minutos podré liberarme.

Me acerqué a la cabina e imaginé lo aterrorizante que sería ver al público desde ahí adentro: los sonidos sordos, la sangre fluyendo a raudales hacia la cabeza, la contención inmisericorde de la respiración.

—No —dije con determinación—. No cuentes conmigo, Andranik. Es una locura.

Me alejé, pero cuando pasé por su lado, él me atrapó la mano y me tiró hacia él.

—Eso se lo puedo aguantar a Belle porque es mi esposa, pero tú… —musitó con rabia.

—¿Yo qué? —pregunté alzando la vista hacia sus ojos—. ¿No tengo derecho a decir lo que pienso? Si querías a alguien que te siga como un títere, ya puedes ir despidiéndome.

Me miró fijo, su rostro muy cerca del mío.

—Tú eres mi compañera —dijo finalmente—. Puedes decirme que es una locura luego de que lo pruebe y no obtenga resultados, pero no antes. Para Andranik Novak no existen los imposibles —contestó exaltado y me apartó de un empellón.

Hicimos un ensayo general de lo que sería el estreno en el teatro. Y debía admitir que, de tantas veces que lo habíamos hecho, ni siquiera tenía que pensar en lo que venía a continuación; todo salía automáticamente.

—Perfecto —dijo él cuando terminamos el ensayo—. Chao-xi, ¿está todo preparado?

Ante un ademán afirmativo del chino, Andranik me hizo un gesto para que lo siguiera.

Entramos al cuarto que usaba de camerino. Una tina había sido instalada en un costado, estaba llena de agua y bloques de hielo; un gran reloj con segundero estaba a un lado.

—Ahora, Amelia, necesito que tomes mi pulso y el tiempo que aguante sumergido.

Se quitó la ropa hasta quedarse con una malla, hizo unos minutos de ejercicios respiratorios y luego se sumergió por completo.

Me quedé quieta por unos instantes, contemplé su imagen debajo del agua. Los segundos parecían pasar más lento que de costumbre. Sumergí la mano para buscar su pulso. Se me heló al instante; no comprendía cómo Andranik podía aguantar. Miré el reloj: dos minutos y medio. Contemplé la posibilidad de llamar a gritos a Chao-xi Luo para que me dijese qué debía hacer, pero de seguro estaría cargando las cosas en el coche. En ningún momento Andranik me había dado ninguna instrucción. Miré de nuevo el reloj: tres minutos y quince segundos. El pulso había

bajado notablemente su frecuencia.

Levanté su brazo para ver si reaccionaba, pero era peso muerto. Comencé a llamar a Chao-xi mientras trataba de sacarlo de la bañera. Con desesperación, sumergí mis brazos y logré incorporarlo a medias. Grité de nuevo pidiendo ayuda, pero nadie venía. Hice acopio de todas mis fuerzas y seguí tirando de él hasta que los dos caímos al piso, pero todavía no reaccionaba.

Lo coloqué boca arriba, le tapé la nariz y soplé lo más fuerte que pude, como había visto una vez en una revista. Reaccionó al instante, aunque en ningún momento comenzó a toser en busca de aire. No había agua en sus pulmones. Despertó de su estado de profunda concentración como quien despierta de un sueño reparador.

—¡Pero qué hiciste, Amelia!

—Lo siento… Me asusté mucho, no sabía qué hacer —sollocé y, como todavía estaba en mis brazos, enterré la cabeza en su cuello y lo abracé con más fuerza. Sentí que él también me abrazaba.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué te arriesgas de esta manera? —susurré unos instantes después.

Lo miré a los ojos, todavía llorando. Él me acarició la mejilla y susurró:

—Porque a veces, en unos pocos e ínfimos segundos, esos que me separan de la muerte, creo sentir la presencia de mi madre.

Escuchamos un ruido a nuestras espaldas y me apresuré en levantarme. Quien hubiera sido ya se había ido. No quise imaginar lo que habría pensado al vernos así, ni tampoco lo que hubiese sucedido si no lo hubiéramos escuchado.

Capítulo 9

Faltaban pocos días para el estreno. Me sentía agobiada, quería mentirme a mí misma, decirme que era por los temores propios de un espectáculo nuevo, que ya todo se pasaría, que volvería a sentirme transportada de mi cuerpo, como si no fuese yo en aquel escenario, y que las cosas saldrían a las mil maravillas, que eso me traería un poco de paz. Pero muy en el fondo sabía a ciencia cierta qué era lo que me pasaba: la preocupación por que alguna autoridad me buscara o que alguien me reconociera había sido reemplazada por un sentimiento más profundo, la acentuada seguridad de que mi felicidad podría traer miseria a alguien que había sido tan buena y gentil conmigo, alguien a quien apreciaba.

Desleal, traicionera, mala mujer.

Todos esos epítetos y más me los repetía cada noche al meterme en la cama. Y, sin embargo, no podía aquietar mi corazón cuando él estaba cerca, no podía modificar mi rubor cuando me dirigía un cumplido, ni dejar de sentir un estremecimiento cuando me tocaba, sin quererlo, en una caricia fugaz.

Incapaz de seguir en la casa, tomé mi sombrero y guantes y salí a dar una vuelta para disipar la mente.

Mis pasos me guiaron hasta el Metropolitan Museum. Allí, entre las salas majestuosas de techos altos, con su atmósfera que se me antojaba solemne, me paseé al descuido. Me gustaba perderme entre frescos, grabados, pinturas y estatuas; todo sentimiento aciago entonces dejaba paso a una admiración reverencial hacia la belleza, el talento.

Me dirigí a uno de mis favoritos: era un gran óleo de alrededor de cuatro por seis metros, de Emanuel Leutze: *Washington cruzando el río Delaware*. Me senté en una otomana destinada a admirar la obra. El barco era pequeño, abarrotado de personajes que luchaban con los remos en un río lleno de bloques de hielo. Washington, sin embargo, lucía impecable: con la pierna derecha apoyada en el borde del barco, el puño en el muslo, la mirada hacia la tierra que se perfila en el ángulo izquierdo, todo bañado por una luz dorada, y detrás, como en fila perdiéndose en una neblina, caballos, una carreta, otros barcos.

—Admirable. —La voz de Jacob Astor a mi lado no me sorprendió; tenía la molesta habilidad de encontrarme donde quiera que fuera—. Sin embargo, me confunde un poco la carreta atrás con los caballos, viendo que poco más adelante el bote lucha contra la correntada. Me da una especie de estupor, creo que es porque no se alcanza a ver la margen derecha.

—Me pasa lo mismo —concordé—, pero me gusta pensar en todos los tropiezos, los obstáculos que se necesita salvar para llegar a destino. Esta pintura me da ánimo. —Lo miré por primera vez. Él estaba contemplando mi perfil, tenía las manos sobre el asa del paraguas, el sombrero le daba sombra a los ojos. Lo sentí diferente a otras veces, más serio, sin la actitud burlona que llevaba siempre a flor de piel. Se me ocurrió que parecía desvalido. «¡Pero cómo te va a parecer desvalido Jacob Astor!», me dije—. Además, me gusta que haya una remera.

—¿Una remera?

—Sí, ahí, de rojo, en primer plano, junto a los soldados. Es una mujer.

Él rio de repente y toda melancolía pareció desaparecer.

—Eso es imposible. Tiene pantalones. Es un hombre; una mujer jamás podría estar en esa

situación, rodeada de soldados, remando en medio de un río congelado, golpeando bloques de hielo para hacerse camino.

—Llegará el día en que todas las mujeres lleven pantalones, señor Jacob, no lo dude.

—¡Absurdo! —Meneó la cabeza y esta vez pude notar el brillo divertido en sus ojos verdes—. Pero dejemos el sexo del personaje en suspenso; caminemos un rato, quisiera saber su juicio frente a otras obras.

Me ofreció el brazo y juntos paseamos por las salas con paso despreocupado. Nos acercamos a una naturaleza muerta que mostraba un pícnic al mediodía. Las uvas eran tan reales que se me hizo agua la boca.

—¿Viene seguido por aquí? —me preguntó mientras sus ojos estudiaban los duraznos y la hogaza de pan con atención.

—Siempre que puedo. Tanta belleza, tanto talento distraen la mente, ¿no lo cree así?

Chasqueó la lengua y la mirada pasó de las peras que yacían en un plato de brillante metal a los míos sin escala.

—¿Por qué necesita apaciguar su mente?

Me ruboricé, estaba segura de que él mismo podía intuir la respuesta. Decidí darle otra que de seguro no había contemplado:

—Es debido a la impresión que esa mujer me causó el otro día, me refiero a la médium.

—Ah. —En su respuesta me pareció adivinar cierta desilusión, pero se recobró enseguida—. Entiendo que haya sido impresionante para usted, pero no nos olvidemos tampoco lo que dijo Novak: esos artistas tienen investigadores y son avezados en inventar cualquier cosa. ¿Quién sabe? Para ser sincero, no creo que sea más que un espectáculo.

—Yo no —contesté de inmediato—. Esa mujer decía la verdad.

Me miró con sorpresa, como si tratara de descubrir si bromeaba o no. Vio mi gesto serio y me condujo a otra de las banquetas.

—Mi madre era una espiritista —confesé—. Eso decretó su perdición. El contacto con esas ánimas, como ella las llamaba, la fue enloqueciendo poco a poco; fue perdiendo el sentido de lo que era real o no. O por lo menos así es como me lo describieron mis tías, las que me criaron. Ellas temían que yo heredase esa manía, como la llamaban.

Él se movió inquieto a mi lado y me tomó la mano en señal de simpatía.

—La otra noche esa mujer habló de mi madre, o mi madre contactó con ella, no lo sé. Pero lo cierto es que la describió como era cuando murió: joven, de cabello castaño que caía en pesados bucles, la marca de una media luna en la muñeca derecha, el relicario.

—Pero eso quiere decir que… —No terminó la frase y yo retiré la mano de las suyas.

—Quiso decir que estoy en peligro.

—Creo que lo que en realidad quiso decir es que, mi querida Amelia, disculpe mi sinceridad, no está a salvo en casa de Novak. Y no hablo de trucos de magia, hablo de otra cosa.

Lo miré unos instantes sin emitir palabra, él puso las palmas hacia arriba en gesto de justificación.

—Se lo tenía que decir.

—Jacob, si usted quiere que sigamos siendo amigos, por favor, no traspase los límites —contesté seca.

—Muy bien, muy bien. —Suspiró con desaliento—. Sigamos el recorrido.

Fuimos dejando atrás obras de Goya, Velázquez, Rembrandt; ya no lo tomé del brazo y él tampoco me lo ofreció. Caminaba circunspecto, sumido en sus pensamientos, las manos tomadas

tras la espalda, hasta que llegamos a un pequeño cuadro de Vermeer: *La joven mujer con un cántaro de agua*. Entonces se detuvo, el ceño fruncido, la mirada fija con una expresión de aflicción.

—Este era el preferido de mi mujer. —La voz sonó más grave de lo habitual, y disimulé mi sorpresa, lo había asumido como un donjuán desde el primer instante—. Le gustaba especialmente la atmósfera etérea, serena. La manera en que la luz entra por la ventana, los contrastes, el reflejo de la alfombra persa en la jarra. Ella decía que hubiera preferido una vida así, sin el trajín de la actividad de la alta sociedad, que nos mudáramos a la casa de campo. Pero yo estaba entusiasmado con la creación del hotel, con mis negocios y relaciones de las que podía sacar provecho. Íbamos a cuanta fiesta o reunión nos invitasen. Falleció hace dos años. Ignoro si se lo había comentado, Amanda.

Volvió de nuevo la mirada hacia mí, y esta vez fui yo la que lo tomó del brazo con genuina consideración.

—No lo sabía, Jacob, lo siento. ¿No tuvieron hijos? —me animé a preguntar.

Su mirada absorta en el recuerdo que evocaba volvió a cruzarse con la mía.

—No. Fuimos muy felices el tiempo que duró. O por lo menos eso es lo que quiero creer. Ella sufría del corazón. A veces creo que si le hubiese dado el gusto de una vida más tranquila…

—Por favor, no vaya por ese camino —lo interrumpí—. Lo único que logra es lastimarse, y eso no cambia en nada lo que sucedió. No se puede luchar contra el destino, Jacob. Estaba escrito —declaré.

—¿Así lo cree? ¿Será que ya está dictaminado nuestro porvenir por una fuerza mayor que la nuestra?

—Me gusta creer que existe un Dios poderoso que sabe por qué razón sucede lo que sucede.

—Es una manera piadosa de justificar las decisiones equívocas que tomamos, supongo que eso me daría un poco de paz. —Se paseó frente al cuadro, y volvió a detenerse y contemplarlo.

—¿Sabe lo que dicen los expertos sobre esta pintura? —prosiguió sin esperar respuesta—. Que es una representación de la virtud: la mirada de ella que contempla el trabajo de la ventana, el incensario, la jarra. Y como contraste hacia ellos, fíjese en el pequeño joyero, del que sale un moño azul y un collar de perlas, como símbolo de vanidad. Implica que a veces, a pesar de los peligros que nos presagian, o como consecuencia de ellos, una mujer debe elegir entre la virtud y el vicio.

Sentí el sonrojo furibundo que me subió desde el cuello hasta las mejillas y, sin poder contenerme, le atesté una bofetada que resonó con eco en la galería. Él me observó impávido, como si nada hubiese pasado. Me enjugué con rabia las lágrimas que me emborronaban la visión, y lo dejé allí, inconmovible, las manos sobre el mango del paraguas, con la mirada dura, que volvió a fijar en el cuadro de Vermeer.

Capítulo 10

No volví a ver a Jacob Astor hasta la noche del estreno. Me preguntaba con desazón cómo sería nuestro encuentro luego de aquel bofetón; mi reacción me avergonzaba en cierta manera, por momentos se me antojaba desmedida, por otros, pensaba que se lo había buscado y que bien merecido lo tenía.

El estreno fue un éxito rotundo. El teatro estaba lleno, había también críticos y gente del espectáculo.

Jacob Astor estaba con su tía en primera fila. Lo alcancé a ver a pesar de las luces que me cegaban.

Andranik cada vez agregaba más dificultades al truco de la cámara de agua: esposas, candados, sogas. Con un gran reloj con segundero, alentó al público a contener la respiración durante la duración del truco. Nadie lo lograba. Luo y otro hombre, muñidos de hachas, esperaban al escenario durante el truco. Belle y yo cruzamos miradas de aflicción cada vez que el segundero corría y daba paso a los minutos: uno, tres, cuatro. Cuando la espera se hizo insoportable y la gente desde las butacas comenzó a gritar, Andranik apareció mojado, con una toalla como estola, a un costado del escenario donde nadie había estado mirando. Entonces, el público prorrumpió en un aplauso atronador, aliviados.

El dueño del teatro había organizado una recepción luego del espectáculo, para invitados especiales y, por supuesto, la estrella de la noche: Andranik Novak. Me vestí con el único vestido de fiesta que tenía: una seda color rosa té, ceñida en la cintura y escote bajo con encaje dorado. Uno de los vestidos que me había dado tía Bertha, y que había sido de mi madre. Belle me había ayudado días atrás a transformarlo según la moda actual. Tal vez demasiado para la ayudante de un mago, pero el único que tenía.

—Dios, ni siquiera quiero pensar que vamos a tener que aguantar esta tensión durante las quince funciones. —Suspiré mientras Belle me arreglaba el pelo en un gracioso rodete a un costado. Nuestros ojos se encontraron en el espejo.

—Quince funciones… Piensa en todas las que llevo encima —contestó agobiada.

Nos quedamos juntas en la recepción, mientras Andranik saludaba, junto al dueño del teatro, a todas las personalidades que habían acudido al estreno. Tomé un par de copas para darme valor; las fiestas nunca habían sido mi fuerte. Nos sentamos en un rincón apartado de las miradas. Jóvenes con brillantes libreas pasaban con bandejas de plata ofreciendo canapés y sándwiches.

Sonó un vals y la gente comenzó a bailar. Andranik vino hacia nosotras, sacó a bailar a Belle y juntos dieron vueltas por el salón. Hacían una pareja hermosa y eran el centro de las miradas.

—¿Cómo está, Amelia?

Jacob Astor estaba a mi lado con una copa de champán. Llevaba puesto un esmoquin con chaleco y corbata negra.

—Muy bien.

—Hacen buena pareja, ¿no es verdad? —preguntó señalando a Andranik y Belle.

—Sí —contesté tajante, sin darle oportunidad a seguir con la conversación. Estaba segura de que ese inocente comentario estaba destinado a molestarme, y ni siquiera lo miré. Es que, cuando Jacob Astor me miraba, sentía que podía leerme el alma.

—Estuvo muy bien su actuación. No sé cómo hace para entrar en aquel baúl —dijo aludiendo al truco en que Andranik me encerraba y un instante después el baúl aparecía vacío.

—Gracias.

—¿Va a seguir monosilábica el resto de la noche? Creo que el que debería estar molesto soy yo, ¿no le parece?

Me puse de pie y él hizo lo mismo. Lo miré directo a los ojos.

—Preferiría que no mencionáramos nuestro último encuentro, señor Astor.

En ese momento, una mujer se nos acercó. Creo que empalidecí y Jacob se dio cuenta; lo tomé del brazo como si estuviéramos por ir a bailar.

—Buenas noches, señor Astor, no sé si me recuerda, soy Elizabeth Tums. Mi marido es conocido de su tía. Disculpen mi intromisión, pero parece que estoy viendo un fantasma. —Me miró directo a los ojos de forma socarrona, como satisfecha de haber hecho un gran descubrimiento.

—¿Por qué lo dice? —preguntó él, la voz firme sin atisbo de simpatía. Sentí su mano en mi espalda.

—Su acompañante es igual a la mujer de un conocido de mi familia, el señor Charles Davies Wright.

—He leído un artículo hace poco que dice que las personas en reuniones buscan parecidos con gente que conoce, lo hacemos de forma inconsciente; se llama síndrome de los dobles —comentó Jacob, luego de una pausa—. Se sorprendería al saber la cantidad de veces que me ha pasado a mí mismo. Si nos disculpa, estábamos a punto de bailar.

Salimos a la pista en silencio. Y, tras un par de vueltas, me atreví a mirarlo.

—Te dije que llegaría el día en que podría demostrarte que puedes confiar en mí, Amelia. Y no vas a persuadirme con el cuento de que esa mujer se equivocó.

—Gracias —contesté a regañadientes, habida cuenta de que era en vano encontrar una explicación.

—Soy un hombre paciente, esperaré a que quieras contarme la verdad. Y, de todas maneras, este no es ni el momento ni el lugar.

El vals terminó, le di nuevamente las gracias y me acerqué a una de las ventanas para respirar aire fresco.

—Esperaba encontrarte. —Andranik vino a mi lado—. Te busqué, pero ese buitre de Astor te tenía prisionera. No creerías que iba a pasar la noche sin que bailásemos un vals, ¿no?

Me estrechó entre sus brazos firmemente y, allí, entre el ruido y las risas, entre la gente que al bailar se empujaba levemente, con la amenaza de esa mujer que podía destruirme, me di cuenta de lo que no había tenido el valor de reconocer: estaba enamorada de Andranik Novak.

Capítulo 11

Lo que había pronosticado Belle acerca del comportamiento de Andranik se había cumplido.

Después de la excitación del estreno, su entusiasmo fue decayendo cada vez más hasta que se sumió en una profunda melancolía, y entonces mis preocupaciones personales tomaron un descuidado segundo plano.

—Lo mejor es dejarlo solo, Amelia —me dijo Belle una tarde ante mi preocupación—. Se le pasará, como se le ha pasado siempre.

La miré con fastidio, pero se me disipó enseguida al fijarme en sus marcadas ojeras y en su palidez extrema.

—¿Te sientes mal? —pregunté, preocupada.

—A veces me encuentro muy cansada… Demasiado. —Suspiró, vencida—. El alma suele doler más que el cuerpo.

—¿Por qué dices eso, Belle? Estás casada con un hombre maravilloso.

—Estoy casada con un hombre al que no le he podido dar lo que más quería y lo que seguramente lo haría mirar hacia adelante y no hacia atrás… Hijos.

—Bueno, todavía eres joven… —murmuré incómoda.

—Tres abortos en cinco años me han quitado fuerzas; no soportaría uno más.

—Vamos a la cama, Belle —intervino con voz suave la señora Dumas—. Le haré un masaje en la cabeza que me enseñó Chao-xi Luo para relajarla, y prepararé leche tibia con canela. Usted también debería tomarla, Amelia, le ayudará a conciliar el sueño.

La señora Dumas y yo habíamos limado las asperezas de un principio. Acepté agradecida.

Tomé la leche con canela y subí de a poco la escalera pensando en Andranik y Belle. Vi luz bajo la puerta del estudio de Andranik y me acerqué dudando en llamar. Me había dado la vuelta para irme cuando la puerta se abrió de golpe.

—¿Qué pasa, Amelia? —preguntó él.

Observé su rostro triste y un nudo se me hizo en el estómago.

—No quería molestar.

—Pasa, me vendrá bien un poco de compañía.

El estudio de Andranik era pequeño por la cantidad de libros y artilugios irreconocibles tirados por allí. No dejaba entrar a nadie, y era la primera vez que yo lo hacía.

Me senté en un sofá cerca del hogar.

—Sabes que no bebo, pero esta noche he decidido hacerlo. —Me acercó una copa a mí también. La probé y me quemó la garganta, aunque el calor que me provocó poco a poco fue agradable.

Nos quedamos en silencio sentados frente a la lumbre.

—¿A qué debo «el honor de su visita», como diría nuestro altivo Jacob Astor?

No me gustó que se burlara de él; después de todo, siempre había sido amable, y sobre todas las cosas, siempre me había ayudado sin pedirme nada a cambio.

—¿Por qué te refieres a Jacob de ese modo? Que no estéis de acuerdo en algunos asuntos, como el tema del espiritismo, no significa que…

—No me molesta que él opine diferente en lo relacionado con *madame* Kardek —

interrumpió, se aclaró la garganta y se sirvió una copa más—. Lo que realmente me molesta es el interés que muestra en ti, Amelia.

Nos quedamos unos instantes en silencio y decidí no contestar.

—Bueno, solo quería saber si estabas mejor. Ya me voy.

—¿Por qué te interesa tanto? He visto cómo tratas de distraerme, de hacerme reír, como cuando me cuentas los fracasos de los magos que quieren copiarme, o cómo te afanas en que todo esté perfecto, bajo control.

—Me rompe el corazón verte con esa melancolía, me la contagias, no puedo evitarlo.

Él se estiró en su sillón y me acarició la mejilla.

—Pobre Amelia, mira dónde has venido a parar, un hogar donde la muerte es más importante que la vida. Amelia, tan inocente y tan llena de misterio a la vez.

Me miró los labios y acercó su cabeza a la mía. La imagen de Belle me vino a la mente y me levanté del sillón con torpeza.

—Ya es tarde, buenas noches.

Cerré la puerta de mi cuarto con el corazón desbocado. Tenía que parar este sentimiento que amenazaba con tirar por tierra todos mis principios. Debía mantener a raya lo que sentía, por el bien de todos, pero en especial de mí misma. Jacob tenía razón, lo mismo que la muchacha del cuadro: la lucha entre la virtud y el vicio.

Encendí la lámpara y me di cuenta de que algo estaba mal. Las cosas no estaban tal como yo las había dejado. El cambio era sutil: un cajón a medio cerrar, la cortina que había dejado apenas abierta ahora estaba cerrada por completo, y la puerta del armario se movía levemente, como si algo o alguien estuviese escondido. Me acerqué sin hacer ruido y abrí de golpe. Una maraña de pelos saltó de pronto, la puerta se abrió y Abracadabra, el gato de Belle, salió huyendo por la puerta.

Me puse el camisón y me metí en la cama. Sentía frío a pesar de las dos mantas, pero el frío me venía desde adentro, el mismo frío que había sentido la primera noche que había compartido con mi esposo, Charles Davies Wright, en Suntory Hall.

Había desarrollado el arte de la evasión cuando presentía la amenaza de los recuerdos. Pero me costaba mantenerme despierta; los ojos se me cerraban. Hice un esfuerzo feroz por mantenerme despierta, pero en ese estado de duermevela volví irremediablemente a la noche de bodas.

La ceremonia había sido preciosa, pequeña e íntima. Suntory Hall era una casa de verano destinada a fiestas, con grandes jardines y fuentes, y yo estaba fascinada con su gran escalera de mármol y la galería de retratos.

Charles se había mostrado en todo momento como un caballero solícito y amable. Me hacía reír, me adulaba, me conquistaba con su conversación agradable, con sus ojos gatunos que encerraban una promesa, con los besos en mis manos, la forma en que sostenía mi talle al bailar o al ayudarme a subir al carruaje.

La noche de la verdad, yo me había bañado con agua de rosas y, luego de despedir a la doncella, había elegido el camisón de satén, había trepado al gran lecho con dosel y había esperado a mi marido en el cuarto iluminado levemente por velas.

Qué ingenua y tonta me había sentido después de que mi pesadilla hubiera comenzado. El gran placer de mi marido radicaba en lastimarme, aunque era cuidadoso en no dejar marcas visibles. Nunca más dejé que mi doncella me ayudase con el baño para que no viese las marcas de sus dedos o la huella de la fusta.

Aquella había sido la primera de muchas noches, y luego de cada una me prometía a mí misma con los ojos bañados en lágrimas que me escaparía, aunque no sabía cómo.

La noche de mi huida no había sido planificada. El personal ya se había marchado de Suntory Hall para abrir la casa de la ciudad; ya comenzaban los días fríos en la campiña, cerraríamos la casa hasta la primavera siguiente.

Luego de cenar, como era mi costumbre, estaba abriendo la correspondencia sentada cerca del fuego. Charles se acercó al hogar, se apoyó en el mármol mientras contemplaba las brasas. No era un buen presagio; Charles siempre se encerraba en su despacho después de cenar.

—Qué bien te queda el color verde, querida —había comentado sin dejar de mirarme—. Deberías usarlo con más asiduidad.

No contesté y seguí abriendo las cartas.

—Mira, aquí tenemos una invitación a la boda de…

—Deja eso para mañana —interrumpió mientras prendía un puro—. Hoy tuve un día fatal, problemas de negocios, ya sabes. Necesito relajarme un poco.

—Supongo que deseas descargar tus nervios —dije y, sorpresivamente para mí, mi voz sonó tranquila.

Él emitió una carcajada profunda.

—Veo que ya me conoces.

—Como te conozco, te sugiero que vayas a descargarte con tu caballo —murmuré, y me espantó mi coraje.

Lo miré y vi que me miraba con sorpresa, un oscuro fulgor de placer agitó la profundidad de sus ojos y elevó las cejas.

—Vamos arriba, Amanda.

Dejé a un lado las cartas.

—Tengo que pedirte, o mejor dicho, exigirte que ceses de maltratarme —tartamudeé.

—Pero ¿de qué hablas? Nunca te he elevado la voz. —Él adoptó una expresión de incredulidad y burla en sus ojos celestes, helados.

—No, ya sabes de qué te hablo… Me refiero a las cosas que pasan entre marido y mujer… Estoy segura de que puedo llegar a ser una esposa amante, pero no me degrades de esa manera.

—Pero ¿cómo te atreves? ¿Cómo diantres te atreves a mencionar lo que sucede entre un hombre y una mujer? Cómo te rebajas de esa manera; una mujer decente no habla de esas cosas.

—Si sigues castigándome así, no tendré más remedio que hablar —me envalentoné—. Le mostraré a las criadas tus marcas, y haré que nuestro matrimonio sea la comidilla de la sociedad. ¡No me importa nada! —Me levanté del asiento.

Él me dio la espalda y por un momento pensé que había ganado la partida, pero se dio la vuelta con una sonrisa.

—Tu tía Bertha ya me había confesado las manías de tu madre; qué terrible tragedia que mi querida esposa haya heredado su enfermedad.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? —musité, sin poder creer sus palabras.

—Hay un asilo de locos bastante bueno no muy lejos de aquí. Podría ir a visitarte todas las primaveras, mi querida.

—Nadie te va a creer.

—Apostemos —dijo, y de un salto me tomó del cabello y me besó en la boca; luego me apartó de golpe y de una bofetada me tiró al piso. Sollocé contra la alfombra y en un segundo sentí su pie en mi espalda presionando contra el suelo. Un ardor en la nuca y el sonido de la piel

al chamuscarse me hizo dar cuenta de que me estaba quemando con el puro.

—Ahí tienes, estás marcada como mi caballo, ahora, si me descargo con él o contigo es indistinto.

Desperté en el momento en que tomaba el abrecartas y de un salto se lo hundía en el abdomen. Su expresión de sorpresa fue lo primero que se esfumó en la oscuridad cuando abrí los ojos.

La sospecha de que alguien había estado revisando mi cuarto se diluyó con la luz del día. ¿No había bajado apurada con el grito de la señora Dumas anunciando que ya estaban todos a la mesa? Tal vez en ese momento había estado guardando la ropa recién lavada en los cajones y habían quedado abiertos.

Sin embargo, unos días más tarde, me sorprendió ver en mi piso a Chao-xi Luo. Cuando le pregunté qué estaba haciendo, explicó que la señora Dumas le había pedido que llevara unas cajas al desván. ¿Habría sido él el responsable? Pero ¿con qué intención?

Chao-xi Luo, tan silencioso y escurridizo que uno olvidaba su presencia hasta que se le necesitaba por alguna cuestión. Andranik me había contado que lo había conocido por casualidad en el puerto. Había huido de la revolución de los bóxers, junto con parte de la embajada británica, en donde se había desempeñado como cocinero, y había vivido algunos años en Londres hasta que había decidido, un par de años atrás, probar suerte en el nuevo continente.

Con desaliento, me pregunté si llegaría algún día en que la incertidumbre por mi porvenir no me visitase cada noche. Envidiaba ver por la calle a jóvenes mujeres mirando los escaparates, o tomando el té con rostros relajados, preocupándose solo por el próximo evento social o por el chisme del momento.

Belle había mejorado un poco y entonces sugerí que una caminata diaria por el parque, tomar aire fresco, cambiar de escenario, sería un buen ejercicio, lo que me ocasionó una discusión con la señora Dumas, pero a Belle le gustó la idea y, cada vez que mi rutina lo permitía, salíamos a caminar.

Fue en uno de esos paseos cuando nos encontramos con la tía de Astor, lady Beatriz.

—¡Señorita Amelia! —nos interceptó—. ¡Qué casualidad!

—¡Lady Beatriz! ¿Cómo está? ¿Recuerda a Belle?

—Sí, por supuesto, fuimos presentadas la noche del espectáculo de Andranik en el hotel.

Intercambiamos unas palabras acerca del clima y sobre lo vigorizante de las caminatas en el parque.

—A ciencia cierta, es una bendición que nos hayamos encontrado —dijo ella, y bajó el tono a modo de confesión—. Me gustaría invitarlas, junto al señor Novak por supuesto, a cenar al hotel. Estoy preocupada por mi sobrino, Jacob…

—¿Qué le ocurre? —interrumpí con un desasosiego que me sorprendió a mí misma.

—No, no es para preocuparse, mi querida. Pero días pasados fue el aniversario de la muerte de su mujer, obviamente, su ánimo no es el mejor. De seguro le alegraría verlos, ese asunto de la magia le fascina. ¿Les parece mañana por la noche? Sé que no tienen función hasta el sábado.

Miré a Belle, dudaba si Andranik estaría de acuerdo. Pero ella asintió con una sonrisa.

—Por supuesto, lady Beatriz, allí estaremos.

El Palm Room estaba lleno de gente, la luz de las arañas caía sobre los hombros blancos de las damas. Había velas y flores en todas las mesas, y en el ambiente se percibían los perfumes

costosos y el cálido aroma de las pieles.

Lady Beatriz había reservado una mesa un poco más apartada cerca de uno de los ventanales.

Observé a Jacob Astor que caminaba a nuestro encuentro con paso despreocupado, alto y distinguido. Las pocas canas en las sienes solo resaltaban la jovialidad de su rostro, y aunque sus ojos se iluminaron al vernos, creí ver una sombra que los velaba.

Andranik se levantó para saludarlo. Por fortuna, había tomado de buen grado la invitación; el Waldorf rebosaba de gente importante, y la publicidad era un asunto que, por cierto, le interesaba mucho.

Nos sentamos a la mesa, y los hombres comenzaron a hablar sobre la posibilidad de hacer otra función de presentación en el hotel.

—¿Ya tiene planeado un nuevo truco, señor Novak? —preguntó lady Beatriz.

—Un mago siempre ve más allá del presente. Sí, ya estoy pensando en ello.

—¿Podría darnos solo un adelanto?

Andranik sonrió y me guiñó el ojo.

—¿Por qué no les dices tú, Amelia? Después de todo, la idea fue tuya.

Sentí que la sangre se me agolpaba en la cara. En realidad, no teníamos nada planificado, solo habíamos estado bromeando sobre una posibilidad que yo había tirado al azar, como algo imposible hasta para él.

—Solo puedo decir que involucra a un elefante —contesté.

—¿Un elefante? Pero ¿cómo va a hacer entrar un elefante a un teatro? —preguntó Jacob.

—¿Montará una especie de circo? —acotó Beatriz.

—Lo siento, tendrán que esperar para verlo. Solo puedo decir que, si lo logro, y repito, si lo logro, será gracias a mi cautivadora ayudante.

Miré de reojo a Belle, que estaba tiesa sentada a su lado. Andranik había comenzado a beber cada vez con mayor asiduidad, y eso aflojaba su lengua y minaba su sentido del decoro. Murmuré una disculpa y me retiré al tocador.

En mi camino atisbé a la mujer que me había reconocido días atrás y maldije por lo bajo. Había supuesto que ya se habría ido de la ciudad.

Al salir del baño, Jacob se interpuso en mi camino.

—¿Hasta cuándo vas a estar jugando con tu destino, Amelia? —inquirió.

—¿Qué quiere decir? —dije, levantando la vista para confrontarlo.

—Es obvia la admiración que Novak siente por ti, es obvia hasta para su propia mujer.

—Andranik está un poco bebido, es todo.

—Una señorita como tú, Amelia. —Apoyó el brazo en la pared detrás de mí para impedirme avanzar.

—«Una señorita como tú» —parodié—. Le repito que no sabe nada sobre mí, y se sorprendería si lo supiera.

—Es obvio lo que pasa entre vosotros, esa energía es casi tangible, se siente hasta en la mesa. Tal vez Belle no lo vea o no quiera verlo, pero lo que haya entre Andranik y tú solo puede llevarte a la ruina y a lastimar a una mujer que te dio cobijo en su casa cuando lo necesitabas.

Me escabullí, pero me tomó del brazo.

—No me gusta ser testigo de tu propia perdición.

—Entonces, no lo sea y déjeme en paz. —En ese momento, vi a la mujer que me había reconocido caminar directamente hacia nosotros—. Oh, diablos, ahí viene la mujer del otro día.

—Señor Astor, ¿cómo está usted? —saludó la mujer, aunque sus ojos habían tomado una

expresión de malsana diversión, como si me hubiese sorprendido en una situación indecente.

—Pensé que ya se había marchado del hotel —comentó Jacob.

—No, no, mi marido quiso quedarse un poco más, está haciendo un par de averiguaciones —dijo sin dejar de observarme. Pude ver la acusación en su mirada.

—Muy bien, les deseo una agradable estadía —la despidió Jacob.

—El otro día no me presentó a su amiga. —Sonrió, el sarcasmo en su voz era evidente.

Jacob hizo una pausa, la midió con la mirada.

—La señorita no es otra que mi prometida, Amelia Winterfel. Su madre es íntima amiga de mi tía, lady Beatriz Stork.

Lo miré estupefacta, lo mismo que la señora Tomps, que tartamudeó algo incomprensible al mismo tiempo que Jacob con un «buenas tardes» la dejaba con la palabra en la boca.

Me tomó del brazo y me condujo en dirección opuesta a la mesa.

—¿Qué haces? ¡Me haces daño! —protesté tratando de zafarme.

Entramos a una oficina y cerró la puerta tras él con rabia.

—¿Qué haces? ¿Qué fue toda esa mentira?

—¿Y qué preferías que le dijera? ¿«Le presento a Amelia Preston»? ¿No crees que va a atar cabos con tu verdadero nombre, Amanda Weston? ¡Qué poca imaginación, por Dios! —suspiró, y recorrió el cuarto pensativo—. Lo que dije fue para salvarte el cuello. Esa mujer maleducada y ordinaria sabe que no eres quien dices ser. El apoyo de dos miembros de la alta sociedad como mi tía y yo te dan el sello de autenticidad que te falta.

—Qué bien se le da la mentira, señor Astor.

Él me observó antes de responder:

—No tiene por qué serlo, Amelia. Cásate conmigo.

Reí ante la broma, pero su rostro estaba serio.

—¿Es en serio? No sabe nada sobre mi pasado y lo peor de todo es que ni se lo imagina. ¿Qué puede ver en mí, señor Astor, que le hace decir estas tonterías?

—Lo estuve pensando, ciertamente —contestó mientras se paseaba por la habitación con las manos en la espalda—. Uno puede creer estar enamorado por admiración, o ser seducido por el misterio. También puede creer estarlo por una atracción física muy fuerte. Pero el verdadero amor, Amelia, el verdadero, no tiene razón de ser, y la verdad, no sé por qué diantres te quiero, pero es la verdad. Te quiero y te quiero para mí. Sin compartirte, sin que me compartas.

La proposición me tomó tan de sorpresa que no supe qué contestar. Me agarró de los brazos y prosiguió:

—Yo estoy solo y tú también lo estás, sería un arreglo que nos convendría a los dos. ¿O piensas ser la ayudante de un mago durante toda tu vida? —Me tomó del mentón y me obligó a mirarlo a los ojos—. Belle siempre será su mujer, Amelia. ¿Qué serías en la vida de Andranik? Solo una amante, una mujer de la que puede prescindir cuando le dé la gana.

Me dieron ganas de propinarle otra bofetada, pero en el fondo sabía que tenía razón, y mi enojo era en realidad conmigo. Él solo me proporcionaba una imagen de mí misma, que yo no quería aceptar, y de la que me avergonzaba profundamente.

—Prométeme que lo pensarás.

—Nada ha pasado entre Andranik y yo, quiero aclararlo. Pero pensaré en su propuesta.

Capítulo 12

Esa noche volvimos en silencio a casa, cada uno sumido en sus propios pensamientos, pero no era el silencio cómodo que tantas veces habíamos compartido, y me pregunté si en verdad Belle sentiría esa «corriente» entre Andranik y yo de la que había hablado Jacob.

En cuanto llegamos, Andranik dio las buenas noches en un murmullo desganado y Belle y yo nos sentamos a la mesa de la cocina, donde la señora Dumas nos preparó leche con canela.

Busqué algo de qué hablar, cualquier tema banal serviría para sacarme de encima esa horrible sensación de deslealtad, pero no se me ocurría nada.

Belle me echó una mirada, sonrió, y me di cuenta de que nada sospechaba; después de todo, ¿qué había para sospechar? Nada. Nada había pasado entre Andranik y yo. «Todavía», dijo esa odiosa voz de mi conciencia. Tal vez debería tomar en serio la proposición de Jacob, aunque estaba convencida de que solo había obedecido a un impulso, la efervescencia de la conversación combinada con el champán.

Observé en secreto esa belleza diáfana y serena de Belle, me la imaginé en la cama, sería dócil y cumpliría como una obligación con su deber marital. Fantaseé con su alivio al sentirse relegada de esa función y me odié a mí misma. Me levanté de golpe y murmuré una disculpa, pero los dientes me castañeaban y las piernas me temblaron tanto que tuve que aferrarme al respaldo de la silla.

—Pero ¿qué te pasa, Amelia? —preguntó Belle con preocupación.

—Solo fue un mareo…, ya estoy mejor.

—¿Quiere que la acompañe arriba? —preguntó la señora Dumas con ansiedad.

—No, no, ya estoy bien, gracias. Hasta mañana.

En cuanto llegué a mi cuarto me saqué la ropa y me metí en la cama. Seguía mareada. Calculé que las emociones de esa noche y los nervios por el próximo estreno me habían afectado.

Desperté sobresaltada. La oscuridad era total, pero percibí algo que me obligó a quedarme rígida, con los ojos bien cerrados, tratando de controlar mi respiración para que siguiera con su ritmo acompasado, las manos crispadas bajo las mantas en medio de la oscuridad impenetrable. Alguien estaba parado junto a mi cama, podía oír otra respiración además del martilleo de la sangre en mis oídos. Sentí contra mi rostro el aliento suave de quien se acerca para observar; los cabellos de mi nuca se erizaron de terror, hasta que por fin escuché un susurro de tela y el leve crujir de la puerta que se cerraba.

Luego de unos instantes, me atreví a salir de la cama, descorrí las cortinas de pana y la luz de la luna iluminó mi cuarto casi como si fuese de día. Por supuesto, no había nadie. Me eché el chal sobre los hombros y comencé a bajar la escalera en silencio absoluto, escudriñando en las sombras. Bajé los tres pisos hasta la planta baja, donde me aseguré de que la puerta estuviese con llave.

—Amelia —dijo Andranik a mi espalda.

—Andranik, había alguien en mi cuarto, estoy segura.

—Imposible, Amelia. Nadie entró. Estuve en mi estudio con la puerta abierta todo este tiempo, lo hubiera visto. Además, son las dos de la mañana.

Me acerqué a él temblando. Me hizo entrar en su estudio y me sentó en el sillón cerca de la

estufa.

—Voy a echar una mirada, si eso te deja más tranquila.

Me quedé allí sentada cerca del fuego. No pude dejar de observar que el diván estaba abierto y preparado con ropa de cama; él había estado durmiendo en su estudio. Cerré por un momento los ojos tratando de recordar algún detalle, algún perfume, algo que delatara la identidad del desconocido, pero no encontré nada, y recordé los últimos días de mi madre. El tema del espiritismo se había convertido en una obsesión y veía cosas donde no había nada. La torva idea de haber heredado su manía me amenazó por un instante, pero ya había aprendido a esquivar de forma airosa ese pensamiento recurrente.

—Revisé todo, no hay nadie, Amelia. Debe de haber sido un sueño.

Me levanté y me acerqué a él.

—Tengo miedo, Andranik —susurré.

—Amelia, Amelia —murmuró abrazándome. Apoyó el mentón en mi cabeza. Me recosté contra él y suspiré sintiendo su tibieza. Luego me acarició el rostro, me miró a los ojos y me besó.

Entonces, sentí por primera vez lo que era ser besada con amor. Todo desapareció de mi mente. No existieron ni Belle ni las noches pasadas con Charles, olvidé dónde estaba y quién era. Nada me importó. Solo el presente existía, un presente arrebatado, al que me entregué, un presente urgente, necesario, estremecedor e insaciable.

Más tarde, acurrucada en sus brazos, comencé a contarle parte de mi historia. Él besó cada marca y mitigó el dolor de cada recuerdo penoso.

Cuando comenzó a amanecer, volví a la frialdad de mi cama y me tapé la cabeza con la almohada, deseosa de no pensar, de no juzgarme a mí misma. Me prometí que esa sería la única vez que mi debilidad por Andranik me venciera.

Capítulo 13

Por la mañana me levanté más tarde para no encontrar a Belle en el desayuno; la señora Dumas estaba en la cocina.

—¿Cómo se siente hoy, Amelia? —me preguntó.

—Yo… no pude dormir muy bien. —Me mostré ocupada frotando con la servilleta una mancha en la falda.

Ella se agachó para mirarme a la cara.

—Sí, está todavía un poco pálida. Déjeme prepararle el café.

—No se moleste.

—Solo será un segundo, siéntese, Amelia.

Fui al comedor y miré por la ventana. Deseaba tener cualquier excusa para poner distancia entre esa casa y yo. Los recuerdos de la noche anterior me sonrojaron las mejillas y el cuello, y al mismo tiempo mi deslealtad hacia Belle era como la espada de Damocles pendiendo de la crin del caballo, a punto de cortarse. ¿Cómo podría mirarla de nuevo sin que ella leyese en mis ojos la verdad?

La señora Dumas me trajo el café y se sentó conmigo; me miraba con intensidad mientras yo comía, ¿o me lo parecía a mí? De nuevo, el fantasma de mi madre revoloteó por mi cabeza. Y, una vez más, lo sepulté en el fondo de mí misma.

—¿Y usted cómo durmió, señora Dumas?

—Yo muy bien, ya sabe que mi habitación está pegada a la cocina, al otro lado de la casa, y aunque en verano suele ser muy caliente, en invierno es ideal.

—La mía, al estar en el último piso, es todo lo contrario; el viento se escucha todo el tiempo y se cuela a veces por las hendijas de la ventana. ¿Es posible que, en el cuartito del fondo, donde meten los trastos, haya alguna abertura, alguna claraboya? —me aventuré a preguntar siguiendo una idea.

—La verdad, no lo sé. Ese cuarto está tan lleno de cosas viejas, algunos artilugios descartados por el señor Novak, muebles antiguos, hasta un maniquí que suele ser pavoroso si uno lo ve en la oscuridad.

Terminé el café pensando en la posibilidad de que alguien hubiese entrado por la noche. Recordé el momento en que fui consciente de su presencia y no pude controlar un estremecimiento.

—¿Qué le sucede? ¿Tiene frío?

—Sí, un poco. Será mejor que me abrigue —respondí mientras me incorporaba.

—Chao-xi Luo la espera para llevarla al teatro —me informó, levantando la vajilla—. El señor Novak dejó instrucciones para que la llevase en cuanto despertara.

Luo me saludó con una inclinación de cabeza y partimos hacia el teatro. Le pregunté si el otro día, cuando nos habíamos encontrado en la escalera, había estado en el altillo. Me dijo que sí, que la señora Dumas le había pedido que arreglase la cerradura porque la llave se había atascado.

Llegamos y bajé del coche, pero tuve que aferrarme al pasamanos; la calle comenzó a ondular ante mis ojos, como me había estado pasando. Tal vez fuese por los lentes que llevaba, concluí. No era bueno usar tanto un par de lentes de otra persona solo para camuflar mi aspecto.

Entramos al teatro.

Andranik estaba en el escenario, todo entusiasmo y energía, como me gustaba verlo. Me acerqué con una sonrisa radiante que no pude contener.

—Amelia. —Me ofreció la mano para ayudarme a subir al escenario, luego dijo unas palabras en chino y Luo desapareció tras bambalinas. Me estrechó entre sus brazos—. Desperté y no estabas. Hubiera querido que te quedases toda la noche.

Me desprendí de su abrazo con el recuerdo de haberme jurado no caer más en su magnetismo.

—Ignoraba que hablases chino —bromeé en cambio—. ¿Cómo dijiste? ¿«*Chin cha Chong*»?

Él rio fuerte.

—Ya te daré alguna clase.

Oímos que el chino volvía y me soltó.

Preparamos la cámara de agua. Andranik había agregado grilletes en los tobillos, pero llegaba a sacárselos en un tiempo ajustado. Quería llegar al final del truco con más margen, por lo que duplicaríamos el entrenamiento bajo el agua.

Luo lo ayudó a colocarse los grilletes en los tobillos y juntos lo subimos con una polea hasta la boca de la cámara. A la señal, lo metimos dentro.

Recé. Verlo allí dentro me daba una sensación de desesperante ahogo. Puse la mano en mi garganta y respiré profundo. Vi al chino observarme con una expresión inescrutable en sus ojos oblicuos.

—¡Dios! Si se queda atrapado…

—No se puede atrapar al viento —murmuró, y agucé el oído porque no sabía si me hablaba a mí o lo hacía para él mismo—. Es inconstante como el hielo que se funde, confuso como agua turbia…

Andranik salió en ese momento del agua ya liberado.

—Tiempo —dijo, y Luo apagó el cronómetro, aunque sus ojos seguían mirándome.

—Solo unos pocos segundos más y saldrá perfecto —comentó Andranik.

De modo que el chino sabía lo que pasaba entre nosotros, o al menos lo sospechaba…

Estuvimos el resto de la tarde ensayando y ayudando a Andranik con el entrenamiento. Me obligué a concentrarme en mi trabajo y a dejar mis incertidumbres de lado. Eso era lo más importante. Andranik se jugaba la vida a cada momento.

Por la noche, la cena transcurrió con tranquilidad, y yo me obligué a enfrentarme a Belle. Traté de conducirme lo más natural posible. Andranik no parecía consternado en absoluto. Más tarde, él dio las buenas noches y Belle y yo compartimos el vaso de leche con canela como acostumbrábamos, junto a la señora Dumas, comentando cosas sobre el espectáculo o sobre la casa.

Pero cuando cerré la puerta de mi cuarto, lo noté frío y hostil. Me apresuré a encender la lámpara, puse unos leños para avivar las brasas y me aseguré de que la ventana estuviera bien cerrada.

Me acosté con premura y me tapé hasta la barbilla. Me quedé un buen rato mirando las sombras burlonas que el fuego derramaba sobre el saco tirado al descuido en la silla, o en los sombreros que colgaban vencidos en el perchero de pie. Todavía recordaba esa sensación de que alguien había estado en la oscuridad observándome. Me levanté y cerré la puerta con llave.

Volví a acostarme y, tras haber dormitado un par de horas, un crujido que no era el crepitar del fuego me despertó. Miré el picaporte, ¿se estaba moviendo? ¿O era un juego de luz? Entrecerré los ojos para enfocar mejor mientras mi corazón se saltaba un latido.

Sin perder un instante, tomé una sombrilla y me abalancé hacia la puerta que ya se estaba abriendo.

—Pero ¿qué es lo que pasa? —preguntó Andranik cuando me vio a punto de atacar.

—Oh, eres tú —musité—. ¡Me asustaste! ¿Cómo hiciste para…?

—¿Le preguntas eso a un mago? ¿De verdad? —Cerró la puerta a su espalda, me tomó en sus brazos y alzó mi barbilla para mirarme a los ojos—. ¿Temías que no viniera?

—No, no es eso.

—Entonces, temías que viniera —bromeó.

—No, es decir…

Él rio, divertido por mi turbación.

—He esperado todo el día para hacer esto.

Me envolvió con sus brazos y me besó con pasión.

—Andranik —murmuré—, no puedo… Belle… —Él me apartó y por un momento pensé que se iría. Pero agregó unos troncos al hogar que chisporroteó e iluminó todo el cuarto con su luz naranja—. Ven, hablemos. —Se acostó conmigo en la cama, levantó el brazo y me acurruqué en el hueco de su hombro.

—Antes que nada, te pido sinceridad —pedí.

—Lo prometo. —Se movió y se incorporó un poco en la cama—. Lo que tengo con Belle es diferente. Nos conocemos desde que éramos adolescentes. Ella era una prometedora violinista. Ya estábamos juntos cuando le ofrecieron el puesto de primer violín en una orquesta bastante conocida en Dalmacia. Ella lo dejó todo por seguirme. Dejó su sueño y lo reemplazó por el mío. Poco después de casados, quiso ser madre, pero no era el momento; viajábamos de ciudad en ciudad presentando el espectáculo. Luego, cuando al fin vino el éxito y compré esta casa, creímos que había llegado el momento correcto. Lo intentamos año tras año…, pero tanto fracaso desgastó nuestra relación y su salud se quebrantó. Fue entonces cuando mandó venir a la señora Dumas. Ella había sido una fiel amiga de su madre. Viuda y sola, acepto con gusto cuidarla. La quiere como a una hija. De Belle amo su compañerismo, su entrega. No podría vivir sin ella, como ella no podría vivir sin mí.

Debí de cambiar mi expresión porque enseguida agregó:

—Es eso lo que me pediste, ¿no? Sinceridad.

—Sí. —Asentí tragándome mi orgullo y dominando a rajatabla las lágrimas. Y luego junté coraje para preguntar lo que me había rondado por la cabeza durante toda la noche—: ¿Hubo otras? —murmuré, y me arrepentí enseguida.

Él me miró con picardía.

—¿Para qué haces preguntas arriesgándote a que no te gusten las respuestas? Hubo, pero no como esto. —Me apretó la mano—. Y mucho menos dentro de mi casa, pero tú, Amelia o Amanda, como quiera que te llames, derribaste todas mis reglas; tú eres mi debilidad.

Mucho más tarde, cuando desperté con la luz del amanecer, todavía quedaba el hueco en la almohada y la tibieza de su cuerpo entre las sábanas. Me pregunté qué clase de futuro podría haber para nosotros, qué clase de futuro podría haber para mí.

Capítulo 14

Pasaron varios días en los que fui de un abatimiento profundo a una euforia apenas disimulada.

Dormido en mi cama, contemplaba su perfil, su rostro que al relajarse parecía todavía el de un niño, su cabello ensortijado, un poco largo, el cual se ataba en una coleta en la nuca, y pensaba en mis sentimientos hacia él, en esa mezcla irrisoria de admiración y respeto, de pasión y ternura; me pregunté si eso sería realmente estar enamorada. ¿O tal vez fuera lo que Belle sentía por él? Ese compañerismo extremo, la postergación de su propia vida para poder acompañarlo, ese amor sin exigencias, que aceptaba solo lo que se le ofrecía…

Cuando estábamos los tres juntos, yo me preguntaba si ella se daría cuenta de nuestras miradas, de la exaltación de nuestros sentidos ante un roce accidental de nuestros cuerpos, si se daría cuenta de lo que pasaba entre nosotros.

—Amelia.

La señora Dumas se hallaba en el vano de la puerta.

—Amelia, ¿puede bajar a tierra? Últimamente vive en las nubes —dijo—. ¿Será tal vez por la visita que la espera en la puerta?

—¿Visita?

—¿No ha escuchado la puerta, niña?

Me incorporé del sillón como un autómata y me dirigí a la entrada. Jacob Astor estaba apoyado en el dintel con un ramo de flores. Me miró con las cejas enarcadas y una pizca de divertida ironía.

—Aquí me tienes, Amelia. Siguiendo el tonto consejo de tía Beatriz: «A una mujer se la visita con flores o no se la visita».

Sonreí y fui a su encuentro.

—Pase, Jacob.

—No, no. Prefiero que salgamos, y que te decidas de una vez a tutearme. Ponte un abrigo y caminemos un rato.

Subí rápidamente y me miré al espejo. Me veía un tanto pálida y ojerosa. Me pellizqué las mejillas para darles un poco de color, arreglé mi cabello y me calcé un sombrerito de costado. Tomé mi abrigo y bajé a la carrera.

Caminamos rumbo a Central Park hablando de cosas sin importancia. Cada tanto, Jacob saludaba con una venia a algún caballero, o movía la cabeza a modo de reverencia ante alguna dama. Yo podía ver en los ojos de las mujeres genuina admiración por ese hombre alto y distinguido, y una pizca de curiosidad al verme de su brazo.

Llegamos a la gran fuente de Bethesda. Nos sentamos en uno de los bancos.

—Amelia, he venido por una razón. Primero, por supuesto, siempre es un placer verte, pero me temo que no te va a gustar lo que tengo para decirte.

—¿Qué pasa?

—Aquella mujer, Tomps, es una oportunista. Envié a alguien para que investigue. Sé de buena fuente que ella y el marido están haciendo averiguaciones sobre ti. No sé con qué propósito.

Me quedé estupefacta y lo primero que atiné a pensar fue que no tendría más remedio que irme, abandonar todo lo que había construido desde mi llegada. Tal vez fuese lo mejor. A mí me faltaba coraje para hacer lo correcto. Levanté los ojos hacia el gran ángel que coronaba la fuente a modo de ruego.

—Ya no se aloja más en el hotel —siguió diciendo—, pero he conseguido su dirección. Se me ocurrió la idea de ir y ofrecerles dinero para que se olviden del asunto y dejen de molestar.

—Pero eso no sería… ¿no sería reconocer que tengo algo que ocultar?

—¡Quién no tiene algo que ocultar en esta vida! Por supuesto, quería pedirte permiso para hacerlo.

—¿Por qué haría eso por mí?

—*Harías*, Amelia… ¿Hace falta que te lo explique? Aquí estoy, proponiéndole matrimonio a una desconocida en la que sin embargo confío ciegamente.

—Eso no fue más que un impulso. —Me puse de pie y caminé rodeando la fuente.

—Tal vez lo haya sido en un primer momento. Soy una persona impulsiva, pero no me ha ido mal en la vida siguiendo mis corazonadas —contestó, siguiendo mi recorrido.

—Supongo que es mi última carta, tratar de comprar el silencio de la señora Tomps.

—Tu baraja de triunfo sería casarte con el soltero más codiciado.

—Pero ¿qué hay del amor? —me sentí tentada a preguntar.

—El amor, ese sentimiento tan sobrevaluado —contestó burlón. Pero luego me tomó de la cintura y me estrechó contra su cuerpo—. Reconocerás el amor cuando la venda se te caiga de los ojos, cuando comprendas que la ilusión no es más que un truco de magia. ¿Dudas acaso de que yo pueda hacerte feliz? —Acercó su rostro al mío y pensé que me besaría, pero cambió de idea y me apartó—. Pero no se preocupe, no la molestaré más con mi insistencia, señorita Preston. —Y, con una florida reverencia, me dejó al borde de la fuente totalmente aturdida.

Capítulo 15

Sabía que aquel frágil equilibrio no podía durar. Sabía que de una forma u otra todo cambiaría en el momento menos pensado. Lo que no me había figurado era que sería de aquella manera.

Llegó el día de la función especial, donde Andranik entraría por más tiempo con los grilletes en los tobillos y esta vez cabeza abajo. Belle había tenido una discusión muy fuerte con él. Había escuchado los gritos desde mi cuarto en el piso de arriba. Ella le exigía que dejase el truco tal cual como lo había planificado en un principio, pero Andranik le contestó con un rotundo no.

Esa mañana amanecí mareada y confundida. Los síntomas que habían estado apareciendo hacía ya semanas se habían incrementado. Me prometí, como cada vez que me había ocurrido, visitar al médico, pero ya no había tiempo.

Esa mañana sumergí la cabeza en agua bien fría, como había visto hacer tantas veces a Andranik, y eso disipó un poco mi embotamiento. Hice los ejercicios de respiración y los estiramientos y poco a poco me fui sintiendo más repuesta. Tal vez fueran los nervios por el estreno, pero sobre todo por querer mantener una situación que ya se hacía insostenible.

Aunque Andranik no había venido más por las noches, necesitaba toda su concentración en el estreno, yo estaba segura de que Belle podía leer en mis ojos el secreto, la culpa, mi angustia, mi perfidia.

—¿Cómo te sientes? —preguntó aquella mañana luego de que yo bajara— Estás pálida.

—¿Cómo se va a sentir si no come nada? —reprochó la señora Dumas, y me sirvió el desayuno que miré con asco.

—Estoy un poco mareada, supongo que es nervioso —murmuré con la vista fija en el mantel y súbitamente me dieron ganas de llorar, pero me controlé como lo hacía siempre, como lo hacía todos los días, porque sabía que no podía perder el control, no podía darme ese lujo.

Comí a regañadientes, consciente de la mirada de la señora Dumas, que se hallaba a mi lado, con las manos en la cintura.

—Buenos días a todos —saludó Andranik sentándose a la mesa—. Hoy es un gran día, el día en que Andranik Novak sentará un nuevo récord, un truco que ningún escapista podrá superar. Estoy seguro de ello.

Le eché una mirada y observé su sonrisa y las ganas con que se servía la comida, inconsciente o inmune a la culpa, al torrente de emociones que había liberado en mí con la fuerza de una tormenta, sentimientos contradictorios que me sacudían, que me iban destruyendo poco a poco, y casi me da un vuelco el estómago. Saludé y me retiré a mi habitación.

Cómo podía tener tanta sangre fría, me pregunté con indignación, y me odié por quererlo, por desear que viniera a mi cuarto a preguntarme qué me pasaba, por querer que me besara y me asegurase que todo estaría bien.

Cuando Luo nos acompañó a Belle y a mí esa tarde al teatro, Andranik se había marchado horas atrás. La gente se agolpaba en la boletería con la esperanza de poder encontrar una entrada, aunque ya estaba todo vendido. Los dibujos de la cámara acuífera eran tan espeluznantes que todos querían ser testigos de su temeridad. Belle cedió su asiento en primera fila, que se vendió a tres veces su valor, para estar con nosotros tras bambalinas.

Me vestí con el sugestivo atuendo, esta vez de color negro, bordado con piedras y canutillos

brillantes. Belle me ayudó como siempre con mi cabello, nuestros ojos se encontraron en el espejo y rehuí la mirada.

—¿Sabes? —dijo, como queriendo conversar de manera casual—. Andranik es un hombre especial…, diferente. Su personalidad y su autoexigencia lo hacen ser quién es, es lógica la atracción que ejerce. Me siento afortunada de ser su esposa y de que me haya elegido para compartir su vida, por eso comprendo algunas cosas… Comprendo y las dejo pasar. —Me miró a través del espejo con una sonrisa triste, resignada—. No estoy enojada.

Me quedé sin habla, no había nada que decir, pero hubiese querido gritarle que eso era conformarse con poco, que desarticular de esa manera el amor era deplorable, que una mujer como ella valía mucho más que todos los magos del mundo y sus insalubres encantos. Pero me quedé en silencio y mantuve a raya las lágrimas.

—Bueno, ya estás lista. Hermosa como siempre. —Me frotó los hombros en un gesto de cariño que solo hizo que me despreciara a mí misma aún más.

Salió del camerino y me sentí aún peor que esa mañana. Las paredes comenzaron a girar. Sentí que iba a desmayarme cuando escuché el aviso de salir a escena.

Hice un esfuerzo sobrehumano para componerme, respiré profundamente y salí con mi mejor sonrisa, radiante y artificial al escenario.

Mientras los trucos simples se sucedían unos a otros, y yo me dedicaba a alcanzarle artilugios, conejos y palomas y luego guardarlos en su lugar, miré la primera fila, hasta donde las luces me dejaban ver en ese momento.

Lady Beatriz estaba sentada y a su lado el asiento vació de Jacob me estrujó el corazón. ¿Por qué no estaba allí? De un tiempo a esta parte, Jacob se había convertido en alguien importante para mí. Alguien que solo quería mi bien, en quien podía confiar.

Me sentí completamente desprotegida, contaba con su presencia, su humor cáustico, lleno de divertida ironía.

Mientras Andranik hacía volar por el aire un mazo de cartas y acertaba con una espada al as que una dama había elegido, me pregunté qué hubiese sentido por Jacob si el mago no hubiese aparecido en mi vida. Y, después de todo, ¿qué era realmente lo que sentía por Andranik? ¿Un embeleso provocado por el mismo encanto con que seducía al público? El hecho de que nos quisiera a ambas y que estuviera tan cómodo con la situación me hacía despreciarlo, hasta que me abrazaba, y entonces todo lo demás desaparecía.

El aplauso me trajo al presente y nos preparamos para el primer gran truco, *La transmutación*.

Ya lo habíamos hecho tantas veces que salía automáticamente y cada vez mejor. Andranik se metía dentro de un saco que había dentro de un baúl. Yo lo cerraba y me sentaba sobre él. Luego caía una cortina para separarnos del público y cambiábamos lugares.

Me metí en el baúl en un segundo mientras Andranik se subía sobre él. Escondida en la oscuridad del baúl, escuché las exclamaciones y los aplausos. Fue cuando me ayudó a salir y saludaba al público cuando vi a Charles, mi marido, aplaudiendo. Me quedé inmóvil mirándolo fijamente; me lanzó un beso con la mano.

La conmoción fue tan fuerte que sentí cómo la mano de Andranik me apretaba y me guiaba hasta bambalinas.

Me senté en un banco temblando mientras el telón se cerraba y el animador comenzaba a hablar sobre los peligros de la cámara acuática.

—¿Qué te pasa? —inquirió Andranik, nervioso.

Lo miré sin poder contestar, no podía dominar el temblor de mi cuerpo.

—Amelia, por favor, no me hagas esto. —Su voz sonó imperativa y urgente.

—Amelia, ¿qué te pasa, querida? —Belle, a mi lado, me tomó la mano—. Cálmate, por favor…

—Tenemos que salir —urgió Andranik.

—No, no puedo —musité.

—Ten un poco de profesionalidad, Amelia —exigió Andranik.

—¿No ves cómo está? —Belle me frotó los brazos helados—. No te preocupes, saldré yo.

Me quedé sola y aterrorizada. Si por lo menos Jacob estuviese presente. Debía irme, tenía que escapar, cuanto antes mejor. Era evidente que Charles había sobrevivido y me había encontrado. Si me atrapaba, sería mi fin.

Corrí al camerino, me cambié de ropa y comencé a echar las pocas pertenencias que allí tenía en un bolso. Estaba por salir cuando la puerta se abrió de golpe.

—¿Qué es lo que pasa, Amelia? —preguntó la señora Dumas—. Cuando vi a Belle en el escenario me di cuenta de que algo andaba mal.

—Señora Dumas, usted no sabe —contesté, y me eché a llorar nuevamente.

Ella me abrazó y trató de calmarme.

—Bueno, señorita, nada va a pasarle. Siéntese aquí y cuénteme.

—Eche la llave, por favor… Cierre con llave la puerta —alcancé a pedir.

La señora Dumas fue a cerrar justo en el momento en que Chao-xi Luo iba a entrar.

—Más tarde, Luo —dijo—. Eso puede esperar.

Cerró la puerta, puso la llave y el pasador.

—Bueno, ya está. Nadie va a entrar por esa puerta ahora. Cálmese, ¿qué es lo que pasó?

No sé cómo lo hice, pero le conté la verdad, con voz trémula expulsé todo ese pasado que me dolía y me avergonzaba al mismo tiempo. Mi casamiento en Londres, las vejaciones, los golpes.

—¡Qué barbaridad, por Dios! —exclamó ella—. Necesita tomar algo fuerte.

Abrió su cartera y me sirvió un poco de licor de una petaca.

—No piense mal, ¿eh? Es solo terapéutico.

Tomé el líquido ambarino que me quemó la garganta; lo sentí bajar por mi esófago, llenándome de calor, y me sentí un poco mejor. Ella se sentó a mi lado y me acarició el pelo.

—Muy bien, cálmese. Nada va a pasar —me tranquilizó con una sonrisa—. Esperaremos a que Andranik venga, él sabrá qué hacer.

—No, mejor llame a Jacob Astor, señora Dumas, mande a alguien a por él —musité, pero sentía que me costaba hablar.

La señora Dumas me ayudó a acostarme en el sillón mientras yo sentía su voz cada vez más lejos y su imagen también se alejaba, como si estuviese cayendo en un pozo cada vez más profundo.

—Tranquila, todo volverá a la normalidad. Usted con su marido, un caballero inglés con todas las de la ley, y mi querida y generosa Belle con el suyo. Tranquila, todo volverá a su lugar.

Pensé que había escuchado mal y quise objetar, pero la habitación se fue ensombreciendo cada vez más hasta que quedé completamente a oscuras.

Capítulo 16

«Todo volverá a la normalidad», había dicho la señora Dumas. «¿Qué normalidad?», me pregunté mientras intentaba salir de un sueño profundo que me seguía empujando a la amplitud de un abismo del que no podía emerger. ¿Cuál es la normalidad de las personas y dónde estaba la mía? Mi normalidad había quedado en Inglaterra, en aquella casa de Suntory Hall, en ese lecho de baldaquino con sus cortinas vaporosas, el camisón de satén y puntilla y el aroma a rosas. Sí, esa había sido la vez que la perdí. De ahí en más, el barco, el Waldorf, la pensión y la casa de Novak solo habían sido notas de un acorde discordante que me arrastraba con más firmeza hacia un destino que solo me traería pesar.

Sonidos desconocidos me fueron, al fin, despertando lentamente. El eco de diferentes voces, pisadas, el rechinar de lo que parecía un carrito sobre el piso. Unos golpes en la puerta.

La oscuridad era total y traté de incorporarme, pero me di cuenta con horror de que estaba encerrada. Palpé los bordes del cubículo. Era un baúl. Estaba encerrada dentro de un baúl que seguramente tenía algún orificio por donde entraba aire, de lo contrario estaría muerta.

Después de unos instantes de pavor, me obligué a poner en funcionamiento todo lo aprendido. Regulé mi respiración para no entrar en pánico y poner mis pensamientos en orden.

La señora Dumas me había drogado, tal vez me había estado drogando desde hacía tiempo. Habría visto lo que pasaba entre Andranik y yo, y lo había urdido para proteger a Belle. Pero ¿cómo había llegado al baúl? ¿Y qué quería hacer conmigo?

La respuesta la tuve unos momentos después, una luz se prendió y penetró por los orificios del baúl. Me di la vuelta sobre mí misma para poder espiar por uno de ellos.

—Por lo que oigo, ya has despertado de ese merecido descanso.

—Charles —murmuré, viendo cómo acercaba una silla y se sentaba frente al baúl. Se inclinó para atisbar por uno de los orificios.

—Te gusta tanto meterte en baúles que no quise que lo extrañaras. —Rio.

—Charles, por favor… —comencé, pero él le dio una patada al baúl que retumbó en todo el cubículo.

—No quiero escuchar ni tus ruegos ni tus explicaciones. Después de lo que me hiciste…

—Solo me defendí.

—Cállate. —Volvió a patear el baúl, esta vez con más fuerza—. Por fortuna, tu torpeza hizo que el abrecartas no tocara ningún órgano vital. Me costó un poco recuperarme, perdí bastante sangre, pero nunca estuve al borde de la muerte.

Vi que se respaldaba en la silla y cruzaba una pierna sobre la otra.

—Jamás hubiese pensado que serías capaz de cruzar el océano, y lo peor, rebajarte de esta manera, hasta que la torpe señora Tomps convenció a su marido para que me contactara, segura de que mi mujer estaba aquí, nada menos que en Nueva York. ¡Y trabajando! ¡Han oído bien, señores! —exclamó como si lo vociferara a una audiencia—. ¡Trabajando de asistente de un mago! No, si lo cuento parece un mal chiste. Todavía no sé qué voy a hacer para cerrarle la boca a esa maliciosa mujer, supongo que tendré que negociar algo con su desafortunado marido —acotó, como si hablase más consigo mismo que conmigo.

Volvió a respaldarse contra la silla, estiró las piernas y apoyó las manos en la nuca.

—Nadie sabe la verdad, por supuesto. Hubiera sido embarazoso. Solo comenté la desgraciada fortuna que tuviste al heredar la enfermedad de tu madre, tú sabes. «Pobre joven señora Davies Wright, el pobre Charles debería encerrarla en alguna institución. Un hombre tan vital no puede, ¡no debe!, desperdiciar su juventud con una mujer que ni siquiera le puede dar hijos». Solo dije que te dejé en Suntory Hall al cuidado de gente especializada. Mi amor solícito y leal me lleva a visitarte una vez por mes. Y eso es lo que pasará, querida esposa. Quedarás encerrada de por vida, sola. Terminarás rogándome que te visite más asiduamente.

—Sácame de aquí y hablemos, por favor —supliqué.

—Ese tono de ruego… Sabes que me gusta tanto, pero no, no funcionará esta vez. —Sacó un puro del bolsillo y lo encendió con parsimonia—. Bueno, como sea, al recibir el telegrama del señor Tomps tomé el barco más rápido que había. Me picó la curiosidad, una mujer idéntica a mi esposa. Descartaba por completo que fueras tú, ¿sabes? No te creía capaz. ¡Te subestimé! —Metió la parte encendida del puro por el agujero del baúl, que vició al instante el poco aire del cubículo—. Después de todo, si fuiste capaz de apuñalarme, ¿por qué no ibas a ser capaz de todo lo demás?

Tosí y pensé que iba a desmayarme, pero él sacó el puro y volvió a respaldarse en la silla.

—Al principio, cuando vi el espectáculo de tu mago, no pude dar crédito a lo que veía. Mi mujer en ese escenario, con poca ropa… Qué bochorno. Más tarde, al vigilar la casa, pude ver a toda la familia, y en especial fue la señora Dumas quien llamó mi atención. Me acerqué a ella una mañana y me presenté. Le dije directamente que yo era tu marido. Se quedó de una pieza, y me dijo que teníamos que corroborar que realmente fueras tú. En el mundo de la magia había visto tantas cosas increíbles, bien podría ser que tuvieras una doble. Ella fue entonces la que me abrió la ventana y pude contemplar tu sueño tan profundo gracias al láudano que ponía en la leche con canela. Por supuesto, vi la marca en tu nuca, aunque nunca había dudado de quién eras. En ese momento, jugué con la idea de ahogarte con la almohada, pero no tenía gracia; además, la señora Dumas sabría que había sido yo. Así que seguí el juego del esposo abandonado por una mujer con problemas mentales, después de todo, la locura es una enfermedad que se hereda.

—Charles, pensemos en algo —traté de hablar con tranquilidad—. Tú no quieres estar atado a este matrimonio tanto como yo, habrá alguna manera de…

—¿De fraguar tu propia muerte? ¿Por qué debería hacerlo? ¿No sería más fácil que realmente murieras?

—No serías capaz —afirmé, luego de un momento de duda.

—Mmm… No sé, lo voy a pensar esta noche, en la comodidad de mi cama. A ti no te vendrá mal quedarte un poco más ahí dentro, en tu baúl.

—¡No, por favor, sácame de aquí! —grité—. ¡No puedo respirar!

—¿Y cómo has respirado hasta ahora? —Se levantó y apagó la luz—. No malgastes energía gritando, nadie te escuchará —susurró, y cerró la puerta tras él.

Acerqué lo que pude mi boca a uno de los agujeros y respiré entrecortadamente, tratando de calmarme. Poco a poco, mi corazón fue normalizando su ritmo y me obligué a pensar en Andranik, en la cantidad de veces que había estado encerrado en baúles, bajo el río congelado, en la cámara acuática, y me fui relajando.

Los ojos se acostumbraron a la oscuridad y pude atisbar el cuarto. La ventana estaba abierta y una suave brisa se colaba haciendo volar las cortinas como fantasmas.

Mi mente voló entonces a lo que había dicho aquella vez la médium, la señora Kardek. Mi madre había tratado de advertirme del peligro. ¿Qué sería capaz de hacer Charles conmigo? Tal

vez me dejara en el baúl durante días, pero ¿podría llegar a matarme a sangre fría?

Tenía que salir de allí, tenía que volver a escapar, aunque eso significase dejar a todos: a Jacob, a Belle, a Andranik… ¿No me estarían buscando? ¿Qué habrán pensado, qué les habrá dicho la señora Dumas? Si ella había ayudado a Charles, tendría alguna excusa para justificar mi ausencia. Y si eso era así, no habría esperanza de que me buscasen. Volví a recordar las enseñanzas de Andranik. Palpé los bordes del baúl y encontré una de las bisagras. Era un baúl viejo, tal vez estuviese desgastada. Si lograba empujar el pasador y sacarlo completamente, tal vez tuviese posibilidad de forzar un poco la tapa y deslizarme por el espacio.

Me saqué una horquilla del pelo y comencé a trabajar en ello. No sé cuántas horas estuve haciéndolo. Primero lo logré con una de las bisagras, pero al ver que no podía mover un ápice la tapa, comencé con la otra. No sé en qué momento me quedé dormida.

La luz clara de la mañana me deslumbró por completo y, por un momento, mi mente confundida pensó que estaba sobre el escenario.

La voz áspera de Charles me trajo al presente en un santiamén. Había abierto el baúl.

—Por lo que veo, estuviste gran parte de la noche haciendo de las tuyas —dijo al mirar la única bisagra que había logrado sacar.

No contesté y puse mi mano a modo de visera para protegerme de la luz. Él le hizo un gesto a una mujerona de mirada dura que me ayudó, de forma brusca, a ponerme en pie.

—Llévela a que se asee —ordenó Charles.

La mujer me condujo sin mucha parsimonia, pero sin maltratarme, hasta el baño donde había lista una bañera.

Me sentía débil, confundida, hambrienta y dolorida por completo.

Me sumergí en la tina y mis huesos agradecieron la bienvenida del agua, aunque estaba casi fría.

Sumergí la cabeza y cerré los ojos, solo consciente del agradable aislamiento que me otorgaba, sola, con el sonido acompasado de mi propio corazón. Imaginé el agua como una especie de coraza que me envolvía y me apartaba por un momento de la realidad. Volver con Charles y su sadismo significaba una muerte en vida. Instantes después, sentí una mano que me tomaba del cabello y me obligaba a sentarme. Era él.

—Ahora vas a vestirte enseguida. En la sala hay dos personas que insisten en verte a salvo y reclaman tu presencia. Te advierto que cualquier estupidez que cometas será en detrimento tuyo. No olvides que la ley está de mi lado —advirtió con rabia y me mostró una pequeña pistola que luego guardó en el bolsillo—. Haz cualquier estupidez y puede que la única persona que salga con vida del cuarto sea yo.

Me vestí rápido, con una falda gris y una camisa de organza que me alcanzó la mujerona. Ella misma me ayudó a emprolijar mi cabello. Después bajé la escalera, con la mente en ebullición.

Me sorprendió ver a lady Beatriz y a Jacob, sentados tiesos, uno al lado del otro. Un hombre corpulento al que yo conocía como Lazlo, el hombre de confianza de Charles, estaba con ellos.

—Bueno, aquí está mi mujer —dijo Charles con aplomo—. Lamento el malentendido.

—Amelia. —Jacob atinó a pararse, pero lady Beatriz lo impidió tomándolo del brazo.

—Amanda es su nombre —aclaró Charles, y sus dedos como tenazas me tomaron el brazo para conducirme hacia el sillón.

—Amanda, querida, tienes que pedirle disculpas a esta gente. Yo lo siento mucho, lady Beatriz. Mi mujer está enferma, la mala fortuna ha hecho que herede la enfermedad de su madre… Imagina cosas. Eso la llevó a este curioso viaje, pero el destino, ¡ah, el azaroso destino!,

me la puso de nuevo en el camino.

—No tiene por qué pedir disculpas, señor Wright, comprendemos su situación —habló lady Beatriz con calma, todavía con la mano en el brazo de Jacob, que en silencio contemplaba la escena. Se veía ojeroso y un tanto desaliñado.

—Todo este episodio fue tan confuso, y ella se fue así, de improviso, sin avisar. Usted comprenderá nuestra consternación, queríamos saber que estaba bien.

—Por supuesto que sí, y debo ser yo el que les agradezca que se hayan preocupado por mi mujer. Al enterarse de que yo había venido a buscarla, arrepentida, vino corriendo a mi encuentro. Oh… *L'amour est un oiseau rebelle.* El amor es un pájaro rebelde. *Vous me comprenez, n'est-ce pas?*

Miré a Jacob, sus ojos no se habían apartado ni un momento de mi persona, como si esperase una explicación, un gesto o una señal.

—Bueno, ya aclarado el tema, nosotros nos vamos. —Lady Beatriz se incorporó, pero Jacob no se movió.

—Jacob —murmuré, y sentí de nuevo los dedos de Charles apretando mi brazo—. Déjame despedirme, querido —me dirigí a Charles, y él hizo un asentimiento de cabeza.

—Lady Stork, muchas gracias por toda su amabilidad y simpatía. Jacob. —Le tomé la mano y la apreté—. Debo agradecerle toda su ayuda y buenos consejos; la conversación que tuvimos el otro día fue muy importante para mí. —Confié en que recordara la propuesta de matrimonio—. Y por supuesto, si pudiera, la respuesta sería afirmativa.

—*Madame*, siempre puede contar conmigo, no tenga duda de ello —contestó él—. Con paciencia, todo llega.

Los días siguientes me quedé encerrada en una de las habitaciones. La mujer, que luego supe que se llamaba Greta, me llevaba la comida. No parecía una mala mujer, pero seguía las órdenes de Charles sin chistar. Por ella supe que él estaba terminando de entrevistarse con algunas personas por cuestiones de negocios, y que preparaba el viaje de vuelta.

Sopesé mis posibilidades. No existía argumento legal para denunciarlo, él era mi marido y tenía derecho sobre mi persona. Por otra parte, me preguntaba de qué manera Jacob se habría enterado de mi paradero. ¿Y Andranik?

El sonido de la llave en la cerradura me trajo al presente. Charles cerró la puerta tras él. Caminó hasta la ventana y se apoyó en el marco.

Me quedé sentada sobre la cama, el libro que había intentado leer para que las horas se me pasaran, inútilmente, a un costado.

—Vengo a informarte que mañana partimos a casa. Nadie sabe de tu huida, salvo el matrimonio Tomps, a quienes ya he pagado una buena cantidad para que cierren el pico. Estamos a salvo del escándalo.

Hizo una pausa, se acercó y se sentó en la cama; me puse en alerta.

—Lady Beatriz ha estado muy insistente. Nos ha invitado a una cena de despedida en su casa, pero no creo que sea bueno que vayas. Por supuesto que yo iré para representar mi papel de buen marido, y describir con pelos y señales cómo tu frágil mente teje una realidad falsa.

Me quedé en silencio, sabía que no habría manera de convencerlo para que me llevase con él.

—Greta ha comprado un poco de ropa para el viaje, de todas maneras, en Londres te esperan todas tus cosas. Espero tu gratitud, deberías estar en una cárcel. Compórtate conforme a las

circunstancias.

Sin decir más, se levantó y cerró la puerta con llave.

Más tarde, escuché sus pasos bajando la escalera y vi cómo se marchaba con paso ágil por la calle. Miró un segundo hacia mi ventana y me dirigió un saludo con la mano y una sonrisa sardónica.

La casa se había quedado en silencio, solo se escuchaba el péndulo del reloj y el sonido de algún coche por la calle, o los cascos de algún caballo.

Sumida en mis pensamientos no escuché el primer ruido, pero luego el sonido de un pequeño golpe en la ventana me sobresaltó. Fui hasta ella y la abrí. Chao-xi Luo estaba haciendo equilibrio en el borde de la ventana. Me hizo un gesto de silencio con la mano y me mostró una cuerda que colgaba desde el balcón de arriba.

Sin perder tiempo, comencé a descolgarme enganchando el pie, como había visto hacer tantas veces a Andranik. El riguroso entrenamiento obtenido en esos meses me ayudó a tener la fortaleza suficiente. Luo esperó a que llegase al suelo y él mismo se descolgó con una facilidad envidiable.

Con rapidez, nos perdimos en la oscuridad.

Capítulo 17

Una luz mortecina iluminaba a medias el teatro. Andranik estaba sentado en una silla en medio del escenario.

—Al fin —exclamó cuando nos vio. Vino corriendo a mi encuentro y me abrazó—. Gracias, Luo —agregó, y el chino se retiró.

Al verlo, todas las emociones que había mantenido a raya se vinieron abajo y no pude dominar las lágrimas.

—¿Estás bien? Ven, vamos a sentarnos. —Me llevó a un costado del escenario—. En un principio no podíamos entender que te hubieras ido así, sin más. La señora Dumas nos dijo que tu marido había venido a buscarte y que habías regresado con él.

—¿Sabes, Andranik? —comencé, dominando el temblor de mi voz—. Una noche en la que comenzó a maltratarme no pude más. Lo herí con un abrecartas. Todo este tiempo pensé que estaba muerto, que lo había matado. Cuando nos conocimos en aquel tren, yo iba a casa de mis tías, a pedir la herencia de mi madre para poder marcharme de Londres.

—Me imaginé que algo grave te sucedía. Estabas tan nerviosa… Pero jamás podría haber imaginado algo así. Ahora no podrá lastimarte más.

—No lo conoces, sabe que estoy viva, no me va a dejar vivir en paz. Jamás va a dejarme ir.

—Luo vio aquella noche cómo te sacaban del teatro dos hombres que estaban junto a la señora Dumas. Mientras el espectáculo seguía su curso, fue a buscar a Jacob Astor y le contó lo que había visto. Astor enfrentó a la señora Dumas y le sacó la verdad. Ella le dio la dirección de Wright, y fue a verte junto con su tía. En cuanto te vio, se dio cuenta de que algo andaba mal. Después se le ocurrió la idea de arreglar con lady Beatriz la cena de despedida, eso nos daría la oportunidad de sacarte de aquella casa.

Me levanté y caminé por el escenario.

—¿Por qué crees que Luo fue a alertar a Jacob y no te buscó a ti?

—¿Qué tiene que ver eso?

—Contéstame.

—No lo sé…

—Yo sí —respondí—. Él sabe, como cualquiera que te conozca, que tu vida es tu magia. Nunca hubieras sido capaz de detener la función por venir a buscarme. ¿O no?

—Bueno…, eso no quiere decir que no te quiera.

—Si es verdad lo que dices, vayámonos —argumenté febril. Puse las manos sobre su pecho y lo miré a los ojos—. Deja todo y comencemos juntos en un lugar lejos, donde Andranik Novak no sea conocido. Cámbiate el nombre, vayamos al Lejano Oriente, a la China Imperial, donde podrás investigar los secretos de la milenaria magia oriental. Viviremos nuestro amor sin culpas ni engaños, montarás un nuevo espectáculo. Solo tú y yo.

Él me tomó las manos y las retiró de su pecho.

—Lo que me pides sería un lindo sueño por cumplir, pero es un imposible —contestó con una media sonrisa.

—¿Por qué?

—Porque sabes que no podría dejar a Belle.

—Le dejarías todo, le dejarías tu dinero, tu casa…, no le faltaría nada —presioné.

Él se quedó en silencio.

—No puedes esperar tener a dos mujeres viviendo juntas, Andranik.

—Funcionó hasta ahora. Hemos logrado un equilibrio. Esta convivencia de a tres nos nutre y satisface a cada uno a su manera, ¿no lo comprendes?

—Ha llegado el momento de elegir.

Me tomó de las mejillas y me contempló por unos instantes, luego me besó. Fue un beso dulce, desprovisto de la pasión que nos había unido, que nos había dominado sin poder tener en cuenta el daño que podíamos provocar.

—Te amo, pero también amo a Belle. No puedo, Amelia.

Me separé de él con lágrimas en los ojos. Había constatado lo que ya sabía de antemano, y lo que Luo me había dicho alguna vez: «No se puede atrapar al viento».

Él estaba por hablar cuando algo se movió en ese momento en la platea. Charles se incorporó y subió al escenario.

—Llegué hace un rato, pero estaban tan concentrados en su escena de amor que no notaron mi presencia —dijo adoptando un tono de despreocupada apatía—. Decidí no ir a la cena de lady Beatriz; después de todo, no me creo en la obligación de retribuir su amabilidad. Volvía sobre mis pasos cuando te vi descolgarte por la ventana. Realmente, qué agilidad, querida, te felicito. Así que este es el hombre al que debería retar a duelo… Me pregunto si debería ser a primera sangre o a muerte.

—Charles…

—Si estuviéramos en mi Londres natal, lo citaría en Hyde Park. Deberías saber, Amanda, que he sido educado bajo un severo código de conducta.

—Eso es ridículo. En esta época…

—¿En esta época qué, Amanda? El honor es siempre honor, o por lo menos ha sido así en mi familia desde tiempos arcaicos. Infalibles, hemos sido guardianes de la tradición. Usted, señor, ha mancillado el honor de mi mujer y exijo una reparación.

—Está loco —contestó Andranik—. Usted ha comprometido los votos tomados en el matrimonio en todo caso. Juró protegerla y…

—Lo que sucede entre marido y mujer, señor, no es de su interés. Hay ciertas prácticas que una mujer no puede admitir su agrado; no sería decoroso.

No sé en qué momento fue ni quién de los dos comenzó, pero pronto se fueron a las manos. Charles, con el rostro contorsionado por la furia, creía a pie juntillas que la verdad estaba de su lado, y eso le daba empuje. Andranik dominaba la parte física, de eso no había duda, pero la indignación que sentía Charles era genuina y le daba determinación.

Finalmente, Charles quedó tumbado en el suelo y pareció rendirse. Respiró con dificultad un par de veces y se valió del telón para ayudarse a ponerse en pie.

—Vamos, Amanda —musitó.

—No voy a volver —contesté—. No me importa el escándalo, no me interesa si dices que te casaste con una perdida o con una demente. Solo muerta volveré a tu lado.

Él me miró serio y asintió con la cabeza.

—Está bien —dijo—. Como quieras.

Y en una décima de segundo se lanzó hacia mí. Andranik, ágil por naturaleza, se interpuso. No supe lo que había pasado hasta que vi la sangre.

Charles se separó de Andranik y miró el cuchillo como si no supiera de qué manera había

llegado a sus manos, luego lo soltó con una mezcla de asco y horror mientras Andranik caía al suelo en un charco de sangre. Charles salió corriendo a tumbos del teatro.

—¡Andranik! —sollocé, y me tiré a su lado, tratando de tapar la sangre que salía a borbotones de su abdomen—. ¡Luo! —grité con desesperación, pero el chino ya se había ido—. Voy a pedir ayuda —dije desesperada, pero él me retuvo, tomó mi mano y se la llevó a los labios.

—Prométeme… prométeme que cuidarás de Belle —alcanzó a decir.

—Lo prometo, mi amor, lo prometo.

Él me miró; había una mezcla de dolor y resignación en su mirada. Me acarició la mejilla.

—Ahora no puedes decir que no te amé —murmuró. Y entonces cerró los ojos.

Capítulo 18

Yo vestía de negro. Me miré al espejo. El rostro pálido y los ojos tristes, tan tristes. Una guedeja de cabello se me escapaba del sombrero y recordé que Andranik tenía la costumbre de tratar de arreglar aquellos rebeldes mechones. Quería llorar y abandonarme a mi tristeza, a mi culpa tal vez, pero respiré profundo con determinación y cerré los puños: había alguien que necesitaba de mi fortaleza. A mi lado, Belle, también de riguroso negro, caminaba sostenida por Jacob. El funeral era multitudinario, y mucha gente, incluyéndome a mí, no podía creer que Andranik Novak, el mejor escapista que había conocido el mundo, hubiera muerto.

Charles había sido encontrado al día siguiente deambulando por las calles sin rumbo fijo. Con la mente algo perdida y las mangas de la camisa manchadas con la sangre de Andranik. Lo habían encarcelado y esperaba el juicio en prisión.

A pesar de querer preservarnos del escándalo, los periódicos amarillistas tejían toda serie de teorías acerca de la muerte de Andranik. Tuve que dar mi testimonio, después de todo, era la única testigo del hecho, aunque Luo, que estaba en la calle, había visto huir de la escena del crimen a Charles y había entrado enseguida al teatro.

En los meses que siguieron, me quedé junto a Belle, ayudándola con las cuestiones legales de los inventos de Andranik, tratando de simplificar las cosas, disipar un poco de su angustia, aunque sabía que era inútil.

Luo se había quedado como mayordomo y se hacía cargo de todo lo concerniente a la casa. Yo sabía que él nunca dejaría a Belle y eso me reconfortaba.

Jacob había tomado la costumbre de venir a vernos, pasaba un par de veces por semana preguntando si necesitábamos algo. Belle le ofrecía té y se quedaba un buen rato haciéndonos compañía.

Una tarde, sin previo aviso, tocó a la puerta.

—Amelia, me he enterado de algo…, algo que lo puede cambiar todo —dijo ni bien entró mientras se sacaba el sombrero.

—Ven, pasemos al *living*. Belle está…

—No, no, escúchame —interrumpió con urgencia y me tomó de los brazos—. Charles se ha suicidado en la cárcel.

—No sé cómo debería sentirme —suspiré, y apoyé la espalda contra la puerta—. No puedo decir que lo sienta, pero tampoco me alegro de ello. Hubiera querido verlo en la cárcel, que pagase por lo que hizo, que pagase por todo.

—Quise venir en cuanto lo supe. No quería que se enterasen por el periódico.

—Gracias, Jacob…, has sido un gran apoyo para nosotras, eres un buen amigo.

—«Amigo» —repitió como si la palabra le molestase—. Sabes que quiero ser mucho más para ti, lo sabes desde hace ya tiempo. —Dio vueltas al sombrero entre sus manos—. No sé a qué se debe, pero sentí que algo me atraía hacia ti desde el primer momento en que te vi: sola, valiente, enfrentando el viento en la cubierta de aquel barco. Había tanta nostalgia en tu mirada, y al mismo tiempo tanta ilusión. Después, cuando te volví a ver desenfadada sobre el escenario…, la mujer de las mil caras, comprobé tu valentía, tu coraje, la necesidad de hacerte un futuro en esta, la que llaman la tierra de las nuevas oportunidades. Luego vi la manera en que te

miraba Novak… y morí de celos. Amelia, si él no hubiera entrado en tu vida, si él no se hubiera aprovechado…

—Andranik no se aprovechó de mí, Jacob.

Me quedé en silencio y le sostuve la mirada. ¿Hacía falta confirmarle la verdadera relación que había tenido con Andranik? Desde su muerte, una sola pregunta había rondado mi cabeza: ¿Había sido amor verdadero o solo un deslumbramiento y la gran fascinación que ejercía sobre todo aquel que lo conocía? ¿Era tan importante tener la respuesta a esa pregunta? Suspiré con pesar y desvié la mirada. Lo sabría algún día, cuando el dolor se disipase, cuando el tiempo, como un bálsamo, me alejara de la sensación de abandono que me provocaba su recuerdo.

En un arrebato, Jacob me tomó de los brazos y me obligó a alzar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Tú me amarás, lo prometo. —Con resolución, me abrazó y me dio un profundo beso. Luego tomó su sombrero y se marchó.

Entré vacilante al *living*. Belle se hallaba sentada junto a la ventana, la taza de té en la mano.

—Escuché todo —declaró—. Yo sí puedo decir que me alegro. —Suspiró y dejó la taza sobre la bandeja—. De algún modo, la muerte de ese hombre me hace sentir en paz.

Me senté frente a ella y me serví otra taza.

—Ya no habrá juicio. No tendremos que declarar —calculé—. Podremos al fin estar más tranquilas.

—¿Cuándo le vas a decir que sí al pobre hombre? —Belle trató de sonar jocosa.

—No lo sé —contesté, sorprendida por la pregunta.

—Si es por no dejarme, puedes estar tranquila. La verdad es que extraño a la señora Dumas. Amelia, ella me crio… Luo me dijo que está parando en un hotelito no muy lejos de aquí. Está muy sentida por todo lo que ha pasado. —Belle estrujó el pañuelito que siempre llevaba en la mano y miró por la ventana—. Ella obró muy mal contigo y es probable que Andranik estuviera vivo si ella no hubiese confabulado con Wright, pero eso no lo podemos saber. —Carraspeó y se concentró en doblar la servilleta ya doblada que tenía sobre la falda—. De todas maneras, nunca me ha gustado tener ese tipo de pensamientos. Si hubiera hecho esto o aquello. La realidad es una sola y no se puede cambiar.

No quería que Belle sufriese más por mi culpa. Si había algo en mis manos para hacerla sentir mejor, lo haría.

—Manda a Luo a buscarla —contesté en un arranque—. A mí no me molesta. Si tú puedes perdonarla, yo también.

Belle sonrió melancólica.

—Hay algo de lo que quiero hablarte —agregó. Se acomodó en el sillón y se inclinó hacia mí en modo de confidencia—. Hace un tiempo, cuando Andranik empezó con la cuestión del espiritismo, inventamos un código secreto: tres palabras que diría a la médium en el caso de que contactara con ella, así no podría haber error ni dudas. Deberíamos hacer una sesión espiritista en el aniversario de su muerte.

—Si hay alguien que puede encontrar la manera de contactar desde el más allá es él. —Hice una pausa, la emoción me impedía proseguir—. Yo no creo que *madame* Kardek sea un fiasco.

Le conté la experiencia que había tenido, cómo ella había descrito a mi madre con el relicario que yo llevaba puesto siempre bajo mi camisa, y cómo mediante sus palabras me había advertido que tuviese cuidado, que un peligro se acercaba.

Meses después, en la fecha en que se cumplía el primer aniversario de la muerte de Andranik, nos hallábamos en el coche que nos llevaba al domicilio de *madame* Kardek. Ella había vuelto a Nueva York en esa fecha, especialmente por nuestro pedido.

Todo había sido planificado con sumo cuidado: solo Belle y yo, sin publicidad ni periodistas, ni ninguna de las cosas que fastidiaban tanto a Andranik.

Nerviosa, giré la alianza en mi anular. Esa mañana, hubiera preferido seguir acurrucada entre los brazos amorosos de mi marido, pero estar con Belle en todo lo que necesitase era para mí una deuda de honor.

La misma *madame* Kardek nos abrió la puerta. Lejos de las luces del espectáculo, era una mujer simple, sin fastuoso vestuario, sin maquillaje. Nos sonrió con candidez y nos invitó a entrar.

—Señora Novak, señora Astor, pasen, por favor.

Nos sentamos en una mesita redonda cerca de la ventana que cubría de luz toda la estancia. En la mesa solo había una copa y, alrededor de esta, pequeños cartones con las letras del abecedario en caligrafía corriente. Observé el cuarto como lo habría hecho Andranik: ningún artilugio, ninguna trampa.

Las tres nos tomamos de las manos.

La copa se empezó a mover.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Una aventura temeraria

Lake, Amber
9788410744882
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El amor es la más arriesgada de las aventuras

Gideon Knight, oficial de Inteligencia Militar, investiga la muerte de un alto mando al caer desde una ventana en las dependencias de la Oficina de Guerra. Todo apunta a que se ha quitado la vida, pero la tenaz oposición de la familia, que no acepta esa resolución, consigue que continúe indagando. Y lo que parecía un caso claro de suicidio, comienza a complicarse cuando van apareciendo nuevos datos que hacen sospechar la implicación de un miembro de la familia real.

Elizabeth Benson, sobrina del fallecido, desconfía de la imparcialidad de Gideon para llegar a la verdad y le presiona para que le permita colaborar con él en la investigación. Juntos se embarcan en una peligrosa aventura mientras intentan lidiar con sus propios fantasmas del pasado, que les impiden aceptar la atracción que sienten el uno por el otro.

Títulos de la serie Detectives londinenses:

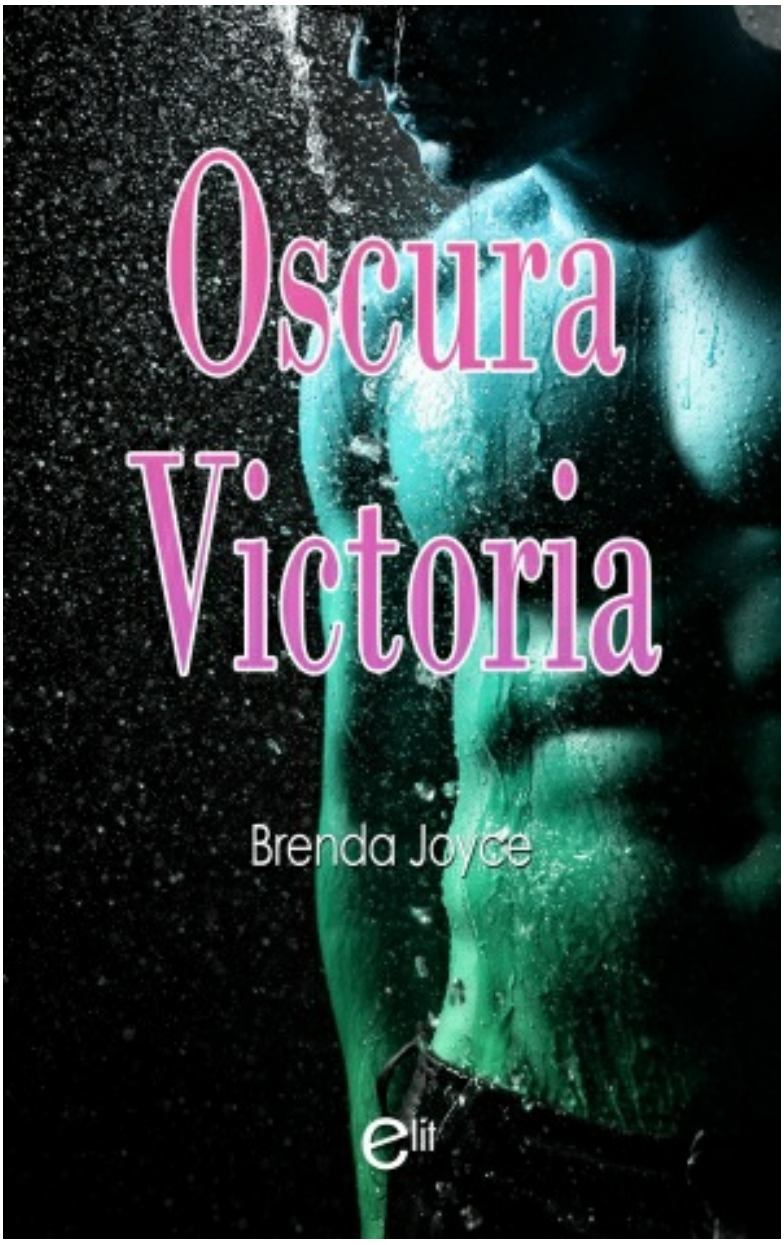
Una pasión imprudente

Una alianza peligrosa

Una aventura temeraria

- En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos.
- Contemporáneo, histórico, policiaco, fantasía… ¡Elige tu romance favorito!
- ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Oscura victoria

Joyce, Brenda
9788411806886
192 Páginas

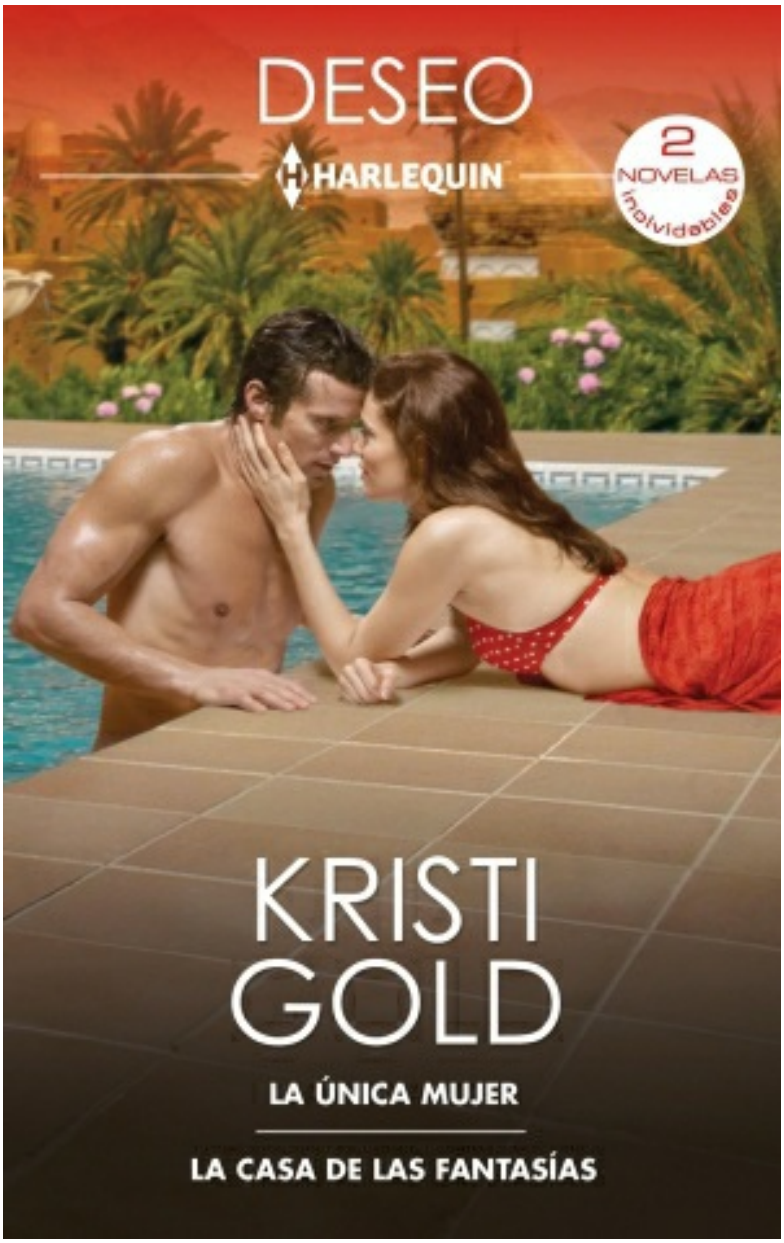
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Guy Macleod, un highlander misterioso y feroz, había renegado de su Destino y consagrado su vida a vengar el asesinato de su familia. El Destino, sin embargo, era

implacable y cuando una mujer de otra época se atrevió a invocar su nombre, Macleod no pudo resistirse a sus poderes... ni a ella.

Maestra de día, Tabitha Rose usaba su magia para proteger al mundo por las noches. Cuando se le apareció la imagen de un highlander ensangrentado y cubierto de quemaduras, Tabby comprendió que estaba destinada a prestarle su ayuda. No esperaba, sin embargo, que Macleod la arrastrara contra su voluntad a su época oscura y violenta. Y cuando el mal comenzó a acosarla, Tabby se dio cuenta de que no sólo debía luchar por el destino del highlander: también debía luchar por su amor.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La única mujer - La casa de las fantasías

Gold, Kristi
9788410740983
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La única mujer

Una noche para recordar

Andrea Hamilton no conseguía olvidar aquella noche que había pasado bajo las estrellas junto al hombre que amaba. Y para colmo Sam había regresado, y estaba más sexy que nunca; además acababa de contratar sus servicios como adiestradora de caballos. Pero lo que más le sorprendió fue enterarse de que su gran amor era ahora un príncipe... ¡un príncipe que quería ver a su hijo!

A pesar de los años, Samir seguía recordando a la mujer a la que había tenido que abandonar para cumplir con su obligación. Pero cuando se enteró de que tenían un hijo en común, juró no volver a separarse de ella.

La casa de las fantasías

Si quería algo más que un amante, tendría que domar a aquella bestia… en el dormitorio

La diseñadora de interiores Selene Winston estaba allí para arreglar la vieja mansión, no para acostarse con su guapísimo jefe. Sin embargo, no podía dejar de soñar con el introvertido Adrien Morell…

Pronto se dio cuenta de que había quedado atrapada en el poder magnético de Adrien. Pero él no estaba dispuesto a salir de las sombras para estar con ella.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



París puede esperar

Sicilia, Marisa
9788413487649
61 Páginas

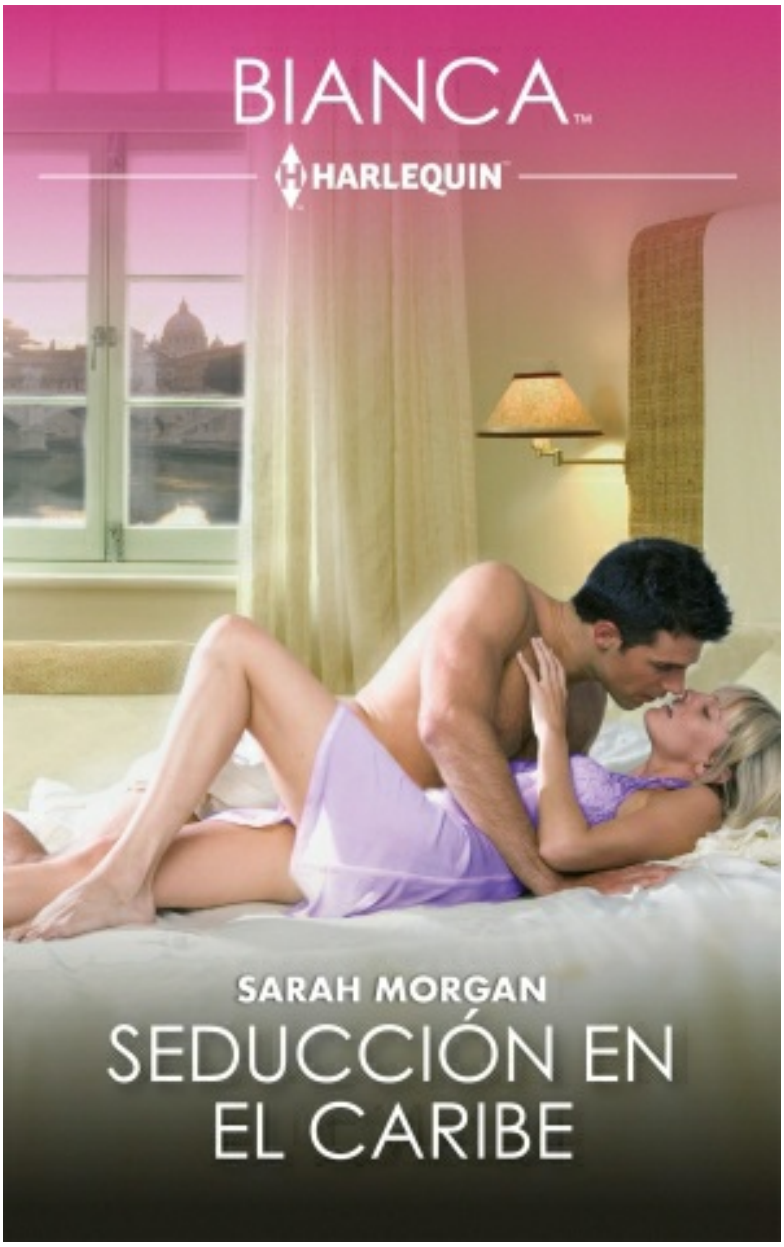
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Harlequin se queda contigo y te acompaña allí donde estés. Con este motivo nuestras autoras han escrito unas maravillosas historias para ti. Esperamos que

las disfrutes.

Alicia y Manuel llevan años planeando viajar París, pero en el último momento siempre surge algo que lo impide. Esta vez ha sido el confinamiento, pero cuando no es una cosa es otra... Y es que así es la vida. Impredecible.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Seducción en el Caribe

Morgan, Sarah
9788410742376
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ella cree tenerlo todo bajo control, y él va a disfrutar demostrándole lo contrario.

El despiadado abogado siciliano Alessio Capelli siempre consigue lo que quiere. Lindsay Lockheart ya lo ha rechazado una vez, y ahora que ha vuelto a su vida, está decidido a no dejarla escapar. La usará y luego la abandonará, tal y como hace con todas las mujeres. Además, las circunstancias se han convertido en su mejor aliado: Lindsay se ha visto obligada a trabajar para él sustituyendo a su hermana desaparecida.

Ella puede presentarle batalla por el día, pero por la noche él tomará el control. Pronto, tendrá a una virgen en su cama, y hará lo que haga falta para no dejarla ir, hasta que se canse de ella…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)